Lazos de luz

Javier Correa

Tal vez lo hacemos sin pensar, dejándonos llevar por el placer de alzar desafiantes el estandarte de la libertad. Tal vez simplemente hemos nacido con ella y damos por hecho que nos acompañará siempre a cualquier parte. Laura también lo creyó. No quiso preguntarse si el árbol de lágrimas escondía sus raíces al ver secar sus hojas. Creció, maduró y decidió llevar a cabo el proyecto que dio sentido a su vida, intentando desprenderse de un pasado que siempre la esperó un paso por delante.

Lazos de luz, la segunda parte de Sombras de niebla, narra la historia de una mujer que fue vistiendo su vida con emociones de olvido y recuerdo, sin darse cuenta de que fue la misma libertad quien pidió a la justicia que vendara sus ojos; quizás para que al cegarla no pudiera contemplar el destello de las vivencias que la mermaban poco a poco.

Laura, Talía, Ester y Elvira, cuatro mujeres dispuestas a ir más allá de la ley para erradicar la violencia de género de una sociedad, a veces ciega, a veces sorda, a veces más dispuesta a denunciar tragedias que a afrontarlas con entereza.

Javier Correa

Lazos de luz

Niebla
2

Título original: *Lazos de luz*
Javier Correa, 2020

-

Revisión: 1.0

23/05/2021

A las personas que trabajan
para erradicar la violencia de género.

Hay quien afirma haber visto una luz al final de la vida; tal vez sea una esperanza, una verdad, una mentira… Sea lo que sea, el tiempo avanza hacia ella.

San Silvestre de Guzmán

Miércoles, 18 de octubre del 2017

Elena se debate entre una mente que analiza y un corazón que conmueve, entregándose a la intuición que consiga decantarla entre los puntos dispares. ¿Intuición? Sí, o el presagio infundado que muestra el futuro incierto de un sentimiento. ¿Sentimiento? Sí, o emociones de luces y nieblas que el tiempo convierte en olvidos o recuerdos. ¿Recuerdos? Sí, o vivencias de un pasado que abrazan un presente que no le pertenece.

Elena mira a su hija forzándose en mostrar su habitual semblante. La pregunta «tú dirás, mamá, qué era eso tan importante que querías decirme» permanece en el aire esperando una respuesta falsa o cierta, sabiendo que solo los labios que conocen la verdad pueden revelarla.

Laura mira el sobre gualdo que su madre ha dejado apoyado sobre el reposabrazos del sofá. A pesar del tiempo transcurrido, no le es difícil reconocer la firma paterna estampada sobre el círculo de lacre que muestra en su anverso. Se pregunta si la línea que parte en dos la firma paterna constata la profanación de un secreto o es la prueba palpable de una curiosidad irrefrenable. Por más que lo mira, no puede imaginar que en su interior ha permanecido oculto, durante tres décadas, el mayor secreto de su familia. Uno de esos secretos que zarandean leyendas para ver caer las verdades que ocultan. Ni puede imaginarse, cegada en él, que ese secreto es capaz de iluminar su pozo de sombras con la luz de la esperanza.

Elena mira a su hija sintiendo la zozobra que las verdades

ocultas desprenden al abandonar la trinchera de la ignorancia con la guardia baja. Teme provocar esa desazón en su hija, tanto como continuar dando alas a una cortina falsa. «Solo son letras ordenadas con sentido, al fin y al cabo», piensa Elena para sus adentros, intentando encontrar el consuelo del autoengaño. Simples palabras capaces de convertir verdades de acero en siluetas de agua.

Laura estira el brazo para asir la carta que su madre le entrega. Su cuerpo, el de Laura, simula estar allí, presente en el plato del San Silvestre de Guzmán, donde se rodó la película de su infancia, pero su mente se halla lejos en ese instante. Tan lejos como la sala de espera del hospital Josep Trueta de Girona, donde Elvira, su pareja, se debate entre empezar a vivir paralizada de cuerpo y mente o poner fin a ambas para siempre.

Silencio.

Instante.

En el pueblo alguien grita, alguien susurra, alguien murmura y habla. Son las voces aladas de un pueblo tranquilo que, a pesar de los años transcurridos, continúa preguntándose por qué Carlos, su vecino predilecto, decidió vender su alma.

Un par de exhalaciones de Elena avivan la pausa del tiempo que anuncia el final de una tragicomedia.

Nadie.

Nada.

Laura sujeta el sobre gualdo y extrae delicadamente las hojas plegadas del interior como si quisiera evitar la explosión de las letras al hacer lo contrario.

Elena observa a su hija arrepintiéndose de haberla llamado, de haberle confesado que tenía algo demasiado importante como para comunicárselo por teléfono, de hacerle ver que su vida llevaba años mostrando el destello de una falacia, y de intuir que el mismo perdón que su moral le negaba tampoco hallaría cobijo en el de ella.

Elena observa a su hija segura de haber tomado la decisión correcta, de insistir en que regresara al pueblo urgentemente, a pesar de que Laura le anunciara que su pareja se debatía entre la vida y la muerte; y de arrepentirse, sin excusas, de pintar de negro el pasado que resurge de nuevo, mostrando los mismos colores que dibujó su presente.

Laura sujeta las hojas desdoblándolas con el mismo mimo que el tiempo ha ido palideciendo el blanco que alumbró sus palabras.

Elena la observa en silencio, respirando por instinto.

Es aquí.

Es ahora.

La hija empieza a leer la carta ante la atenta mirada de la madre, zigzagueando renglones que no tardan en reclamar alientos de sorpresa. De pronto, una palabra detiene la lectura, alzando una mirada que confluye entre ojos que apenas se reconocen. Sigue leyendo con el alma compungida y un pulso acelerado que ni escucha, ni siente, ni entiende. Su mirada es desnuda, lejana, perdida entre dunas del manto de la noche.

Termina de leer la carta manuscrita y, sin querer, cierra los ojos. Su madre se acerca a ella intentando abrazar el cuerpo que Laura aparta con delicadeza al notar su presencia.

Ahora ya lo sabe, ella, Elena: la vida de su hija acaba de derrumbarse con la suavidad que el mar destruye castillos de arena. Laura siente vergüenza propia, más que ajena. Acaban de anunciar por megafonía que su vida es la patraña de una pantomima, y ella, una de las protagonistas de la falsa comedia.

Laura mira alrededor desesperada, intentando encontrar el milagro que la lleve a la casilla inicial de una nueva vida, rogando que lo haga sin preguntarle por qué quiere abandonar la que cuenta sus horas. Mira un instante a su madre antes de doblar las hojas, conservando la simetría que tenían al extraerlas. Querría decir algo, pero teme que sus palabras ensucien el silencio del instante. Se incorpora con parsimonia, evitando perturbar un tiempo que avanza implacable, ajeno a todo; a ella, al sobre y a la venda que le ha cegado los ojos durante tantos años.

Coge su bolso y enfila hacia la puerta sin oír que su madre le ruega que vuelva a tomar asiento. Abre la puerta con cuidado, intentando que el sol no ciegue más sus pensamientos. Unos primeros pasos de ritmo pausado la alejan de la casa antes de que impulsivamente decida acelerarlos obedeciendo a un instinto que eclosiona en su mente. Elena camina tras ella llevando el grito de Laura en la comisura de sus labios.

Cada letra deviene una herida, cada palabra una luz enterrada en ese devenir incesante llamado tiempo, capaz de convertir mentiras en verdad al irlas repitiendo.

Laura corre desesperada hasta el coche que la ha traído a su natal San Silvestre, el pueblo donde aprendió que hasta la infancia más feliz pertenece al destino más incierto.

Son las once tocadas de una mañana que luce con el sol de ayer sin que el propio hoy se haya dado cuenta, como nadie en el pueblo percibe aún el disipar de las sombras que envolvió a Carlos durante tanto tiempo.

Carlos, el joven sansilvestrero que supo construirse un sendero sobre el lodazal de barro que le regaló la vida de pequeño. El mismo hombre que un día camufló el hilo de su vida al conocer lo cerca que estaba el final de la madeja. El mismo hombre que, dejándose llevar por un amor sincero, tomó la decisión más difícil que jamás había imaginado, la escribió de puño y letra, y la guardó en un sobre lacrado entregándoselo su hermano para que lo custodiara inmaculado durante tres décadas, antes de entregárselo a su mujer y a su hija.

Carlos.

Elena grita sin parar el nombre de Laura entre jadeos, palpitaciones y motas de polvo que levanta el viento al arrancar el coche. Sabe que es ella quien obligó a su hija a repintar de gris su infantil lienzo de colores. Es ella quien confió en que, al hacerlo, silenciaría el pensamiento que más le convenía a ella, sin atreverse nunca a responder a cuál de las dos ellas beneficiaba más la decisión que había tomado.

Elena.

Laura lleva el coche hasta las revoluciones donde el motor enerva la ira. El instante diluye pinceladas de vida sobre una mancha negra. «Papá, papá, empújame más fuerte, por favor, que no daré la vuelta al columpio, papá…», aparece de la nada en su mente un trazo infantil sin mácula, haciendo aflorar la primera lágrima.

La mentira incomoda la memoria, el pecado llama al perdón, pero la farsa en que acaba de convertirse su vida le pide a voces que acabe con ella. Un «*¡nooooooooooo!*» exhala desesperado la ansiedad de una mente que enloquece entre lágrimas. Segunda.

Tercera. Cuarta marcha. La imagen de Elvira debatiéndose entre la vida y la muerte, gracias a ella, aparece fugazmente sobre su mente. Ciento treinta kilómetros por hora señala la aguja del velocímetro al atravesar la señal de tráfico que aconseja ir a ochenta. «Papá, quiero que me lleves a hombros», resuena una voz infantil proveniente de una vivencia enterrada. «*¡Noooooooo!*», un «no» más fuerte, más largo, más amargo, salta al vacío desde sus labios. «Papá siempre te querrá mucho, cariño», acaba de decirle su padre después de leerle el cuento con el que simula haberse quedado dormida. Y lo hace, siempre, lo de fingir el sueño, porque sabe que él le susurra lo mucho que la quiere antes de darle un beso. Y él, el padre, susurra lo que siente por ella antes de apagar la luz de la mesita de noche, porque sabe que bajo el liviano temblor de párpados habita una niña despierta que ansia oír su confesión a diario.

Ciento cincuenta kilómetros por hora señala el velocímetro del auto que la lleva al destino elegido. La muerte aparece como único espejo capaz de mostrar su vida sin avergonzarla. Otro «*¡nooooooo!*», aún más fuerte, más largo, más amargo, como un crujido de alma, desgarra el aire con el último aliento. «Papá, empuja más fuerte, más fuerte, más fuerte. Llévame a hombros, papá. Llévame a hombros, papá. Llévame a hombros».

Ciento sesenta kilómetros por hora y a lo lejos, en un horizonte cercano, una curva cerrada y una señal que prohíbe atravesarla a más de cuarenta kilómetros por hora. «Papá siempre te querrá mucho, cariño, siempre, siempre, siempre…», resuena en su mente antes de coger el volante con fuerza, cerrando los ojos.

La vida se va como vino, sin preguntarle si debía hacerlo; sin preguntarle por qué un día decidió ensuciar con gris los días que precedieron la noche que decidió vestirse de negro. La vida se va mientras cierra los ojos y aprieta hasta el fondo el pedal del acelerador, acercando el acantilado que esconde la pronunciada curva. «Elvira, no te vayas, por favor, no te vayas», desgarra entre gritos de silencio. «Papá, perdóname, perdóname, perdóname».

Un «no» desnudo estalla en su mente, mostrándole una redención inminente, sumida en la calma del que cede el timón de su vida al destino que lo ha poseído siempre.

La curva está ahí, frente a ella, induciéndola a ocultar la mirada

que requiere contemplar el traspaso de una vida terrenal a una duda eterna.

Y el móvil suena de pronto mostrando «Tío Pablo» en la pantalla.

Prólogo
El inicio de las sombras de niebla

La obscuridad siempre estaba ahí, expectante, silenciosa, vestigio de un tiempo que arrastraba heridas incapaces de cicatrizar en recuerdos. A ratos, reprochándose el ser cómplice de alegres vivencias que un día fueron presente, y ahora simulaban ser leyendas de un falso cuento.

Era un presente, el de aquel entonces, que sumía a Laura en un laberinto de odio del que intentaba huir entregándose a él y a la felicidad liviana que sentía al hacerlo. Laura y sus pensamientos; unos, estos, que con el devenir de los años acabarían convertidos en «los pensamientos de Laura».

Su infancia se había iniciado con el guión de una película americana de los años ochenta: una familia acomodada que bebía los vientos por ella, una casa de generosas proporciones y jardín de mimo francés en un entorno tranquilo y acomodado: el pueblo de San Silvestre de Guzmán. Un lugar idóneo para salir a jugar sin miedo a perder ni a perderse.

San Silvestre de Guzmán era el pueblo al que había llegado su madre, Elena, huyendo de la palabra *médico* que sus progenitores escribieron en su diario nada más saber que, en pocos meses, aterrizaría con forma de bebé en un planeta de cuerdos y locos. Un diario que, a medida que fue creciendo, le supuso a Elena un martirio avanzar sobre sus páginas sin dejar tareas pendientes. Hasta que el destino, esa varita mágica que en la cordura enloquece, se apiadó de la vida de Laura y la hizo coincidir con la de Carlos; más que un príncipe de ojos azules y caballo blanco, un modesto herrero, de mente brillante, liberador de grilletes.

Carlos era un sansilvestrero de buen porte y afilada labia. Huérfano de padre, desde pequeño no dudó en aprovechar las oportunidades que le brindó la vida en cuentagotas. El inesperado traspaso paterno le llevó a convertirse en el padre de su hermano

Pablo, sin dejar de ser el hijo de una operaria de fábrica a la que el amo pedía con frecuencia que alzara su falda al vuelo si no quería perder el único sustento que entraba en casa.

Laura nació en San Silvestre de Guzmán siete meses después de que Elena y Carlos decidieran intercambiar un «sí» sacramental, porteador de un amor eterno que las sombras de niebla ocultaron durante tres largas décadas.

Laura creció siendo la alegría encarnada de sus padres y de su tía abuela Marisa, la tía de su padre, que ella llamaba así para ocupar el vacío que había dejado su abuela materna, al no querer saber nada de ella, y la paterna, por traspaso a la vida eterna.

Todo era ideal en la vida de la pequeña Laura, hasta que apareció la noche que secuestró su infancia. Fue durante una de esas noches de luna guadaña que emergen bajo el silencio de una miríada de estrellas, dispuesta a robar destinos de mármol para devolverlos en forma de lápida.

Y tras aquella noche, la tristeza asumió el timón de los pasos de Laura. La pequeña tardó varias semanas en intuir lo que su madre intentaba ocultar con buenas palabras.

—Papá no está en casa, cariño, porque ha marchado a Madrid unos días por motivos de trabajo.

Esas palabras camuflaron durante los primeros días una ausencia paternal inesperada. Días más tarde, con el paso de unas horas incapaces de obedecer al «¡alto!» que Elena les gritaba en pensamientos o al arrepentimiento que vendía su esperanza, fueron adornándose con nuevas palabras que, más que ayudar a comprender las primeras, consiguieron enmarañarlas todas.

—Papá no está en casa porque ha marchado a Madrid unos días por motivos de trabajo; pero cuando regrese, te traerá un regalo muy bonito.

La intención de Elena se fue diluyendo a medida que el regreso no llegaba y el regalo sorpresa se hospedó entre promesas incumplidas.

Los días empezaron a alargarse más de la cuenta para la pequeña Laura. Un silencio monacal abrazaba durante largas horas la casa como si le perteneciera. La parálisis de las cuerdas infantiles hacía imposible volver a oírlas vibrar con el timbre alegre de antes. Incluso aquellas neuronas que habían convertido a la pequeña

Laura en una alumna brillante daban tumbos pérdidas entre un amasijo de lágrimas.

«Las diferentes caras de la vida, tesoro», esa frase que, con el rostro emocionado, escuchó un día de los labios de su maestra Mercedes se convertiría para ella en un salvoconducto de vida, capaz de redimir la peor de sus fechorías. Quizá fue por ello por lo que Laura dejó de ser Laura para convertirse en Laura.

La infancia de aquella niña, boceto de una mujer de refinada moral y perfilada sonrisa, se transformó en la silueta de una mujer inteligente y despiadada que no dudó en acudir, cuantas veces lo requería, al fetiche perdón de su maestra: «Las diferentes caras de la vida, tesoro».

Laura.

Primera parte
Retales de un diario de infancia

Sábado, 24 de octubre de 1987

La abuela Marisa me ha regalado un diario con un pequeño candado. Las páginas son de color rosa y en la portada hay dibujada una niña de mi edad. Es muy guapa y me gusta mucho el vestido que lleva. Hoy no es mi cumpleaños, ni mi santo, pero mi abuela fue ayer a una tienda de Huelva y me lo compró. Quiere que escriba en el diario todo lo que me pase por la cabeza, hasta lo que no me atreva a explicarle a nadie, ni siquiera a mamá o a ella, aunque siempre me dice que a ella le puedo explicar todo lo que no me atreva explicarle a mamá, porque por eso es mamá mía dos veces. Y me ha repetido muchas veces que lleve siempre la llave de mi diario conmigo para que nadie pueda leer lo que escribo.

La abuela dice que nadie debe leer el diario de otra persona sin su permiso. Pero yo no tengo muchas ganas de escribir, aunque lo estoy haciendo con lápiz y con mucho cuidado para no equivocarme, porque las páginas son rosas y muy bonitas. Yo solo quiero que papá regrese a casa y no trabaje tanto. Mamá dice que regresará pronto y yo miró mucho rato la ventana de mi habitación para verlo llegar y salir corriendo a abrazarlo, pero de momento no viene. Tendré que seguir mirando por la ventana.

Martes, 27 de octubre de 1987

Mamá no es feliz, se pasa el día llorando, aunque siempre me dice que es porque le ha entrado algo en los ojos. Y es mentira. Siempre es mentira. Piensa en papá y llora. Yo prefiero que me diga que llora porque así yo también podría llorar con ella. No sé si llorar juntas serviría de algo, pero podríamos intentarlo.

A veces no entiendo a mamá. Miente pensando que no me doy cuenta y siempre me dice que no diga mentiras. Si ella no quiere que diga mentiras, no entiendo por qué me las dice a mí. Ya no soy pequeña, y mucho menos tonta.

No quiero ir al colegio porque en clase me preguntan por qué papá nos ha abandonado, pero papá no nos ha abandonado, solo tiene mucho trabajo y no puede volver a casa hasta que lo acabe. Papá trabaja mucho y por eso tiene que estar algunos días fuera de casa. En el colegio no se creen que papá regresará pronto, por eso no quiero ir más al colegio hasta que papá regrese. Yo sé que papá vendrá cuando termine el trabajo que está haciendo en Madrid, porque mamá me lo dice cada día, y también que me traerá un regalo muy bonito. A veces se ríen de mí o me señalan con el dedo cuando salgo al recreo. Por eso me encierro en el lavabo durante el recreo y no abro la puerta hasta que vuelvo a sentir el timbre. No iré más al colegio hasta que no vuelva papá. No quiero que se rían más de mí ni que me señalen con el dedo. La abuela y mamá quieren que siga yendo, pero yo no quiero. Mi abuela viene cada tarde a verme y me obliga a hacer deberes con ella y me explica cosas. No sé por qué me las explica tantas veces, porque ya las entiendo a la primera. Hoy hemos estudiado el nombre de las provincias andaluzas. Mi abuela me las ha empezado a leer sílaba a sílaba, como si yo no supiera leerlas de un tirón. Y me las ha vuelto

a leer unas cuantas veces en voz alta, como si fuera sorda. Y al final me ha dado miedo, porque me miraba fijamente a los ojos cuando yo las repetía, como si estuviera un poco majareta. Me he aburrido mucho, pero no quería decírselo porque es mi abuela y me quiere mucho. Papá también me quiere mucho a mí.

Mi abuela Marisa tiene un color marrón de ojos como la tierra de su jardín. Mientras me aburría, pensaba que los ojos de la abuela son de tierra. Papá, mamá y yo también los tenemos de color marrón, pero no son tan bonitos como los de la abuela. Y el tío Pablo no sé de qué color los tiene, quizá son verdes como los de J. J. (es mi novio, ¿sabes, diario?) No es listo, más bien todo lo contrario, pero no me importa porque es guapo y le estoy enseñando a dar besos. Bueno, ahora ya no, porque me encierro en el lavabo durante el patio.

Una vez mi papá me explicó que había personas que tenían un ojo de cada color y, al llegar a casa, buscamos en una enciclopedia cómo se llamaba esa enfermedad o lo que sea. Nos costó encontrarlo, y eso que mi papá es muy listo. Se llama heterocromía, es una palabra tan rara que es difícil olvidarla.

Mi abuela seguía pronunciando las provincias en voz alta mirándome fijamente para que yo no me equivocara al repetirlas. Me habría gustado decirle que la primera vez que las leí me vino a la cabeza la frase: «¡Mal caco, granuja seas!». Es más corta y me sirve para recordar el nombre de ellas sin tener que memorizarlas, pero no se lo he querido decir, porque no habría estado bien. Se podría haber enfadado conmigo y yo no quiero verla enfadada.

Miércoles, 28 de octubre de 1987

No sé por qué me es tan fácil aprender las cosas. En el colegio me aburro mucho en clase, pero no se lo digo a nadie. Una vez me perdí una clase para estar con una señora que tenía unas gafas redondas y negras, haciendo unas pruebas muy divertidas en uno de los despachos del colegio. Tenía que formar objetos con piezas diferentes, escribir el número que faltaba en varias series de números y realizar problemas de matemáticas, mientras ella miraba su reloj y apuntaba lo que había tardado en responder a cada pregunta.

La señorita Mercedes no quiso responderme por qué solo había ido yo con aquella señora a hacer aquellos ejercicios. Bueno, en realidad me dijo que eran cosas internas. «¿Cosas internas?», pensé. Así que los niños dejamos de ser personas al entrar al colegio para convertirnos en cosas internas. No me gustó la respuesta, pero no se lo dije porque la señorita Mercedes es buena persona y me cae muy bien.

Días más tarde, escuché a mis padres hablar de mí. Pensaban que estaba durmiendo en mi habitación. Mamá decía que podía pasar al curso siguiente, o incluso dos cursos más adelante antes de terminar aquel curso, pero papá decía que no era partidario de hacerlo. Prefería que siguiera yendo con mis amigos de clase. Sí, «amigos»; si fueran mis amigos no me señalarían con el dedo ni tendría que esconderme en el lavabo cuando salimos al patio.

Escribo despacio porque las páginas de mi diario son rosas y muy bonitas y no quiero hacer mala letra.

Mi papá regresará pronto. Mi papá regresará pronto. Mi papá regresará pronto. Mi papá regresará pronto. Lo escribo cuatro veces porque una vecina de la abuela dice que, si dices cuatro veces un

deseo, se cumple, porque uno le llega a Dios, otro a su hijo Jesús, otro al Espíritu Santo y otro a nuestro santo patrón San Silvestre. Y parece ser, según dice ella, que siempre hay uno despierto haciendo guardia. Pero la abuela dice que no le haga caso porque no está muy bien de la azotea. *Azotea*, qué palabra más rara. No sé si la abuela me lo dice para quedarse ella con todos los deseos o porque la vecina está mal de la cabeza de verdad, aunque a mí no me lo parece. Y además es muy guapa, tiene el pelo largo y siempre va muy maquillada, como si fuera a la Feria de Abril. Cada vez que me ve, me sonríe y me dice cosas cariñosas. Igual me sonríe porque cree que soy un medicamento para ella. Tendría que haberle preguntado a la mujer que me hizo aquellas pruebas del colegio si ella también es un medicamento para otras personas. Parecía muy lista. Llevaba unas gafas redondas y negras de persona lista (vaya, esto ya lo he escrito, pero no quiero hacer tachones) y no me repitió las cosas decenas de veces como me hace mi abuela.

Bueno, diario, te dejo.

Mi papá regresará pronto. Mi papá regresará pronto. Mi papá regresará pronto. Mi papá regresará pronto.

Viernes, 30 de octubre de 1987

Ayer vino mi tío Pablo a vernos. Mi tío es la mejor persona del mundo. Mamá decía que papá y él eran muy parecidos, aunque vistieran diferentes; pero ahora dice que no se parecen en nada, que son el día y la noche, aunque no sé quién es el día y quién la noche.

El tío Pablo me ha dicho que mamá y papá vivirán en casas diferentes, pero sé que es mentira, porque el tío Pablo siempre me hace muchas bromas. A veces me explica cosas muy divertidas y luego se ríe diciéndome que eran mentira. Así que seguro que también lo era, aunque esta vez no se reía cuando me lo dijo. Pero no puede ser verdad lo que dice el tío Pablo, porque mamá y papá se quieren mucho, aunque sí es verdad que mamá se pasa muchas horas llorando los últimos días. Me dice que le ha entrado algo en los ojos o que está cortando una cebolla, pero yo sé que es mentira porque no veo la cebolla.

Mamá llora porque quiere que regrese papá, como yo. Lo que pasa es que yo soy más fuerte que ella y por eso no lloro. Pero eso no quiere decir que no eche de menos a papá. Si supiera que si llorando papá regresa pronto, me pasaría el día llorando como mamá.

Mi tío Pablo piensa que papá no regresará más y por eso me ha dicho eso. Pobre. No entiendo por qué mamá no le ha dicho la verdad. Ya se lo diré yo. Le diré: «Tío Pablo, mi papá tiene mucho trabajo en Madrid y no puede volver a casa hasta que no lo acabe». Aunque casi mejor que no se lo diga, porque se pondrá a llorar todo el día como mamá y no podrá cantar sus canciones.

Mi papá regresará pronto. Mi papá regresará pronto. Mi papá regresará pronto. Mi papá regresará pronto.

Miércoles, 18 de noviembre de 1987

Lulú.

Mi diario se llama Lulú a partir de hoy y es la única amiga que tengo. Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Ya estás bautizada, Lulú.

No quiero volver más al colegio y esta vez no pienso ceder. Si hace falta, le tiraré de los pelos a mamá si me obliga a ir a la fuerza. Y no se lo haré a la abuela porque es mayor, que si no también se lo haría.

Si mamá quiere que alguien de la casa vaya al colegio, que vaya ella. Así verá lo aburrida que son las clases, y no por culpa de la señorita Mercedes, sino por la cantidad de tontos que hay en clase que no se enteran de nada. El otro día tuvo que explicar no sé cuántas veces cómo se tenía que dividir llevando. Estaba a punto de volverme loca al ver que nadie se enteraba de nada. Pobre señorita Mercedes. Yo no podría ser maestra porque no tengo tanta paciencia como ella. Les explicaría una sola vez las cosas a mis alumnos y los que no lo entendieran los echaría del colegio para llevarlos a trabajar el campo. Mi abuela Marisa dice que la mayoría de la gente que trabaja en el campo no sabe escribir ni leer, así que estarían todos juntos y no podrían decirse unos a otros ni listos ni tontos.

Mi papá regresará pronto. Mi papá regresará pronto. Mi papá regresará pronto. Mi papá regresará pronto.

Martes, 1 de diciembre de 1987

Ya es diciembre, Lulú, pero aún no hace frío en el pueblo. A veces pienso que mi pueblo es tan bonito que el sol se pasa el año entero en él y en el resto del mundo siempre es de noche. Pero ya sé que no es verdad. Es una manera de escribir literaria, como hacen los escritores. ¿Tú conoces algún escritor, Lulú? Yo tampoco, pero me gustaría conocer a uno para pedirle que escribiera una historia donde papá, mamá y yo fuésemos los protagonistas. Sobre todo yo; bueno, y tú también, Lulú, perdona. Las dos seríamos las protagonistas. Pero no quiero que sea un cuento donde la princesa sea una tontita como siempre, sino una mujer fuerte e inteligente como tú y como yo, Lulú. Dos chicas dispuestas a rescatar al príncipe que se ha quedado encerrado en una torre de homenaje rodeado por unos malvados enemigos. Entraríamos las dos con nuestras espadas en alto y mataríamos a todos para liberar a nuestros príncipes. El mío tendría los ojos azules y el pelo rubio, sería alto y fuerte y no diría tonterías como dice J cada dos por tres. ¿Y el tuyo cómo sería, Lulú?

Ah, vale, también me gusta tu príncipe.

Después de darles un beso en la boca, les pediríamos matrimonio y los convertiríamos en reyes. No, mejor ellos serían nuestras reinas y nosotras dos grandes reyes. Sí, eso me gusta más. Seríamos las dos los reyes más importantes del mundo y ellos serían nuestras amadas reinas.

¿Sabes una cosa, Lulú? Sigo mirando por la ventana cada día esperando que regrese papá, pero no quiero decírselo a mamá, porque una vez se lo dije y se puso a llorar. Quiso disimular, pero no pudo.

Martes, 15 de diciembre de 1987

Mamá lo ha tirado todo. Casi también te tira a ti también, Lulú. Dice que está decorando toda la casa. Hace unos días me pidió si tendría algún inconveniente en dar a los niños pobres todos mis juguetes y toda mi ropa, y yo le dije que no, salvo tú, claro, porque eres un regalo de la abuela. Lulú, tú eres mi mejor amiga porque te lo puedo explicar todo y nunca me llevas la contraria.

¿Sabes, Lulú? Yo sé por qué mamá lo está tirando todo, aunque ella no lo sepa. Todo le hace recordar a papá, bueno, a Carlos, como quiere que lo llame a partir de ahora mamá: el columpio del jardín, el sofá del comedor, los muebles de su habitación… Todo. Así que hoy ha venido un camión de mudanzas muy grande y se lo ha llevado todo. Mis vecinos se han reunido en la calle con cara de lástima para despedirnos y mamá ha tenido que salir a decirles que los únicos que marchaban eran los muebles, que los demás nos quedábamos. Los demás somos mamá, tú y yo. Hoy dormiremos las tres en el suelo, Lulú. Será toda una aventura, dice mamá. Y lo dice tan contenta que no sé si llegarán muebles nuevos o a partir de ahora viviremos así; comeremos en el suelo, dormiremos en el suelo y hasta miraremos sentadas en el suelo la pared donde antes había un mueble con la tele.

Ni siquiera nos hemos quedado con más ropa que la que llevamos puesta. Mañana vendrán unos señores con todos los muebles, que espero que no sean los mismos que se han llevado hoy, y mientras ellos los colocan exactamente donde les dibujó mamá en un plano que hizo, nosotras nos iremos a comprar ropa a Huelva, porque no tenemos más que lo que llevamos puesto. Tú vendrás conmigo, Lulú. No te preocupes, que no te dejaré sola con esos hombres. Odio a los hombres, Lulú.

«Empezamos de cero y nos va a ir muy bien, hija, ya lo verás», me ha repetido mamá cientos de veces los últimos días. Pero en realidad no me lo dice a mí, se lo dice a ella misma. Por suerte me ha dejado la ropa de vestir que llevo puesta, porque si no habría ido a comprar ropa desnuda.

La abuela se enfadó mucho el otro día conmigo porque me oyó llamar Carlos a Carlos. Primero se enfadó y luego me cogió la mano con cariño y me pidió que no volviera a dirigirme así a Carlos. Ella quiere que lo siga llamando como antes. Pero Carlos ha muerto. Carlos ha muerto. Carlos ha muerto. Carlos ha muerto.

Quiero mucho a la abuela, pero no voy a hacerle caso. Esta vez no. Pero tú no se lo digas. Sí, ya lo sé que no le dices nada a nadie, por eso eres mi mejor amiga, Lulú.

Sí, ya sé que tú me quieres mucho, Lulú.

Jueves, 24 de diciembre de 1987

Mi abuela Marisa ha muerto, Lulú. Yo la quiero mucho y odio a ese Dios que dice mamá que es tan bueno, porque si fuera bueno, no se habría llevado a mi abuela. Es un egoísta, es un Dios egoísta, y si las personas egoístas no son buenas, Dios tampoco. Me da miedo pensar que un día mamá también se pueda morir. Yo no quiero que muera mamá, aunque sí deseo que Carlos esté muerto por el daño que le ha hecho a mamá.

Mamá dice que Carlos vive en Madrid. No pienso rezar nunca más a Dios por haberse llevado a mi abuela. Te odio, Dios egoísta, te odio, y un día acabaré contigo, ya lo verás. Entraré donde estés y te clavaré la espada mil veces, y luego te obligaré a que me devuelvas a mi abuela y también a que vuelva papá, o Carlos, como mamá quiere que lo llame. Y si no lo haces, te seguiré clavando mi espada hasta dejarte más pequeño que los cereales que almuerzo, y luego te pisaré y seguiré haciéndolo hasta convencerte. Porque si en verdad eres Dios, puedes hacer todo lo que quiero que hagas. Y si no lo haces porque no quieres, te mataré, ya te he avisado; pero si no lo haces porque no puedes, eres un dios de pacotilla. Vamos, que ni eres dios ni nada que se le parezca. Y entonces eres un tonto del culo como muchos de los de mi clase, y tendrías que estar trabajando y no ir por ahí dándotelas de dios. ¡Mentiroso!

Miércoles, 6 de enero de 1988

Los reyes son idiotas. Les pedí por última vez que me trajeran a papá sin que mamá lo supiera y no lo han hecho.

Carlos está muerto, Carlos está muerto, Carlos está muerto, Carlos está muerto. Odio a los reyes. Me han traído juguetes que no necesito y ropa que tampoco necesito. Lo único bueno de esta Navidad es que mi tío Pablo ha estado con mamá y conmigo.

Mi tío Pablo es el único hombre bueno del mundo. Es la excepción que confirma la regla, como dice la señorita Mercedes cuando nos regaña enfadada por portarnos mal. Pablo es muy bueno y me quiere mucho. Y yo lo quiero mucho a él, pero al resto de los hombres los odio y los mataría a todos. A J no sé si lo mataría o no. ¿Tú qué harías, Lulú?

Vale, pues lo matamos también.

Mi tío me ha cantado algunas de sus canciones. Y lo ha hecho para mí sola. Dice mamá que eso es un privilegio, y me lo ha repetido cada vez que mi tío me cantaba una canción. No hace falta, mamá, que me lo digas tantas veces, porque los privilegios no se harán más grandes por repetirlos, simplemente ya son grandes de por sí y no pueden crecer más. Es como si en los días de verano que hace más calor, la gente pensara que es porque el sol está más grande. Y a medida que la gente fuera diciendo «mira qué grande está el sol hoy», creciera más y más hasta achicharrarnos a todos, incluso a los pobres mudos, que no tienen culpa de nada. Al final le he hecho un gesto a mamá, Lulú, dándole a entender que no hacía falta que siguiera repitiéndome lo del privilegio. Aunque ahora mismo soy yo quien te estoy cansando a ti con la misma palabra. Perdona, Lulú.

Domingo, 28 de febrero de 1988

Las diferentes caras de la vida, tesoro.

¿Tú entiendes qué quiere decir «las diferentes caras de la vida, tesoro», Lulú? Me la ha dicho la señorita Mercedes esta mañana cuando ha estado hablando a solas conmigo, pero no me he atrevido a preguntarle qué significa. Debe ser muy importante, porque la señorita tenía los ojos tristes cuando me lo ha dicho. ¿Sabes por qué sé que tenía los ojos tristes, Lulú? Porque le brillaban. Es curioso; cuando los ojos brillan, la mirada es triste. ¿No debería ser al revés, Lulú?

Las diferentes caras de la vida, tesoro.

No sé lo que significa, pero suena bien, ¿verdad, Lulú?

Martes, 8 de marzo de 1988

Ya sé que Carlos no volverá nunca, Lulú. Lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas. Mamá también lo odia, y eso me hace odiarlo aún más. Odio que mamá piense en él constantemente, aunque no lo reconozca. Odio hacerlo yo también. La gente del pueblo me mira con cara triste, y mi maestra también y mis compañeros de clase y hasta los otros niños del pueblo que no son de mi clase.

La vecina de mi abuela ya no sonríe cuando me ve. Me pone la mano sobre la cabeza como si quisiera comprobar que soy de carne y hueso y me mira con ojos tristes. Ahora sí que veo que está enferma y yo ya no puedo hacer nada para curarla. Ya no soy su medicamento, Lulú. No soy el medicamento de nadie, Lulú. A veces me gustaría morirme para que la gente ya no me mirara triste, pero quizá conseguiría lo contrario, y por eso he decidido seguir viviendo, aunque me cueste hacerlo.

Carlos ya no volverá más. ¿Tú lo entiendes, Lulú? Si lo entiendes explícamelo, por favor, porque yo no puedo hacerlo. He repasado todas las veces que papá me ha reñido por algo y son muy pocas, y además, me parece que no tienen mucha importancia. Lo peor que he hecho en mi vida ha sido dejar la manguera abierta, Lulú. Papá, bueno, Carlos, me pidió que vigilara un momento la manguera con la que regaba las flores del jardín y yo me olvidé de hacerlo. Pero por eso Carlos no puede haberme abandonado.

Y mamá no sé qué habrá podido hacerle, pero sí sé que mamá es muy buena y tal vez se olvidó también un día de la manguera, pero nada más. Así que no entiendo por qué Carlos nos ha abandonado, Lulú. Explícamelo tú, por favor.

Sábado, 19 de marzo de 1988

Hola, Lulú, como ya sabes desde hace meses vivimos en un hotel. Todo es nuevo, como ya te habrás dado cuenta: la mesita de noche, el escritorio, la cama, las lámparas del comedor, el sofá, los cojines, las sillas del comedor, la mesa de la cocina, mis calcetines, mis faldas, todo, todo, todo… hasta la bañera la ha hecho pintar mamá de un color diferente. Mamá debe tener mucho dinero, porque lo ha comprado todo nuevo. Lo único viejo que ha quedado somos el reloj de cuco, ella, tú y yo. Recuerdo que mamá me hizo tirar el vestido, las bragas y los zapatos con los que fuimos a comprar la ropa. Incluso me preguntó si quería que me comprara un diario nuevo. Pero yo le dije que no muy enfadada. Tú no eres un diario, tú eres Lulú, mi mejor amiga, y nadie puede sustituirte.

Quizá mamá se ha vuelto loca, porque lleva dos días paseando por la casa cantando. Pero no canta las canciones de antes, ahora canta en inglés; bueno, en algo parecido al inglés.

Una vecina del pueblo llamada Juanita ha venido hoy a vernos y mamá le ha enseñado toda la casa como si fuera la primera vez que entraba. Por un momento he pensado que iba a decirle: «Mira, Juanita, esta niña que ves aquí se llama Laura y es mi hija». Y a mí: «Hija, te presento a nuestra vecina, que se llama Juanita». Pero por suerte no lo ha hecho porque yo soy una de las cuatro cosas viejas que hemos quedado y mi vecina ya me conoce. Tú también eres una cosa vieja de la casa, Lulú, pero a ti Juanita no te conoce. Si quieres, un día te la presento. Tendré que ponerte un vestido muy bonito, porque Juanita siempre viste de punto en blanco, dice mamá.

Es normal que estés nerviosa, Lulú, es por la emoción de conocer a alguien nuevo, a mí también me pasa.

Viernes, 22 de abril de 1988

Ayer por la noche a las nueve, volvió a salir el pájaro del reloj de cuco que compró mamá cuando Carlos vivía en casa, que, como sabes, Lulú, es una de las cuatro únicas cosas que quedamos en casa cuando mamá lo cambió todo; pero me cansé de ver en el pájaro recuerdos que hacen emocionar a veces a mamá, Lulú. Me levanté del sofá, acerqué una silla para llegar hasta el reloj y, aprovechando que hacía frío y mamá había encendido la chimenea, tal vez por última vez hasta otoño, arranqué el pájaro con todas mis fuerzas. Mamá se me quedó mirando cuando lo tiré al fuego y no me riñó, ni siquiera dijo nada. Es un pájaro tonto de madera que no vuela. Luego me volví a sentar y seguimos las dos enfocando nuestras miradas entre la tele y las llamas del pájaro tonto de madera. Estuvimos las dos un buen rato hasta que el pájaro se transformó en ceniza. Luego volvimos a mirar la tele y, pasados unos minutos, mi madre dejó ir una carcajada que me cogió por sorpresa. Me miró y no paró de reír, provocando que yo hiciera lo mismo. Una hora después, a las diez en punto, la puerta del reloj se volvió a abrir, pero el pájaro ya no salió, claro, y el ruido tan extraño que hizo el reloj al dar las campanadas provocó otro ataque de risa a mamá. Y de nuevo a mí al ver cómo se reía de ella. Pobre pájaro, nos ha hecho reír más muerto que vivo. Mamá se levantó, descolgó el reloj y lo tiró al fuego. Y luego me gritó mientras seguía riendo que me apartara de la chimenea, porque al parecer las pilas explotan con el fuego y salen disparadas como balas.

Es la primera vez que he visto a mamá reírse a carcajadas desde que Carlos marchó. Si tuviera dinero, le compraría a mamá cada día un reloj de cucú con un pájaro tonto para tirarlo al fuego cada día.

Viernes, 17 de junio de 1988

Me ha costado mucho representar la obra de fin de curso del colegio, Lulú. Le pedí a mi maestra que no quería participar porque sabía que todo el pueblo iba a estar pendiente de mí, como cuando acompaño a mamá a comprar o voy a dar una vuelta con ella. Pero ella y mamá me convencieron de que debía hacerlo. Me han dado un papel pequeño: «¡Elvira, corre, corre, que Juan está a punto de llegar a casa!». Eso era todo mi papel, todo lo que decía en la obra de teatro horrible que hemos representado, bueno, que han representado mis compañeros este fin de curso.

La señorita me ha dicho que me ha dado un papel pequeño por mi bien, pero se equivoca. Si no hubiera participado en la obra, nadie me habría visto, ni podrían sentir lástima al verme como siempre, pero con mi gran actuación, además de mirarme como si fuera la niña zombi del pueblo, han pensado que debo ser idiota, que no sirvo ni para aprenderme una frase larga. «Pobre tontita, no me extraña que Carlos la abandonara», habrán pensado seguro algunos de mis vecinos. Si supieran lo mucho que me aburro en clase, preguntándome por qué mis compañeros tardan tanto en aprender cosas tan sencillas, no pensarían eso de mí. Los odio. Odio a todas las personas del mundo. Deseo que se mueran todas excepto mamá y el tío Pablo. Odio con todas mis fuerzas a Carlos. Él tiene la culpa de todo, Lulú. Odio a Carlos, odio a Carlos, odio a Carlos, odio a Carlos.

Viernes, 2 de diciembre de 1988

Mamá ha vuelto a trabajar, Lulú. Se maquilla todas las mañanas. Yo creo que está enamorada de alguien, pero no sé de quién. Diría que de mi tío Pablo, pero si es así, no sé por qué se maquilla cada día si mi tío vive en Francia.

¿Sabes qué pienso, Lulú?, que mamá se maquilla porque siempre dice que una señorita debe estar bien arreglada, dentro y fuera de casa. Igual se prepara por si mi tío viene a vernos por sorpresa, como hace siempre, y para no decirle: «Espera un momento, Pablo, que voy al baño a maquillarme».

¡Qué vergüenza si fuera así, ¿verdad, Lulú?!

Mamá tiene razón, las señoritas como mamá, tú y yo siempre debemos estar maquilladas. Yo me maquillo cuando estoy sola en casa, Lulú, tú ya lo sabes porque me ves hacerlo. Sí, ya sé que me encuentras muy guapa; yo también te encuentro muy guapa a ti con todas tus páginas rosas y tu portada tan bonita.

¿Tú crees que soy fea si no me maquillo, Lulú? Gracias, Lulú. Tú también eres muy guapa, con tus páginas rosas tan bonitas.

Mamá está enamorada, sí, estoy segura, pero no sé del todo si es del tío Pablo o de su jefe. Se llama Eduardo, Lulú. Antes me caía fatal, cuando ese vivía con nosotras, pero desde que mamá me dijo que Eduardo siempre le había amargado la vida, me empezó a caer mejor.

Mamá me explica cosas del trabajo con tantas ganas que hace muchos días que no me pregunta por mis deberes, ni siquiera sabe qué días tengo exámenes. Suerte que te tengo a ti, Lulú. No sé, mamá está diferente. Yo creo que está enamorada. Como yo de J.

Bueno, ya no mucho, porque cada vez besa peor, me saca la lengua y me lame como un perro. Además, como J un día será un

hombre, tendré que matarlo también, Lulú. Sí, lo tengo decidido, si mato a todos los hombres del mundo ninguno podrá hacerle daño a mamá ni a mí ni a ninguna otra mujer nunca más. Al único que no mataré es a mi tío Pablo, porque es muy bueno y me quiere mucho, pero a J sí. Un día, después de besarlo, se lo diré para que se vaya preparando, ¿vale, Lulú?

Sábado, 17 de diciembre de 1988

En pocos días volverá a ser Navidad, Lulú. Odio la Navidad. Los Reyes no existen, supongo que ya lo sabes, pero me gustaría mucho que existieran para poder matarlos por haberme hecho creer que existían. ¡Malditos farsantes! Deberían existir las Reinas y así seguro que todos los niños recibirían los regalos que piden. Yo sería una de ellas, la otra sería mamá y la tercera tú, Lulú. Seríamos las Tres Reinas de Oriente: Mamá, Lulú y Laura, y lo primero que haríamos sería matar a Melchor, Gaspar y Baltasar, y luego iríamos a comprar regalos para todos los niños del mundo, sin equivocarnos, como hacen ellos siempre. Y empezaríamos a repartirlos por nuestro pueblo y luego iríamos a todos los pueblos y ciudades del mundo.

Ese está muerto. Ese está muerto. Ese está muerto. Ese está muerto.

¿Sabes, Lulú? Pienso a menudo en la frase «las diferentes caras de la vida, tesoro». Sigo sin entender el significado místico (tú sabes qué significa místico, ¿verdad? Vale, ya me lo imaginaba). No sé. Cuando sea más mayor, aún la utilizaré en mis conversaciones. Iré por ahí diciendo: «Fulanito, eso es por las diferentes caras de la vida, tesoro». Bueno, lo de tesoro no sé si lo diré, porque igual se piensa fulanito que me gusta, y lo que más me apetece hacer con los hombres es matarlos a todos.

Tú, tranquila, que por eso te puse de nombre Lulú y no Lolo.

Lunes, 9 de enero de 1989

Mi tío Pablo es el mejor hombre del mundo. Lo quiero muchísimo. Ojalá fuera mi padre. Mi madre siempre habla de él. Yo creo que mamá está enamorada del tío Pablo, aunque no me atrevo a preguntárselo.

¿Sabes, Lulú?, hoy J me ha escrito en un papel que está enamorado de mí. Qué tonto, ¿verdad? Enamorarse de la persona que un día va a matarlo, aunque claro, él aún no lo sabe. Se lo diré el día que consiga enseñarle a besar bien y no a lamerme como si hiera un helado.

¿Sabes, Lulú?, hoy J me ha enseñado el pito en el lavabo. Dice que es el más grande del mundo, pero yo no he visto los otros, y además, tampoco me interesa. Tardaría mucho en verlos todos y no tengo tiempo para esas tonterías. Me ha dicho también que le ha dicho a su hermana que es mi novio. Su hermana es muy pequeña, así que no debe haber entendido nada. Hoy tampoco me ha besado bien y lo del pito está bien, pero tampoco es para tanto. Lo que sí que le he dicho es que yo no quiero tener novio porque luego querría ser mi marido y no quiero tener marido porque odio a los hombres, y, como tú ya sabes, Lulú, cuando sea mayor los mataré a todos. A todos excepto a mi tío Pablo, que lo quiero mucho. No quiero que los hombres hagan llorar a mamá nunca más. Ni a ti tampoco, Lulú, por eso los mataré.

Ojalá ese se pudra en el infierno. Ojalá ese se pudra en el infierno. Ojalá ese se pudra en el infierno. Ojalá ese se pudra en el infierno.

¿Sabes, Lulú?, no sé si te había dicho que mi abuela tuvo un novio cuando era joven. Mamá me contó que era un cabrero del pueblo, pero que la abuela no quiso casarse con él. Igual no quiso

hacerlo porque olía a cabra y la abuela siempre olía muy bien. O igual decidió matarlo también. ¡Y muy bien que hizo! ¿A que sí, Lulú?

Claro que sí, bien hecho, abuela. ¡A la mierda el cabrero del pueblo!

Miércoles, 15 de febrero de 1989

Mamá parece muy cansada últimamente. J dice que mi mamá es muy buena persona. Me lo dice porque lo ha escuchado decir a sus padres. Y yo le digo que lo que se escucha en casa no se comenta fuera, así me lo ha enseñado mamá; y él me pregunta por qué no. Pero me lo pregunta porque es un poco tonto, Lulú, y yo no quiero tener un novio tonto porque luego tendría un marido tonto y una vida de tontos. Y yo odio a los hombres y un día los mataré a todos, menos a mi tío Pablo, que es el único hombre bueno del mundo.

Lulú, voy a averiguar por qué mamá está tan cansada y te lo explicaré. Será uno más de nuestros secretos, ¿vale? Pero si es un secreto, no se lo puedes decir a nadie. Una vez leí en un libro, donde la historia transcurría en nuestro pueblo, que la mejor manera de guardar un secreto era olvidarlo, pero hay una mejor: morirse. ¿Tú has visto alguna vez a un muerto explicarle un secreto a alguien, Lulú?

Ese está muerto. Ese está muerto. Ese está muerto. Ese está muerto.

Miércoles, 7 de febrero de 1990

Mamá vuelve a sonreír como antes, Lulú. Bueno, en ocasiones incluso más que antes. Yo siempre viviré con mamá y contigo.

Mamá me ha dicho que vendrá una chica para estar con nosotras que se llama Gloria. Quizá ella sí me pregunte por mis notas y mis deberes, Lulú, como hacía mamá antes. Bueno, no lo sé. Lo que sí sé es que ninguna de las dos necesitamos a nadie. Ya somos mayores y nos sabemos cuidar solas. ¿Para qué necesitamos a Gloria, eh, Lulú? Y si ha de venir alguien, prefiero que venga J, porque así le daré morreos con los ojos cerrados como hacen en las películas y no como hago en el lavabo del cole, vigilando que no nos vea nadie. Él sí los cierra y no vigila nada. Suerte que yo sí lo hago, si no todo el colegio sabría que nos damos morreos. Hoy me ha pedido que no le apriete mucho el pito cuando lo beso, porque ve las estrellas. Qué poético, ¿eh, Lulú? Pero yo le he dicho que, si no me deja hacerlo, no hay morreo. Y me ha dicho que vale. Hemos ganado, Lulú. Tú y yo somos unas mujeres ganadoras.

Somos ganadoras. Somos ganadoras. Somos ganadoras. Somos ganadoras.

Eh, tú, sí, tú, la que ahora mismo pasea por delante de mi casa. Es Amparo, Lulú. Que sepas que Lulú y yo somos mujeres ganadoras. Y que sepas también que Lulú y yo ya sabemos qué significa «las diferentes caras de la vida, tesoro». Pero no vamos a decírtelo para que no vayas explicándolo por el pueblo.

Viernes, 24 de agosto de 1990

Mi tío Pablo es un cantante conocido en todo el mundo, Lulú, y yo soy su única sobrina. Por tanto, yo también soy una sobrina conocida en el mundo entero. Y si lo soy yo, tú también lo eres, Lulú, porque eres mi mejor amiga.

Mi tío me quiere muchísimo. Canta y toca la guitarra superbién y mucha gente va a sus conciertos. Mamá y yo iremos a verlo mañana actuar en un estadio de fútbol muy grande en Madrid, que es de un hombre que se llama Santiago. Ya te contaré cuando regrese. Estoy muy emocionada. Todos mis compañeros de clase saben que mi tío es el cantante más famoso del mundo porque yo se lo he dicho, y la señorita Mercedes también. Todos menos Sonia, que es una puta, y en vez de alegrarse me ha dicho en el patio que hay muchos cantantes que cantan mejor que mi tío y que ese nos abandonó porque mamá y yo somos unas putas. Y yo le he dicho que ella sí que es una mala puta, Lulú, y la he cogido por los pelos y la he tirado al suelo. De no haber venido la señorita, aún le estaría dando patadas, incluso después de matarla lo habría seguido haciendo. Es una mala puta, Lulú, una mala puta. Sonia, eres una mala puta y a partir de hoy cada vez que te vea sola en el patio iré a pegarte hasta matarte poco a poco, como haré con J cuando sea un hombre, pero sin darte morreos.

Y después de muerta, te llevaré a un concierto de mi tío para que te des cuenta de lo tonta que fuiste de morir engañada.

Morir engañada debe ser una muerte triste, ¿verdad, Lulú?

* * *

Aquellas fueron las últimas letras que escribió Laura en su diario, antes de serle arrebatado junto a la bolsa que llevaba el día que la raptaron durante una excursión del colegio.

Aquella vivencia recorrió las páginas de *Sombras de niebla* convertida en una más de «las diferentes caras de la vida, tesoro».

Laura.

Retales de adolescencia

Cuando el destino cercena una etapa de la vida antes de tiempo, la siguiente no acude rauda a ocupar el vacío que deja. La ansiedad y el desconsuelo copan con tanto ahínco esa laguna que sus aguas aún reflejan la etapa siguiente.

Algo así es lo que le ocurrió a Laura cuando la abandonó su padre; demasiado pequeña para convertirse en adolescente. Elena intentó que su hija no terminara sumida en la tristeza al descubrir que el negro, además de ser el color de la noche, podía pincelar paisajes del día. Solo el odio y la ira parecían, a tenor de Elena, capaces de alejar el pasado del presente de Laura.

Y fue tal el arraigo de ira y odio en la mente de la pequeña que decidieron acompañarla por siempre, haciéndose más o menos visibles en función de los días. Y no contentos, incluso con esa dosis de eterno protagonismo, decidieron viajar a sus recuerdos infantiles para conquistarlos también lentamente.

Tras las semanas que necesitó para aceptar que su padre la había abandonado sin un motivo aparente, Laura regresó al colegio; aprendió a driblar burlas, a desnudar palabras que escondían afilados puñales; a aislarse de la compañía que la injuriaba, armada con una suma inteligencia y el escudo de unas brillantes calificaciones; a aceptar que llorar podía ser el acto más feliz del día, y a entender que, hasta la más temida tristeza termina evaneciendo al aceptarla. Y casi sin quererlo, llegó el día en que volvió a mostrar una sonrisa de alas exuberantes esquizadas de pintas negras. Madurar deprisa le permitió cuestionar verdades que la ingenuidad escondía al resto de sus compañeros, como la de descubrir que el amor eterno era una fantasía de cuentos, o que el pasado podía enjalbegarse con cal y la memoria en blanco de los recuerdos.

Y un día, en un instante dado, su madre le preguntó qué quería

ser de mayor, sin darse cuenta de que ya hacía tiempo que lo era.

—Médico —respondió ella sin dudarlo un segundo.

—¿Y por qué médico si puede saberse? —preguntó Elena sintiendo un cierto escozor de labios al ser la carrera que había intentado arruinarle la vida.

Laura se quedó mirando a su madre sellando sus labios. En su mente la respuesta era clara, firme, incluso bien estructurada en su inicio, desarrollo y conclusión; pero intuyendo el dolor que podía inocular a la persona que tanto amaba, prefirió silenciar sus palabras mostrando una respuesta sencilla al encoger los hombros.

Se levantó del sofá, le dio un beso a su madre y le susurró al oído la única respuesta que sabía que no podía hacerle daño:

—Te quiero, mamá, y sé que si yo soy feliz, tú también lo serás.

Jueves, 22 de julio de 1999

Elena propuso a Laura hacer una pequeña excursión para visitar la Facultad de Medicina de la Complutense, tras saber que la nota obtenida en selectividad por su hija le permitía optar a estudiar la misma carrera que había abandonado ella, incumpliendo el sueño de sus padres. El objetivo de la excursión, además de conocer el campus universitario y comprobar lo económicos que eran los cafés universitarios, era encontrar algún anuncio de alguien dispuesto a compartir piso o alquilar una habitación cerca de la facultad.

De entre los muchos que se amontonaban en uno de los paneles de corcho, a Laura le llamó la atención uno escrito a mano con caligrafía de antaño, el mismo que Elena habría elegido para iniciar su lista de descartados.

Me llamo Talía, soy una adolescente de sesenta años dispuesta a alquilar una habitación a una mujer feminista universitaria, limpia, educada y divertida. Abstenerse: chapaditas, guarras, chabacanas y muermas.

El anuncio continuaba con un teléfono de contacto, las dos horas al día que estaba dispuesta a atender las llamadas durante los lunes y, a diferencia del resto, sin ofrecer en su parte inferior los diminutos recortables que convertían la hoja de anuncio en un patrón de tutu.

Al lunes siguiente, dentro de la franja de horas marcada y sin que Laura lo supiera, Elena llamó a Talía:

—Buenos días, ¿es usted Talía?

—Sí, «usted» mejor que no, pero Talía sí, soy yo.

—Disculpe que la moleste, me llamo Elena y soy la madre de una alumna que empezará Medicina el próximo curso. Llamaba por el anuncio que puso en la facultad ofreciendo una habitación de

alquiler. A mi hija le llamó la atención su anuncio y… bueno, querría proponerle si podemos quedar un día usted y yo para conocernos un poco y ver la vivienda.

—¿Usted y yo?

—Sí, si fuera posible.

—Claro que es posible. Aunque tal vez, si no es usted quien tiene pensado alquilarme la habitación, preferiría hacerlo con la persona que sí tiene pensado hacerlo. Imagínese que usted y yo congeniamos a las mil maravillas y que la habitación cumple con todos sus requisitos, pero a su hija no le gusto ni yo ni la estancia. ¿Vendrá usted a substituirla? —Silencio—. ¿Cómo se llama su hija?

—Laura —responde Elena con sequedad.

—Bien, pues dígale a Laura que el día que quiera llamarme estaré encantada de hablar con ella. Y si lo hace y finalmente decidimos compartir vivienda, vuelva a llamarme usted para quedar otro día. Para mí es un placer conocer nuevas personas.

Durante unos días, la corta conversación telefónica fue dando tumbos por la mente de Elena ataviada con diferentes vestidos: el de la madre proteccionista que no parecía transigir, el del anuncio de la vida independiente que iba a iniciar su hija, e incluso el que más temía… la soledad de no tener a quien dar un beso al llegar o salir de casa.

Laura, por su parte, no dudaba en preguntar a su madre a diario si ya había llamado a Talía para reservar la habitación y evitar que alguien lo hiciera antes. La cercanía del piso a la facultad y el tinte jovial del anuncio habían atraído su interés lo suficiente para hacer oídos sordos al resto de las ofertas que le señalaba su madre del panel de anuncios.

Finalmente, Elena decidió aceptar que el tiempo que amenazaba con dibujar alguna liviana arruga en su tersa piel había ido madurando la mente de su hija en silencio. Laura se hacía mayor, tenía que asumirlo de la misma forma que aceptar que en adelante iba a vivir sola. Su hija iba a vivir en Madrid, la misma ciudad que acogía al hombre que las había abandonado y con el que rogaba a Dios que Laura no coincidiera nunca. Le consolaba saber que su hija poco parecido físico guardaba con el rostro de la niña abandonada, por lo que la opción de coincidir se reducía a la mitad para uno de ellos, imaginando que el padre hubiese hecho un pacto con el

diablo.

El teléfono sonó en casa de Talía días después de llamar Elena.

—Buenos días, señora Talía, me llamo Laura y llamaba por el anuncio que puso usted en la Facultad de Medicina. Estaría interesada en alquilar la habitación que ofrecía.

Un breve silencio telefónico sorprendió a Laura, que, por un instante, pensó que la comunicación se había cortado.

—Me gusta el timbre de tu voz. Y también la seguridad con la que das las cosas por hecho, aunque podría llegar a ser insoportable la velocidad a la que hablas de hacerlo siempre así.

Laura elevó las cejas mirando a su madre, que la observaba con atención al otro lado del sillón.

—Perdone, no…

—No pidas perdón por nada —le recrimina alzando algo la voz, dejando un breve silencio para acrecentarlo—. Así que eres Laura y estás interesada en alquilarme la habitación. Muy bien, pues sí, yo soy Talía, como tú has dado por hecho, y me gustaría que pudiésemos conocernos antes de decirte que sí. Te invito a pasar un fin de semana en mi casa.

—Tendría que preguntárselo a mi madre.

—De acuerdo, pues hazlo y vuelve a llamarme si lo consideras.

—Pero ¿cree usted que sería necesario?

—No, no, solo te lo proponía por una rara afición que tengo de pasar los fines de semana con desconocidos, a poder ser con gente de malvivir preferentemente. ¡Ay, mi cielo! Pues claro que es necesario, hija. No me gusta abrir las puertas de mi casa a cualquier persona. He tenido a una estudiante de Derecho más de seis años en casa que ha terminado sus estudios en mayo. La considero una hija, más que una buena amiga, y a ella también le propuse conocernos antes de empezar a vivir juntas, cariño.

»Si alquilo una habitación, no es porque tema vivir sola, que es como mejor se vive, sino porque la miserable paga que cobro no me da para vivir como merezco. Así que alquilar una habitación para mí es un negocio y me gusta que mi cliente pague bien y no me dé problemas. Por eso es importante que nos conozcamos antes si vamos a vivir juntas.

»Llámame cuando tengas las ideas más claras. Hay una chica que también me llamó ayer interesada y también tiene que consultarlo con sus padres. Las jóvenes de hoy en día parece que no sepáis elegir ni las bragas sin preguntárselo a mamá. No me extraña que los machitos vuelvan a estar en alza.

El tono *in crescendo* de Talía ha conseguido despertar el genio de Laura.

—Ya le digo que sí. ¿Qué fin de semana quiere que venga? —responde impulsivamente Laura picando el anzuelo.

—Pero no me has dicho que querías…

—Sí, pero ya lo he decidido —reafirma sin titubeos.

—Me parece que… vamos a entendernos bastante bien tú y yo. Vente de aquí dos fines de semana. No vengas con dos o tres maletas porque se quedarán en la puerta. Tráete solo una pequeña y diez mil pesetas para la comida y la lavandería. Te espero el sábado a las diez y media de la mañana. Si llegas tarde, no te abriré la puerta. Y si llegas demasiado temprano, tampoco porque estaré durmiendo. Así que sé puntual. Marcharás el lunes a la misma hora. Y saluda a tu madre de mi parte.

Laura colgó el teléfono mirando a su madre, sabiendo que debía defender a capa y espada haber tomado la decisión sin consultarlo con ella, arrastrada por la ira que le había hecho picar el anzuelo. Ella era suficientemente adulta para elegir el color de sus bragas sin consultárselo a nadie. Y, si de algo estaba orgullosa, era de tener la suficiente personalidad, no solo para elegir el color de su ropa interior, sino incluso para decidir el día y la hora en que perdería su virginidad, como tenía planificado.

Elena no llegó a reprenderla más de lo que le permitió el argumento de no poder tomar decisiones por su cuenta hasta consumir los días que le faltaban para la mayoría de edad deseada.

Madrid
Sábado 14 de agosto de 1999

A las diez y media de la mañana en punto, Laura picó al interfono del número nueve de la calle Luisa Fernanda de Madrid, esperando escuchar una voz que le diera la bienvenida con el pulso más acelerado de lo que era habitual en ella. Elena la había traído en coche y aguardaba junto a ella lo bastante intranquila para que el mínimo conato de arrepentimiento de su hija convirtiera el viaje en un fin de semana de compras madrileño. Pero no fue así, a pesar de que la voz que surgió del interfono fue el sonido a molinillo que liberaba el resbalón del portal del edificio.

Laura empujó la puerta, besó a su madre y le repitió por enésima vez que estuviera tranquila, comprometiéndose una vez más a llamarla de inmediato si acaecía algún imprevisto que llegara a incomodarla. Elena volvió a repetirle que para ella no sería ningún inconveniente regresar a buscarla desde San Silvestre antes del lunes, escondiéndole la reserva de dos noches que había hecho a escasos metros de allí, en el hotel Mercure.

Al llegar al rellano, la puerta estaba entreabierta, pero Laura decidió picar al timbre acompañando el gesto de un «buenos días» en voz alta.

—Adelante, Laura. Entra y cierra la puerta. —Oyó una voz desnuda proveniente del interior.

Laura entró y cerró la puerta, dejando el recibidor en la misma penumbra que se hallaba antes de colarse la luz diáfana del rellano.

—Con permiso —pronunció arrastrando el pequeño *trolley* por el pasillo que daba a una estancia ignorada.

—Bienvenida a mi casa, Laura.

Talía estaba estirada en el sofá, en pose de «maja vestida», acompañada de una brisa musical de tinte clásico solo perceptible segundos después de la estampa que centró sus sentidos. El comedor, junto al pasillo que daba acceso, invitaba a hacerse a la idea de formar parte de una vivienda ni demasiado grande ni demasiado pequeña, algo parecido a la primera sensación que tuvo Laura al ver el rostro de Talía: bastante mayor para considerarla adolescente y demasiado joven para reafirmar los sesenta años que rezaba el anuncio.

—Toma asiento y sírvete una taza de café antes de que se enfríe.

La invitación, a pesar del ordeno y mando que exudaba, sonó como una agradable propuesta gracias al timbre meloso de una voz que descolocó de inicio a Laura.

—¿Has tenido un buen viaje? —le preguntó estirando su cuerpo sobre un sillón de terciopelo marrón defendido por una legión de cojines de diferentes clanes.

—Sí, sí, gracias —respondió algo cohibida Laura, concentrándose en no manchar el tapete al servirse el té en la taza.

—Me alegro. Siempre es bueno empezar el día con buen pie. Empezar el día con buen pie… —repitió Talía antes de dejar caer una carcajada que parecía pertenecer a una vivencia o anécdota que solo ella entendía.

Laura barrió disimuladamente el salón de la casa: un pequeño mueble colonial que sostenía decenas de libros y algunas revistas, un televisor de varios kilos de pantalla, diversos retratos de mujeres de épocas dispares, una lámpara colgante de tres focos negros alineados con una mesa ovalada colonial, un par de sillas de madera con las patas talladas a mano, que colaboraban con los sofás sosteniendo una multitud de variopintos cojines; decenas de cuadros que apenas dejaban un resquicio para ver el rojo intenso de las paredes, y una estatua a tamaño real reinando junto a la ventana que daba al exterior. La estatua de alabastro mostraba el desnudo de la mujer que la había invitado a servirse una taza de café estirada sobre el sofá. La escultura mostraba una careta sujetada por una mano, acariciándose un esculpido pubis con la otra con cierto descaro, tal vez por encargo de la modelo o a iniciativa del escultor consagrado. La amalgama de sensaciones que desprendía la

escultura era difícil de encasillar con un adjetivo que no viniera acompañado de su antónimo. *Elegante y chabacana* son los dos primeros que se abrieron paso en la mente de Laura.

Talía la observa con la misma frialdad que el respeto de Laura.

—Es el desnudo de Talía —comentó mirando a Laura, acompañándose de una sonrisa.

Laura se levantó del sofá para contemplar de cerca la estatua de alabastro a tamaño real que presidía el salón, en el rincón donde unos hilos de luz atravesaban como lanzas la persiana, mostrando un gesto refinado en las formas. Era la primera vez que contemplaba de cerca el desnudo de una mujer que apenas conocía sin faltar a las normas del buen decoro.

La escultura mostraba un cuerpo más delgado del que ofrecía la modelo estirada en el sofá a simple vista, dando a entender el paso del tiempo o mostrando la imaginación del artesano escultor. La figura rondaba el metro sesenta de altura, que pudo calibrar Laura al acercarse a ella. El rostro era de redondeadas proporciones, nariz algo achatada, labios carnosos y cejas pobladas que delataban el quehacer continuo que conllevaba mantenerlas alejadas, sumiendo en completo anonimato a los diminutos ojos que miraban al frente con pupilas de nieve. El cabello era liso y lo bastante largo para pertenecer a una adolescente de quince años. La careta masculina que sostenía en una de las manos había sido esculpida sin el detalle de la que acariciaba el perfilado pubis. Era como si el artista hubiese querido mostrar los extremos de su buen hacer artesano. El tronco superior presentaba proporciones algo más delgadas que el inferior, salvo por unos senos de generosas proporciones, cuyos pezones señalaban unos pies griegos de lamentos de *geisha* apoyados sobre una peana que simulaba la hierba de un prado. Las nalgas, abultadas, pero sin perder la gravedad que las hacía atractivas para ambos sexos, aparentaban también el devenir implacable del tiempo o el fruto de la fantasía del artista comparado con la mujer que analizaba todos y cada uno de sus gestos.

—¿Qué te parece? —pregunta Talía con un tono que ofrece poco margen de respuesta.

—Es preciosa —responde Laura temiendo haber mostrado su inclinación sexual antes de tiempo—. Está muy bien esculpida,

quiero decir —añade intentando constreñir el sentido de sus palabras.

—Fue el regalo de una amiga escultora. Posé desnuda varios días para ella. Fue un placer ver cómo era capaz de desnudar también mis sentimientos cuando la iba esculpiendo. Ha sido una de las mejores experiencias de mi vida. Me hizo sentir durante unos días la auténtica Afrodita del mundo. Lástima que todo lo bueno dure poco. Pero mejor que no empiece a contarte batallitas de adolescente jubilada.

»Termina de tomarte el café y ponte cómoda, anda. Descálzate y quédate en bragas si quieres. Yo también voy a hacerlo ahora que mi cuerpo ya no puede sorprenderte. Ya te aviso que durante todo el fin de semana voy a mostrarte tal y como soy, y espero que tú decidas hacer lo mismo. Solo así podremos aprovecharlo de verdad para conocernos. Y ya te aviso de que mis pedos huelen fatal. ¿Los tuyos también?

—Sí, sí, claro.

—Empezamos bien. Ya tenemos algo en común. Hazme caso y ponte cómoda y quédate un rato en silencio escuchando música. No conozco una forma mejor para empezar a conocernos. No te preocupes por la habitación, que va a seguir ahí esperando a conocerte —propone Talía llevando a Laura a pensar en utilizar el móvil que tanto desea escuchar Elena.

»Me apasiona Wagner. Fue un adelantado a su época, supo ver antes que nadie los problemas que causaría la industrialización y el perjuicio para el medioambiente. ¿Te gusta Wagner?

—Sí. Pero no conozco ninguna de sus canciones.

—¿Canciones? Bueno, supongo que… también podrían ser canciones, con una letra adecuada, claro. Pero mejor utilizar el término *obras*, ¿no te parece?

—Sí, *obras* es más adecuado. Esta canción, perdón, esta obra me suena mucho. Diría que vi la película.

—*Los intocables*.

—Es verdad, *Los intocables*. Me gustó mucho. La fui a ver con mi madre y una amiga.

—¿Y crees que es de Wagner la banda sonora de la película *Los intocables*?

—No, por supuesto, son de épocas diferentes —responde Laura

luciendo una picara sonrisa.

—Bueno, al menos tu razonamiento parece bastante mejor que tus conocimientos de música clásica. Te he dicho que me gusta Wagner, no que estuviera escuchando una de sus obras. La banda sonora de la película *Los intocables* fue compuesta por el pianista Ludovico Einaudi, que es la música que estás escuchando. Un excelente pianista, aún vivito y coleando, por si te interesa saberlo. En fin, estírate en el sofá si te apetece y déjate acariciar por la melodía de sus manos.

Laura obedeció sentándose de manera formal con la misma ropa que había traído por miedo a perturbar a Talía con el ruido de la cremallera de la maleta.

Dos desconocidas escuchando la banda sonora de un virtuoso pianista desconocido para una de ellas, pensó, preguntándose si había llegado el momento de utilizar el móvil o era mejor esperar a la siguiente inesperada propuesta de la casera.

La escena tenía tintes surrealistas para cualquier ojo foráneo, pero entre aquellas paredes, la música, los cuadros, la escultura desnuda a tamaño real, los retratos de mujeres en color, blanco y negro y sepia; la retahíla de cojines multicolores, la pose de Talía tusando su melena al compás de la armonía, incluso el pequeño *trolley* de Laura parecía haber sido engullido por el *attrezzo* de la estancia. Todo parecía dispuesto para vivir una experiencia difícil de describir más allá de inesperada.

«Si mi madre me viera…», pensó Laura por un momento. «Si mi madre me viera, ¿qué?», se recriminò al instante desatando el hilo de reproche del primer pensamiento, mientras se quitaba los zapatos castellanos con brillo de espejo para estirarse sobre el sofá tal y como Talía le había propuesto. «¿Me estará poniendo a prueba?, ¿esperará verme estirada como ella al abrir los ojos?». «Será mejor no hacerlo», se respondió volviendo a calzar los zapatos antes de quitárselos nuevamente, estirándose sobre el confortable sofá que acabó adormeciéndola entre notas musicales.

Laura se había levantado temprano, nerviosa e impaciente. Era la primera vez que iba a dormir en casa de alguien con quien no compartía más lazos de sangre o amistad que el intercambio de

unas palabras telefónicas.

Talía se incorporó al finalizar el recital del pianista. Sabía que Laura estaba dormida y agradeció que fuera así mientras se acercaba a contemplarla de cerca. Su hija, aquel endiablado ángel que un día se llevó el viento, gritaba que sí desde el más allá llegando a oídos de Talía como un firme susurro. Que sí y sin dudarlo. Que sí quería tener ahora el pelo de aquella joven desconocida llamada Laura, y su nariz respingona, y su cabello liso a media melena, y sus manos repletas de dedos de filósofa, e incluso el suave perfume que desprendía su piel al acercarse a ella. Que sí quería convertirse en Laura, como durante los últimos seis años había sido Lucía, la alumna de Derecho que había alquilado una habitación mientras estudiaba y aún venía a ver a Talía de vez en cuando para conversar desnudas y evitar así que nada pudiera interponerse entre ellas.

Elena llegó al hotel sin tenerlas todas consigo. Dejó la maleta en la habitación 213 del Mercure. Se estiró sobre la cama. Temió perder a su hija y a punto estuvo de salir corriendo a buscarla, ignorando que en aquel momento su hija dormía plácidamente sobre el sofá de un hogar ajeno.

Ordenó su ropa en el armario meticulosamente como siempre hacía. Miró el móvil y le rogó que sonara, y que al hacerlo mostrara en su pantalla la palabra *hija*, sin necesitar de acompañar con más letras la gran obra de su vida. Luego, después de pasear entre segundos de pasado, temió salir a dar una vuelta por Madrid por miedo a toparse con Carlos, el marido que la había abandonado largos años atrás, como si por las calles del Madrid de una mañana de sábado deambulara el mismo número de personas que por las calles del San Silvestre de Guzmán, donde ella vivía.

Pasadas las doce del mediodía, Laura se despertó y lo primero que hizo fue pedir perdón por haberse quedado dormida. Talía la había estado observando largo rato en silencio, escuchando una y otra vez el «sí» repetitivo que murmuraba la hija del viento. Y al ver que Laura abría los ojos, no dudó en cobijarse tras la máscara que escondía la emoción de poder volver a tener a su hija en casa de nuevo, esta vez sobre el cuerpo de una muchacha algo más refinada, a primera vista, que la anterior.

—No debes pedir perdón por quedarte dormida.

—Bueno, es que me he levantado muy temprano y…

—Ven, levántate. Te enseñaré la habitación donde pasarás este fin de semana —propone Talía deseando acabar la frase con «y unos cuantos años de tu vida».

Talía abrió la puerta de una habitación grande y luminosa de paredes blancas, como el techo, la colcha de la cama, el armario de dos puertas, el escritorio y la lámpara de techo y la mesita. Solo la pantalla verde de la lámpara banquero del escritorio y el marrón oscuro de la silla de piel que la acompañaba le daban un toque de color a la estancia. Junto a la cama, dos puertas acristaladas daban acceso a un pequeño balcón que mostraba la vida diaria de una de las arterias del madrileño barrio de Argüelles.

—La he hecho pintar toda de blanco hace pocos días. Quiero que la persona que venga a vivir la decore a su gusto, si no le gusta el blanco, claro —apostilla sonriendo.

Laura arqueó la mirada. Asociar el blanco con el confort hogareño era casi imposible de imaginar en una vivienda donde la penumbra y los vivos colores corrían a sus anchas. Parecía imposible que una casa con una decoración tan singular pudiera albergar un box de hospital entre sus paredes. Y a la vez le pareció un gesto de generosidad digno de tener en cuenta, tratándose de la vivienda de una mujer de gustos estéticos tan intensos. Quizá era esa la mejor argumentación del binomio blancura-confort que había afirmado Talía: permitir que la vivienda ofreciera los puntos dispares de la decoración para acoger, entre ellos, todas sus posibles variables.

Algo que no sabía qué era ni cómo poder definirlo empezaba a absorber a Laura a una velocidad que la incomodaba confortablemente, haciéndola formar parte de la vivienda como si fuera una de sus figuras o de sus cojines, o incluso un simple detalle de la mujer de alabastro que la miraba de soslayo ocultando un antifaz de acero.

—Ponte cómoda, Laura —le propone Talía invitándola a entrar con un gesto de mano.

Laura entra a la habitación dejando su maleta junto al escritorio.

—Muy bonita —comenta apoyando su bolso sobre la cama antes de sentarse sobre ella, mientras Talía sonríe al cerrar lentamente la puerta, ofreciéndole la intimidad que su presencia impide.

Sobre la cama blanca de una habitación blanca del primer día en blanco de una larga estancia, dispares pensamientos confluyeron de pronto en la mente de Laura vestidos de preguntas, afirmaciones y sensaciones que la hicieron sentirse algo incómoda y tranquila al mismo tiempo.

¿Quién era aquella mujer llamada, Talía? ¿Le sería posible llegar a conocer a una persona tan peculiar en un fin de semana? ¿Iba a añorar mucho tiempo, como ahora hacía, su habitación o el saludo alegre de sus vecinos sansilvestreros?

Esas y otras preguntas entretuvieron su mente mientras sus brazos se encargaban de poner la poca ropa que había traído en orden. Luego se estiró sobre la cama; la notó algo más blanda que el colchón de su habitación. Pensó por un momento en J, imaginó estar galopando de nuevo sobre él en el colchón en el que estaba estirada, sonriendo al pensar que a cada embiste corría el peligro de dar con la cabeza en el techo. Habría llegado a reír de haber estado en su casa, respondiendo cualquier vana excusa al preguntarle su madre de qué se reía. Luego volvió a salir de la habitación haciendo el suficiente ruido para avisar a la casera de que abandonaba la habitación que le había reservado durante el fin de semana. Talía estaba estirada sobre el parqué realizando la postura de la cobra o *bhujangasana* que practicaba a diario para relajar la espalda.

—¿Practicas yoga, Talía? —preguntó Laura con un tono de voz más propio del susurro.

—Sí. No soy demasiado buena, pero hago yoga y meditación a diario —le respondió sonriendo—. ¿Tienes frío? —le preguntó al percibir un ligero temblor en su cuerpo.

—No, no, para nada. Estoy muy bien.

—Pues si no tienes frío, te animo a compartir unas cuantas posturas, pero antes deberías ponerte ropa más cómoda. Puedes quedarte en ropa interior, como yo, si te apetece. Tranquila, no me gustan las mujeres, y menos las adolescentes. Prefiero una verga cabreada y juguetona.

Laura sonrió y regresó a su habitación arrastrando la inesperada confesión de Talía en su mente. Se vistió con una camiseta azul cielo de marca y un *short* blanco de tenis y apareció descalza en el salón dispuesta a iniciar una nueva actividad, dando por hecho antes de iniciarla que tampoco conseguiría atraerla lo suficiente

para convertirse en afición, como le había ocurrido con el baloncesto, el patinaje y el tenis que había practicado para contentar a su madre. Talía la miró como el que mira el azulejo de un baño ajeno, invitándola a ponerse frente a ella para copiar las diferentes posturas que hacía, percatándose de inmediato de lo estilizada que se mostraban las posturas con el cuerpo de una yogui sin tanto pellejo a cuestas.

Y sin apenas darse cuenta, un segundo dio paso a otro y este otro hizo lo mismo con el siguiente, hasta que el sábado invitó al domingo y este marchó al ver llegar el lunes, a regañadientes.

A las diez y media en punto de la mañana del lunes, Elena picó al interfono de la vivienda de Talía. Había aprovechado el fin de semana en Madrid, después de convencerse de lo difícil que sería llegar a toparse con Carlos y de preparar una frase veneno que hizo repetir varias veces a la mujer del espejo hasta interpretarla correctamente por si llegaba a producirse el improbable encuentro. Visitó tiendas; se compró una camisa, unos zapatos y un bolso a juego; ingirió una comida fuerte al día en un par de restaurantes de renombre; asistió a una sesión de cine, y compró la entrada para una obra de teatro antes de ir a tomar una copa, donde comprobó lo fácil que le seguía siendo despertar miembros viriles de diferentes edades, colores y tamaños con solo mostrar algo de escote y dejar su melena al viento.

Laura permaneció en casa de Talía todo el fin de semana. Apenas salió diez minutos para ir a comprar la comida que tenía escrita en una lista que terminaba con la frase: «Recuerda no comprar carne».

Durante el fin de semana conversaron de todo y de nada, escucharon música, se estiraron sobre el confortable sofá asignado —una de ellas vestida y la otra con bragas—, vieron dos películas que eligió Laura y un par de capítulos de la serie que eligió Talía, meditaron media hora al día —una de ellas lo hizo por primera vez preguntándose por qué recorrían su cuerpo centenares de hormigas a los pocos minutos de hacerlo— y cocinaron juntas la comida y la cena, dejando el almuerzo a la hora y vianda del libre albedrío del despertar de ojos.

La cocina, el baño y el aseo compartían estilo decorativo con el salón, pero las habitaciones tenían cada una personalidad propia. Una de las tres, la que deseaba ocupar Laura durante largos años, mostraba el arte impoluto que debía definir la joven estudiante que acabara ocupándola; otra, la más grande de ellas, era un mausoleo espiritual feminista con todo lujo de potingues y detalles; y la tercera, la más tímida de las tres, mostraba su puerta cerrada con llave, albergando en la imaginación cualquier tipo de decoración capaz de darle identidad propia.

Talía la pasó por alto cuando enseñó las diferentes estancias de la casa, a pesar de que, al pasar frente a ella, Laura detuvo sus pasos creyendo que iba a mostrársela como había hecho con el resto. Era como si aquella habitación solo existiera en los ojos de Laura. La forma tan natural como Talía la había ignorado al pasar frente a ella indicaba que, o aún Talía no la había descubierto o era mejor no preguntar por ella, como Laura terminó haciendo.

Antes de partir de regreso a San Silvestre, Laura dejó la ropa de cama y baño que había utilizado en la lavandería que le había indicado Talía. Durante el trayecto se emocionó explicando a su madre todo lo que había hecho, lo peculiar que era Talía —salvo la costumbre de andar desnuda por casa—, la decoración de sus estancias —sin nombrar la habitación ignorada, tal y como su dueña había hecho, dejando caer un tímido «sí» cuando Elena concluyó que la vivienda tenía dos habitaciones— y lo agradable que había sido compartir un fin de semana con una mujer que calificó de peculiar y cariñosa, dejando el adjetivo *misteriosa* en la comisura de sus labios por miedo a que su madre no le diera el definitivo visto bueno que tanto ansiaba escuchar de sus labios.

Los días que mediaban hasta el 1 de septiembre, el día señalado para regresar a casa de Talía, fueron consumiéndose más despacio en el pueblo al parecer de Laura. Era como si el tiempo de la capital avanzara más rápido que el de provincias. Tal vez era el estrés que mostraban sus calles, las prisas de la gente yendo de un sitio a otro o la emoción de vivir una nueva experiencia la que había acelerado el palpitar de un segundero nuevamente en reposo.

San Silvestre de Guzmán
Martes, 31 de agosto de 1999

Laura observa por la ventana de su habitación el molino situado más al noreste del pueblo. Sabe que va a tardar meses, hasta el próximo verano, en volver a contemplar las aspas de la vieja molienda que tantas veces ha visto jugar con el viento.

El cielo es de un azul de mediados de agosto y el sol cae con aplomo difuminando la línea del horizonte onubense. Es un día *nomen nescio*: uno de esos días incapaces de llamarse lunes para no renunciar a ser martes o sábado. Un día preso solo por el círculo rojo con que Laura lo había marcado en su agenda.

San Silvestre de Guzmán respira tranquilo, inhala despacio segundos de paz que exhala entre quehaceres de pueblo, como hizo ayer, hoy y siempre. La huida inesperada de Carlos fue el único suceso que alteró el latido del sol lozano del valle. Y de eso ya hace tiempo, más tiempo aún tratándose de segundos de pueblo.

Laura respira concentrada despistando las imágenes que acuden a despedirla. Vivencias repintadas de grises que han ido ensuciando su infancia con el pasar de los años. Mira las dos maletas que va a llevarse a casa de Talía y el bolso que, por medidas, compite con ellas, y el maletín que, tanto sí como no, ha terminado comprándole su madre para ir a la universidad vestida de señorita.

Unas imágenes dispares a las esperadas y a las antípodas de las que un día idealizó se cuelan en su mente, recordando la vivencia de la tarde anterior. «Pérdida de virginidad», como escribió en su agenda entre las tareas a hacer antes de su partida, evitando aterrizar en la capital siendo una virgen de pueblo.

Alguien llamó a la puerta el día anterior a las tres en punto de la tarde, tal y como ella había propuesto. Era J, su novio de infancia y

amigo de la adolescencia. «Qué puntual», pensó para sus adentros yendo a abrir la puerta.

—¿Traes preservativos? —le preguntó Laura a modo de buenas tardes nada más verlo, mostrando una sonrisa más molesta que alegre, dejándolo más impactado de lo que de por sí ya le suponía tener una cita con Suma Belleza.

J es virgen, como Laura, pero J es más virgen que Laura porque la pregunta lo ha dejado embalsamado. No, no lleva preservativos, y no los lleva porque en su película *Mi último encuentro con Laura*, el penúltimo fotograma mostraba unas miradas que se acercaban lentamente hasta cegarse en la pasión de un emocionado beso que la inesperada pregunta ha convertido en el saludo chabacano de un tugurio de vagos y maleantes.

—¿Que si traes preservativos? —insiste ella mostrando cierto enojo sin apartar el cuerpo que le impide el paso.

A J solo le pasó por la cabeza comprar un ramo de flores que aún esconde tras su trasero, con tal sensación de ridículo que de buen grado daría cualquier cosa por convertirse en uno más de los capullos floreados.

—Es igual. Entra a casa, anda, no te quedes ahí pasmado —le propone Laura intentando no desvirgarse con un muñeco inflable.

—Laura… te he traído unas flores —le dice algo sonrojado.

—Sí, muy bonitas —responde ella mirado el ramo de soslayo—. Déjalas ahí, anda —le insta señalando el mueble recibidor de mármol blanco—. Pasa para adentro y desnúdate, que no tengo toda la tarde —le propone cerrando la puerta, barriendo antes con su mirada la calle para ver si algún vecino se ha percatado de la visita.

J obedece desconcertado. Empieza a quitarse la ropa en el comedor, cogiendo la camiseta que ha dejado sobre el sofá al invitarla ella a hacerlo en su habitación. Laura, la mujer de sus sueños, la mujer que, de reencarnarse cien veces, cien veces seguiría locamente enamorado; aunque no se llamara Laura, ni fuera sansilvestrera, ni tuviera el carácter de ella.

Pero la película que se había imaginado J pertenece a otro J de otra Laura de la vivencia de otro pueblo y lamenta haberse dado cuenta de ello a tortazos, mientras intenta desvestir su cuerpo fosilizado a pedazos.

Laura se desnuda más rápido, como si quisiera llegar vestida de Eva al paraíso antes que él. Por primera vez en su vida, J contempla con timidez el cuerpo de un mortal pecado; ahora ya sabe que ni su pensamiento más libidinoso ha podido imitar la belleza del desnudo que apresan sus atemorizados ojos.

J no sabe cómo reaccionar cuando Suma Belleza se acerca a él para empujarlo sobre la cama como si fuera una chupa de cuero tras un frío paseo.

Aliena sin aliento cuando Suma Belleza coge sin miramientos su pene, introduciéndolo suavemente en su vagina. Enloquece cuando segundos después es Suma Belleza quien, al sentir cierto dolor, decide darle una fuerte bofetada de compensación que resuena en la pared, como el eco en las montañas, y ni se le pasa por la cabeza, al ver como lo mira Suma Belleza, sumarse al galope de ella.

«Las diferentes caras de la vida, tesoro».

Madrid
Miércoles, 1 de septiembre de 1999 y siguientes

Las clases de Medicina no se iniciaban hasta mediados de septiembre, pero a Laura no le costó mucho convencer a su madre de llegar a la capital unos días antes para conocer sobre el terreno el barrio en el que iba a vivir, las tiendas que lo decoraban o el recorrido que debía hacer desde la calle Luisa Fernanda hasta el campus universitario donde se hallaba la Facultad de Medicina.

A petición de su casera, no dudó en aprovechar los primeros días para conocer Madrid a vista de pájaro o tastar los exquisitos platos de la taberna el Rincón de Sancho que ocupaba la primera planta del edificio de la vivienda.

Laura aún piensa en su padre más a menudo de lo que reconoce cuando la conversación lleva hasta él, ya sea de forma directa o indirectamente por derroteros más dispuestos a dilatarse que a contraerse. Sus amistades ya saben cuál es la causa de una misandria que antes escondía y ahora reconoce abiertamente cuando no la proclama a gritos captando la atención de los presentes. Para ella no existe un perdón capaz de borrar rescoldos de infancia. El abandono paterno la hizo sentirse un quídam despreciable del que intenta resurgir, una y otra vez, arrastrada por aires de venganza.

Talía estaba encantada de tener a aquella joven muchacha de pueblo en casa. Sabía que la timidez y la retahíla de usted, que todavía se le escapan con la frecuencia de una educación refinada, irían desapareciendo, dejando espacio a una profunda amistad entre ellas. Lo había vivido ya con Lucía, aunque Talía no tardó en darse cuenta de que Laura poseía una mente más despierta que la de su anterior inquilina; de hecho, que la que hubiera tenido cualquier

inquilina cualquiera.

—Veinticinco —le dijo un día Laura en medio de una película, haciendo que Talía apretara el botón de *stop* del mando a distancia.

—¿Veinticinco, qué? —le preguntó ella frunciendo el ceño.

—Veinticinco. ¿Qué significado tiene para ti el número veinticinco, Talía? —le preguntó con voz melosa sin apartar su mirada de la pared.

Talía la miró con ojos de lanza durante unos segundos sin decir nada, sintiendo profanado el secreto que solo ella conocía y que, por tanto, solo ella y una mente de dioses podía haberla traicionado. Luego apretó el botón de *play* del mando a distancia sin añadir palabra al silencio, preguntándose en pensamientos cómo aquella jovenzuela de provincias podía haberse dado cuenta, en apenas unos días, de algo que su anterior inquilina había pasado por alto durante tantos años. En parte se sintió desnuda también por dentro al oír la firmeza con que Laura había pronunciado el veinticinco que, hasta entonces, solo ella conocía.

Durante los primeros días, Laura se dedicó a radiografiar los variopintos objetos que decoraban la casa, algunos de los cuales parecían portadores de un oculto secreto que, además de suponerle un estimulante reto, la llevaban a pensar que también debían poseerlo aquellos que había pasado por alto.

La duda era saber si, una vez descubiertos, debía hacérselo saber a su dueña, como había hecho con el veinticinco, o era mejor guardarlo en silencio, esperando que no la delatara la sonrisa que mostraban sus labios al descubrirlos.

La reacción que había tenido Talía al percibir que el salón era un tributo al veinticinco —por el número de cuadros de cada una de sus paredes, el de cojines del salón, el de los libros de cada estante del mueble e incluso el de la suma del resto de los objetos decorativos entre los que había que incluir a la inmensa estatua que sus ojos pasaron al principio por alto al contar veinticuatro—, la animaban a silenciar sus logros, permitiéndole a su vez ir descubriendo las rarezas de la misteriosa figura que le había abierto las puertas. Talía bien podía ser la interpretación continua de un personaje digno de un Oscar o el cuerpo que sostenía una

personalidad enigmática del todo atrayente.

La amistad nacida entre ambas caminó a paso firme desde los primeros días. Pero decidir el punto exacto de confianza a partir del cual a Laura le estaría permitido preguntar por la habitación ignorada, sin incomodar a su dueña, no era fácil de calibrar para ninguna de ellas. El misterio de la estancia ignorada, que era tan evidente como un grito desgarrado en medio del silencio, se incrementaba al saber que con frecuencia Talía visitaba la habitación, ya entrada la noche, y permanecía allí un largo rato antes de retirarse a descansar a su mausoleo.

Semanas después de su llegada y sin saber bien por qué, aquella misteriosa puerta que separaba el color pistacho de la pared del pasillo se difuminó con el tiempo a ojos de Laura, tal y como había hecho antes con los de la antigua inquilina. «Tal vez sea mejor así», se repetía Laura para sus adentros, dejándose llevar por la ignorante felicidad del popular refranero.

En la Facultad de Medicina, Laura no tardó en descubrir que la humanidad que debían mostrar los futuros médicos no era un requisito *sine qua non* para todos ellos. La exigencia que suponía conseguir una elevada media de calificaciones en la selectividad y el bachillerato había hecho mella, llevando a algunos de los que rendían pleitesía al espíritu académico competitivo a olvidarse del valor de la empatía o la entrega desinteresada que se presuponía en cualquier aspirante a médico.

Durante la noche de uno de los primeros días de clases, Talía y Laura rieron a pierna suelta reviviendo el suceso que le había ocurrido a Laura aquella misma tarde.

El día anterior, unos alumnos veteranos habían decidido elegir a la niña de refinadas formas de pueblo para una de las novatadas más sonadas del año. Aprovechando un breve descuido, dejaron caer un ojo en la taza de café que le acababan de servir a Laura. Lo peor no fixe el grito de asco que explotó de sus labios al darse cuenta, sino el vómito que la acompañó, aislándola de todos los presentes y haciéndole revivir aquellos días de infancia en los que era señalada por ser la niña abandonada del pueblo.

Al regresar a casa, Laura se encerró en su habitación sin darse cuenta de que el sonido de su llanto atravesó la puerta de la habitación hasta llegar a los oídos de Talía.

Después de que ella se interesara por la salud de la joven universitaria y tras escuchar con atención como ella le explicaba entre sollozos la broma pesada que le habían gastado, eligiéndola, a su entender, por ser una chica de pueblo, Talía la consoló abrazándola durante un largo rato antes de dejarla ya más tranquila sentada en el sofá, anunciándole que iba a prepararle una exquisita cena.

Tras la cena, de la que Laura apenas probó bocado, Talía le propuso mirar juntas un rato la televisión, como solían hacer a diario, salvo que en aquella ocasión ella regresó a la cocina y, una hora mal contada después, apareció en el salón mostrándole a Laura cuatro relucientes ojos.

Laura gritó asustada erizando un cuerpo que no pudo contener un impulsivo salto, ni casi las ganas de arremeter contra ella con fuerza.

—¿Cuál prefieres comerte? —le pregunta Talía desternillándose al ver su reacción.

—¡¿Tú estás loca o qué?! —grita Laura fuera de sí con ira desbocada.

—Son de chocolate, mujer, ¿o te piensas que colecciono ojos en casa? Tengo cosas raras, pero no tanto —le aclara riendo a pierna suelta.

—¿De chocolate? —pregunta Laura modulando su voz sin variar el ademán de su rostro mientras Talía se las acerca.

Laura le había oído decir en más de una ocasión a Talía que le gustaba hacer pasteles, e incluso que no le importaría consumir una de sus futuras vidas siendo pastelera, pero no imaginaba que la artesanía de sus manos fueran más allá que las palabras que definían su afición por los dulces.

A la mañana siguiente, Laura regresó a la cafetería de la facultad pasadas las once.

Al entrar, percibió de inmediato como su presencia se convertía, *ipso facto*, en protagonista de corrillos universitarios. La anécdota había atravesado las paredes de la facultad a una velocidad de vértigo, llevando a muchos de los que no habían podido gozar en vivo de la novatada a interesarse por conocer la figura de la

pueblerina que la había protagonizado.

Laura se acercó a la barra a pedir un café como había hecho el día anterior y, sin la necesidad de sobreactuar que le brindaba ser el foco de atención de los presentes, sacó del bolso el pañuelo donde guardaba los ojos dulces de Taha, que aún mostraban el frío de haber pasado una noche congelados. Cogió uno de ellos y lo puso sobre el plato que acompañaba la taza, dándole suficiente tiempo al tiempo para que corriera la voz antes de introducírselo en la boca pausadamente, saboreándolo de un lado a otro de la boca antes de masticarlo como un rumiante, despertando entre las almas presentes rostros de cera, de sorpresa y algunos «¡qué asco!» acompañados con mohines de espanto.

Luego saco el otro y lo mostró, ofreciéndolo desinteresadamente a quien quisiera comérselo, volviendo a guardarlo en su bolso al quedar el premio desierto.

Le costó mantener la compostura tanto como contener las carcajadas que explotaban en su mente, mientras cogía la taza de café de la barra y se sentaba en una de las mesas vacías de la cafetería. Acomodó el móvil y el bolso sobre una de las sillas, de manera pausada extrajo unos apuntes de anatomía de la carpeta y, antes de empezar a leerlos, mostró una fría mirada al barrer las caras de los presentes. Esperó a que al café le bajaran los humos, sintiendo una sensación agradable recorriendo su cuerpo, hizo ver que leía los apuntes esforzándose en contener su risa y salió de la cafetería bamboleando la cintura exageradamente, como le había pedido Talía que hiciera, sintiendo el placer de una inteligencia mecida por la ridiculez y el arrebato.

Mientras regresaba al aula, pensó en la frase «las diferentes caras de la vida, tesoro».

Madrid
Martes, 24 de octubre del 2000 y siguientes

El primer curso ya forma parte del pasado reciente de Laura. Sus cualificaciones han mantenido el listón que le abrió las puertas de la Facultad de Medicina de la Complutense cuando no han conseguido llevarla un poco más alto. Lo ignora, pero no deja de utilizar el mismo método de estudio utilizado años atrás por su padre en la Facultad de Derecho: atender, comprender y compartir. Y siempre, sin alardear de las pocas horas de estudio que dedica cuando compartía confesiones entre compañeros de clase.

La mayoría de ellos no han tardado en darse cuenta de que Laura posee una lucidez mental que sobresale del resto de los mortales. Ya nadie duda de que la de la novatada, como la llaman los que la envidia los corroe por dentro, o la pija de pueblo, como es conocida por su círculo de amistades cariñosamente, es, sobre todo, una tía de altas capacidades.

Laura aún piensa en su padre más a menudo de lo que reconoce cuando la conversación lleva hasta él, ya sea de forma directa o indirectamente por derroteros más dispuestos a dilatarse que a contraerse. Sus amistades ya saben cuál es la causa de una misandria que antes escondía y ahora reconoce abiertamente, cuando no la proclama a gritos captando la atención de los presentes. Para ella no existe un perdón capaz de borrar rescoldos de infancia. El abandono paterno la hizo sentirse un quídam despreciable del que intenta resurgir, una y otra vez, arrastrada por aires de venganza.

Elena viene de vez en cuando a pasar el fin de semana a Madrid.

Se hospeda en el hotel Mercure y pasa el fin de semana con su hija, aprovechando para conocer algo más a Talía, una mujer que le provoca sensaciones de apego y reparo al mismo tiempo. Hubiera preferido que Laura compartiera piso con universitarias de su edad o que hubiera alquilado la habitación a alguien con hechuras menos surrealistas, pero le consuela ver a su hija feliz viviendo en casa de Talía, a pesar de ser incapaz de hacerlo ella.

La amistad entre Talía y Laura no ha tardado en lucir aires de grandeza. Es una amistad de raíz profunda, un chotis de almas donde Talía marca el paso y Laura se deja llevar por ella. La habitación ignorada continuaba oculta en el manto de la pared pistacho, salvo en los días que Talía entra y sale de ella, ya caída la noche, asegurándose de que la fisgadora mirada de la joven universitaria pace aislada en su cuarto.

Laura había decidido explicar a Talía buena parte de su biografía y pasado, a veces haciéndolo con el detalle de sumirla de nuevo en el laberinto infantil del que había huido atravesando una puerta en falso. Abrirse a ella era lo único que podía hacer para aspirar a saber lo que escondía la ignorada puerta que a veces ofuscaba su mente.

Con el pasar de los días, Laura había descubierto que Talía tenía el don de descubrir alfileres entre voces y miradas ajenas; era un don hasta cierto punto inexplicable por más que se excusaba en la experiencia de la edad, que llevaba a sus víctimas a confesar su dolor como había hecho ella, sin ofrecerles más que la transparencia de unos iris hechiceros y unas pocas palabras que, más que consejos, vestían preguntas de incómodas respuestas.

Talía ya sabía quién era el Carlos de Laura y el Carlos de Elena, y hasta las infinitas virtudes de su tío Pablo, canciones del cual compartían repertorio con Wagner y Ludovico entre las paredes del salón antes de que el cantautor francófono de origen hispano apareciera de improviso en la madrileña vivienda, mostrando un rostro sonriente tras la mirilla de la puerta.

Laura empezó a gritar de emoción, mientras Talía comprobó de inmediato que su inquilina no había exagerado al describir los atributos físicos del hombre que había llegado por sorpresa. La belleza del cantautor no difería en absoluto de la que mostraba el maquillado rostro de la portada del CD que le había regalado.

Pablo se acomodó de seguida entre ellas, como era habitual en él entre cualquier «ella». Bendijo la decoración, nada más entrar, que dotaba a la vivienda de una personalidad más peculiar que propia. No tardó en adular a Talía preguntándole si iba a la misma clase de su sobrina, provocando una sonrisa en Talía no antes vista por Laura, y se recreó en la dedicatoria del CD que le había traído de regalo. Después admiró la desnuda estatua zigzagueando un par de veces su mirada entre la protagonista de mármol y la de carne y hueso, dando un sonoro beso a la mejilla de piel fría antes de sentarse cómodamente en el sofá. Miró a su sobrina sonriente, confluyendo unas miradas que no precisaban palabras para entenderse, y se interesó por cómo le iba la vida universitaria antes de iniciar un largo interrogatorio interesado en conocer la vida, obra y milagros de Talía.

Y con un salero de cuna que las lindes galas no habían afrancesado, consiguió desnudar el corazón de la protagonista de piel tenue, provocando que sus labios revelaran las respuestas que Laura no había osado preguntarle, a pesar de haber conversado muchas veces con ella desnuda.

Era Pablo.

Era Talía.

Seres dispares unidos por la disparidad que los hacía diferentes.

Laura apenas podía dar crédito a la facilidad con la que Talía se abría a Pablo, llegando a pensar que este le había puesto algo en la copa de pacharán que él mismo le había servido como si fuera ella la invitada.

Ahora ya sabía que Talía no era el diminutivo de Natalia, como ella y su madre habían dado por hecho desde el primer día, sino el nombre de la musa de la comedia y la bucólica poesía, una de las nueve musas hijas de Zeus y Mnemosyne, el rey de dioses y la diosa de la memoria, cuyo nombre había elegido Talía para dar nombre a la hija que un día se llevó el viento.

Ahora sabía que la primera Talía había fallecido al cumplir los veinticinco años.

Ahora sabía que la actual Talía había llegado al mundo llamándose Rosalía y que, tras el fallecimiento de su hija, decidió adoptar su nombre para plantar cara al viento huracanado que arrasó con lo más preciado de su vida.

Ahora sabía que el peculiar don que tenía Talía para percibir alfileres sobre iris ajenos se relamía a gusto en la mente de su tío Pablo.

Pablo no había tardado en sentarse junto a Talía, ni en cogerle con suavidad la mano con la que terminó atrayéndola hacia él para abrazarla en silencio, cuando la humedad amenazaba con desprenderse de sus ojos. La emoción se había hecho presente sobre el rostro de ella, incomodándola por momentos al ser incapaz de mostrar su habitual máscara. Laura observaba la reacción de su tío tomando apuntes en silencio. Sin poder evitarlo, se dejó llevar por la emotiva escena preguntándose por qué no podía llamar padre al hombre que acababa de hacer trizas el escudo de Talía, mostrando la desnudez de un vello de punta.

Laura decidió retirarse a su habitación, pensando que tal vez era la edad la única culpable de que Talía no hubiera querido sincerarse con ella como lo había hecho con un hombre que acababa de conocer. Un hombre que, a diferencia de ella, ni siquiera sabía que el piso tenía una habitación ignorada, más que escondida. Días más tarde, Laura se dio cuenta de que no era solo una cuestión de edad, sino de la atracción y empatía que mostraba su tío con cualquier persona que mostrara una fisura de dolor escondida. ¿No era esa la capacidad que debía demostrar también una futura médica?

Pablo se despidió de su sobrina, le prometió volver a venir a verla cuando su agenda le diera un respiro, negándose a avisarla con tiempo como ella le pedía para poder preparar mejor su visita. Antes de marchar, sintiendo las vibraciones que emergían del cuerpo de su sobrina, Pablo le susurró al oído que no olvidara que solo la llave que cierra una puerta es capaz de abrirla.

«¿Qué pretende decirme mi tío?», se preguntó ella antes de ver como las palabras sedimentaban convertidas en poso de una de «las diferentes caras de la vida, tesoro».

Madrid
Viernes, 23 de noviembre de2001 y siguientes

Los días universitarios son distintos a los del calendario romano. En aquellos, el sol y la luna quedan al libre albedrío del que consume sus horas. Las horas de estudio son tan anárquicas como las dedicadas a salir de marcha o a compartir tertulias universitarias. Las horas de clase, como las de guardia, son las únicas que exigen un férreo cumplimiento, intentando alejar de ellas novillos de resaca.

Laura ya no puede esconder entre sus compañeros que su pensamiento vuela rápido, su memoria es de fotograma de película y sus labios esclavos de una inteligencia que ciega la luz que la ilumina. Entre sus compañeros de facultad, el número dos de la promoción ha pasado a convertirse en el uno al que aspiran buena parte de ellos.

Elena continúa visitando de vez en cuando a Laura y esta no duda en regresar a su natal San Silvestre de Guzmán durante las vacaciones de Navidad y Semana Santa, salvo las de verano, en las que la excusa de las guardias o el pretexto de no tener una buena relación con el segundero del pueblo le permite pasar el verano en el Argüelles de sus amores.

Laura aún piensa en su padre más a menudo de lo que reconoce cuando la conversación lleva hasta él, ya sea de forma directa o indirectamente por derroteros más dispuestos a dilatarse que a contraerse. Sus amistades ya saben cuál es la causa de una misandria que antes escondía y ahora reconoce abiertamente, cuando no la proclama a gritos captando la atención de los presentes. Para ella no existe un perdón capaz de borrar rescoldos de infancia. El abandono paterno la hizo sentirse un quídam

despreciable del que intenta resurgir, una y otra vez, arrastrada por aires de venganza.

El día ha sido rutinario, como la comida en la facultad, las prácticas de la tarde, la cena con Talía y el par de horas de estudio que lleva encerrada en su habitación y que ha decidido finalizar.

Laura aparece en el salón con la sonrisa angelical que le permite anunciar a Talía que ha descubierto otro de los secretos escondidos del templo, intentando no volver a sacarla de quicio.

—Tienes una revista muy cotizada en casa, Talía —anuncia acercándose al lomo de la protagonista.

—¿Lo afirmas o lo preguntas? —le responde ella estirada en el sillón sin saber a cuento de qué venía aquella afirmación con tono de pregunta.

—Constato mis averiguaciones —responde con mohín picaresco.

—¿Averiguaciones? Tengo muchas joyas en casa, cariño, y tú podrías ser una de las más valiosas si dejaras de hurgar por todas partes.

—El número tres de la revista *Ellas* —anuncia Laura pasando el consejo por alto.

Talía la mira fijamente sin decir nada; aquella adolescente de sonrisa esquiva ya no puede sorprenderle como lo hizo sin descanso durante los primeros días, hasta aceptar que era a una inteligencia anormal a quien había alquilado la habitación, siendo Laura el cuerpo perecedero que la porteaba de un lado a otro. Sonríe, se plantea levantarse y darle una zurra por haber descubierto una de las sombras de la penumbra, o en abrazarla y pedirle que haga el favor de desprenderse del cuerpo estilizado de la niña de pueblo y resucitar unos años atrás sobre el cuerpo de su hija.

Laura la mira mostrando la sonrisa de quien exhibe los talentos de un alma desnuda.

Talía sonríe de nuevo, se levanta, se acerca a ella y la besa en la frente alargando el contacto entre piel y labios antes de desearle buenas noches. En su habitación llora, piensa en Talía, la hija, le pide una vez más que la perdone por no haber sido la madre que necesitaba, por no haber sabido escuchar a tiempo los gritos de un destino que amenazaba con llevársela para siempre. Sabe que el momento va a llegar, que cada vez está más cerca, que es más intenso el pensamiento que le anuncia que la inteligencia de esa

niña que hospeda va a descubrir qué esconde en la habitación ignorada.

Laura apaga la televisión y se acerca a coger el número tres del semanal *Ellas*, una joya documental perdida entre revistas de nimio valor, cuya única importancia radica en formar el veinticuatro restante. Hojeándola, se pregunta qué extraña relación guarda una revista que de feminista no tiene ni las migajas de una mentalidad aristócrata de la Segunda República con algunos libros que, en el estante inferior, rinden tributo a favor de la causa: *La indomable* de Federica Montseny, *La bolchevique enamorada* de Alejandra Kolontai o *La mujer ante la República* de la pluma de una María de la O Lejárraga escondida en el nombre de Gregorio Martínez Sierra.

Libros que Laura ya ha leído previo permiso a Talía, que no ha dudado en concederlo con una sonrisa arqueada intentando dulcificar el deseo incumplido de haber sido leídos por su hija.

Algo difícil de explicar para Laura, de razonar con lógica y sentido, de justificar, más allá de la manifestación de un simple acto libertario, permite compartir mueble a un semanal de *Ellas* junto a unas novelas de tinte feminista.

Laura desconocía que Rosalía provenía de una familia paterna de tinte aristócrata, donde la política y la religión compartían pentagrama con el ideal del semanal *Ellas*, fundado en 1932 por el escritor y político José María Pemán. Una revista que consiguió traspasar la censura republicana del momento, aprovechándose de la supuesta candidez de un periódico femenino. Revista *Ellas* a cargo de *Él*, el pseudónimo que utilizaba la mente varón que respondía las cartas de las lectoras que le pedían atinado consejo.

Desde pequeña, Rosalía tuvo a su alcance una extensa biblioteca cuidadosamente seleccionada y el habitual encuentro de tertulias aristócratas, vetadas a las mujeres de los asistentes, a las que ella había conseguido asistir alguna vez, abusando de su infantil inocencia y el orgullo de un padre orgulloso de mostrar en sociedad la linda belleza de su primogénita.

Ese fue el prado infantil de Rosalía, el prado donde aprendió a caminar y a levantarse para poder volver a caerse, el prado donde pronunció su nombre por primera vez y donde, cumplidos los diecinueve, que no otorgaban la mayoría de edad de la época, tomó la decisión de abandonar la casa arrastrada por la fuerza de un ideal

y el adjetivo independiente al que siempre rindió tributo.

La muerte de su madre ocurrió durante un momento de arrebato y Rosalía se negó a ser cómplice del silencio que fue desapareciendo a medida que la edad le permitió interpretar lo que sucedió aquel día: un grito de desgarro posterior al chasquido de un disparo que la hace salir de su habitación para acercarse corriendo a uno de los salones. Mamá está tirada en el suelo junto a un charco de sangre, papá deja caer un arma gritando que lo perdone y el semanal número tres de *Ellas* aún permanece sostenido entre unas manos inertes, plantando cara al reguero de sangre que se acerca a él lentamente.

El rostro del padre se convirtió en la cara del verdugo que le arrebató su madre. Las lágrimas por la pérdida dieron paso a una idea de venganza que empezó a cobrar cuerpo en su mente, hasta el punto de decidir marchar de casa esperando que la distancia le permitiera olvidar la escena, aunque fuera a costa de amputar su pasado. Un pasado de niña rica, madre florero y padre ausente.

Rosalía marchó a vivir a Barcelona, que por aquel entonces mostraba un prado de tonos verdes, distintos al de la capital más que opuestos. Llegó al barrio de la Barceloneta con apenas unas monedas en los bolsillos, alquiló una habitación, sirvió mesas de turistas que se hacinaban en las barcazas turísticas llamadas las Golondrinas, surcando el litoral barcelonés. Alargó las horas, meses más tarde, trabajando a destajo o *a preu fet*, como lo llamaban los catalanes, en los telares de una empresa floreciente. Ahorró dinero para vestir la endiablada belleza que escondía un proletario moño, aprovechó su elegante cuna para acercarse a personajes influyentes de la Cataluña de la época y descubrió la vaporosidad que envolvía las clases pudientes barcelonesas. Adoptó a algunos de sus miembros como amante, negándose a ordenarlos más allá de alfabéticamente. Aprendió algunas palabras en catalán antes de lanzarse a hablarlo, animada por el apoyo que sentía de los catalanes al hacerlo. Frecuentó locales de flamenco del barrio chino, rio en compañía de travestis en La Buena Sombra de la calle Gínjol (el mismo local que viera nacer el influyente Café Sevillano), se interesó por la historia y costumbres de la tierra que la acogió con los brazos abiertos, y, un día sin más, decidió poner fin a la tragedia de haberse enamorado de un amor imposible y regresó a Madrid sin

pensárselo dos veces.

De regreso a la capital, sobrevivió unos años vendiendo ropa en la calle Preciados vestida con tangas de cuello alto. Más tarde, decidió dejar el mostrador y regresar al servicio de las mesas de un restaurante. Hablar catalán le abrió las puertas de El rincón de Esteban, un restaurante que acababa de inaugurarse cerca del Congreso de los Diputados, frecuentado por diputados de los partidos del *seny i la rauxa* (sensatez y arrebato).

Su estilo y belleza volvió a despertar el deseo de acaudalados voluntarios dispuestos a hacerle olvidar su desamor condal arraigado. Decidió aprovecharse de ello licenciando los tanga de cuello alto por unos de encaje, dispuesta a convertir piropos en propinas por arte de magia noche sí, noche también, noche sin dudarlo. «Pero una sola noche y nada más», era la frase que definía la borrachera de amor que cogía casi a diario. No repetir con un cliente de alcoba, por más que alguno se obsesionara con hacerlo, había conseguido incrementar la retahíla de cuellos blancos ansiosos por dar la vez.

Una mañana invernal de cielo nublado y tráfico de luces serpientes, alguien dio con su paradero. Era uno de los oficiales que trabajaba en una conocida notaría madrileña. Apareció en su casa con la intención de comunicarle que unas últimas voluntades la habían convertido en heredera de una fortuna, algo mayor que la que correspondía al número tres de la revista *Ellas* que sostenía su madre cuando fue asesinada, y una joya con forma de huevo, que fue lo único que aceptó heredar Rosalía, desconociendo el precio de mercado de ambas reliquias.

Acudió puntual a la cita del notario para escuchar el testamento del verdugo de su madre y, tras hacerlo, no dudó en preguntarle al hombre que la miraba con cierta desconfianza tras los cristales de unas gafas de pasta gruesa qué debía hacer para vender todo lo que había heredado para poder donarlo en dinero a una causa benéfica. La mirada del notario brilló de pronto sin apenas poder contenerse al intuir lo fácil que podría ser quedarse con un trocito de pastel ante tanta ingenuidad manifiesta.

El Instituto Provincial de Puericultura (conocido entonces como la Inclusa de Madrid) fue la entidad elegida para llevarse la generosa donación de una persona anónima.

Años más tarde, Rosalía empezó a darse cuenta del regusto amargo que sucedía a la alegría del aniversario. Había llegado el momento de llevar a cabo algo que tenía decidido desde hacía tiempo. Y, en realidad, llevarlo a cabo fue más fácil de lo esperado; las medias palabras que dibujaron trazos difuminados de la persona que años atrás había hecho una donación generosa le permitieron convertirse en la madre soltera de una niña abandonada. Talía, el nombre de la musa de la comedia y las poesías bucólicas que hasta entonces definía su vida, fue el elegido para nombrar a quien, desde el segundo que la sostuvo en brazos, se convirtió en la única protagonista de su vida.

Madrid
Domingo, 25 de mayo de 2002 y siguientes

Laura se ha levantado pasadas las once molesta por las lanzas del sol primaveral que punzan sus párpados tras atravesar la persiana. Mira el reloj, pronuncia un «ah» quejido y da un salto al unísono. Es muy tarde para ella. Demasiado temprano para Talía. Decide no almorzar ni asearse para recuperar algo del tiempo que tenía pensado dedicar al estudio. Tres horas largas se acomodan en su habitación en silencio, importunadas de vez en cuando por el rumor del ronquido de la casera. Tras estudiar con el suficiente ahínco que necesita el perdón de haberse levantado tarde, decide asearse y vestirse antes de disponerse a preparar la comida del día: arroz hervido sazonado con aceite de oliva, una pizca de sal, un par de ajos dorados cortados en juliana y unas tiras de cebolla caramelizadas. Talía hace unos minutos que está despierta en la cama manteniendo el pulso de ver cuál de las dos decide tomar la iniciativa de preparar el menú del día.

Mientras cocina, no ha dejado de darle vueltas al último descubrimiento que ha hecho días atrás en el templo Talía: un huevo del famoso joyero ruso Peter Carl Fabergé podría estar sobre uno de los estantes del salón convertido en esclavo del polvo que intentaba camuflarlo.

La averiguación de Laura ha sido por casualidad en esta ocasión. Por casualidad leyó la biografía del zar Alejandro III, por casualidad conoció que este regaló a su esposa, María Fiódorovna Románova, un primer huevo Fabergé con cáscara de platino que, al abrir, mostraba una gallina de oro en miniatura con la corona imperial rusa. El regalo estaba inspirado en una colección existente en la casa real danesa, con la intención de ofrecerle a la joven zarina, de

sangre azul danesa, un dulce recuerdo de su añorado hogar. Por casualidad supo que, con los años, Fabergé supervisó la creación de sesenta y nueve huevos imperiales, de los que sesenta y uno están localizados y ocho se mostraban reticentes a mostrar sus coordenadas. Y por casualidad también averiguó el precio que podría valer el huevo enjoyado de Talía en el mercado de anticuarios, hipnotizándose al ver la hilera de ceros que aconsejaban afirmar que no había descubierto nada, para evitar la tentación de comentárselo algún día a alguien y poner la vida de la casera y ella misma en riesgo.

Talía decide levantarse en el mismo instante en que el agua rompe a hervir y los granos de arroz se preguntan bailando qué han hecho de malo para merecer la caldera del infierno. Se ducha y se estira el pelo antes de vestirse con un *short* y una camiseta un par de tallas grandes. Y aparece en la cocina agradeciendo a Laura que esté cocinando, como tenía pensado hacer ella.

La comida, frugal como siempre, ha dado paso a una película de inicio vibrante venido a siesta y a tres largas horas más de estudio de Laura intentando desovar su pensamiento, hasta que la media hora de meditación ha vuelto a reunirlas en el salón, a instancias de Talía.

Tras los minutos que alargan la meditación más allá del tiempo que le dedican, Laura decide fijarse en cualquier otro objeto del templo, intentando quitarse el huevo de encima.

—Mediodía. La foto se hizo al mediodía, sobre las doce, media hora arriba o abajo —rompe Laura el silencio observando uno delos retratos del estante, pasando por alto el rostro que definía el tipo de fotografía.

—Sí —responde Talía al ver la imagen que observa Laura con tono de «haz el favor de no preguntar más por ella».

—Mediodía, sí… qué mujer tan hermosa —añade Laura disimulado no haber entendido el mensaje subliminal de Talía.

Ella siguió en silencio. Se levantó y fue a la cocina preguntándole si le apetecía tomar una taza de té. Laura siguió observando la imagen: la débil sombra del árbol sobre el que se apoyaba el cuerpo retratado vislumbraba un sol en todo lo alto. La mujer de la fotografía era delgada, esbelta, de piel fina y blanca, de presunto porte elegante, a pesar del soplo de tiempo muerto, y de

melena oscura recogida bajo una amplia pamela. Tan solo la ropa que vestía y el color demacrado de la fotografía anunciaban que esa belleza había sido borrada por un tiempo incapaz de arrastrar el instante eterno que contemplaba.

Talía regresó al salón, dejó la bandeja del té sobre la mesa y se sentó en silencio. Se sirvió una taza de té y observó las serpientes de color que emergían de la bolsa de infusión al contacto con el agua hirviendo.

Laura también tomó asiento sin dejar de observar el retrato hasta añadir una cucharada de azúcar a su taza de té, dejando que fuera el humo de sus tazas lo único que confluyera en ese momento.

—Diez veces —pronuncia de pronto Laura esperando oír su eco con tono de pregunta en labios ajenos.

Talía la mira. Sabe que son diez las veces que su madre aparece en las fotografías que descansan en el mueble o cuelgan enmarcadas en las paredes del salón. Laura respeta el silencio dando vueltas con la cucharilla a la taza, como hace el pensamiento de Talía preguntándose si debe descubrir la identidad de la mujer del diez y el mediodía.

Las serpientes se han apoderado del agua, escondiendo sus difuminadas curvas con vestidos de tonos verdes.

—Era… bueno, sigue siendo mi madre —responde largos segundos después Talía.

Laura lo ha dado por hecho; no era difícil darse cuenta de que el rostro enmarcado y el taciturno comparten rasgos demasiado evidentes.

—Tienes una madre muy hermosa.

—Sí, lo era.

Talía da un sorbo a la taza de té y Laura lo refleja. Ella deja la taza sobre la mesa con esmerado cuidado y ella deja la taza con suma delicadeza. Ella mira a la otra ella de reojo, mientras ella mira a la otra ella de soslayo. Ella da a entender que la conversación en torno a su madre ha finalizado y ella se decanta por dar por concluso el breve diálogo. Segundos de pensamientos dispares compartidos bajo un silencio incómodo y necesario.

—Mi madre fue una gran mujer. Una activa feminista. Una mujer muy bella, como puedes apreciar. Una mujer que nació en una época equivocada y se casó con un hombre equivocado. Y…

tuvo una vida equivocada… antes de morir asesinada —añade con cierto temblor de voz que respeta Laura silenciando su interés—. Fue miembro del Lyceum, el club de las mujeres feministas del Madrid de aquel entonces, aunque siempre intentó mantenerlo en silencio, y… Bueno, ya da igual, todo acaba dando igual con el tiempo —añade fregando con la yema de los dedos la emoción de sus ojos.

»Murió asesinada. Querrás saber por qué, ¿verdad? —le pregunta cruzando su mirada—. Por nada… por defender el ideal que la llevó a militar en el partido socialista siendo la esposa de un malnacido aristócrata. Por eso murió asesinada. Por eso y porque no era difícil imaginar que tenía todo lo que en aquel entonces estaba al alcance de muy pocas mujeres: estudios, idiomas, viajes… Todo lo que solo estaba permitido a la educación de machitos de casa bien.

»Cometió el error de enamorarse de la persona equivocada. Habrás oído decir mil veces que hay amores que matan, pero no es cierto. El amor no mata, el amor de verdad no puede ni sabe hacerlo; pero la envidia, el odio y el miedo con que a veces se disfraza sí son capaces de hacerlo. Ya lo creo que pueden —repitió mostrando en su mirada el reflejo de sus pensamientos.

»Así que ya sabes que la mujer del diez es mi madre. Y ahora tómate el té y no vuelvas a preguntarme nunca más por ella —conminó con iris desafiantes.

Laura aún piensa en su padre más a menudo de lo que reconoce cuando la conversación lleva hasta él, ya sea de forma directa o indirectamente por derroteros más dispuestos a dilatarse que a contraerse. Sus amistades ya saben cuál es la causa de una misandria que antes escondía y ahora reconoce abiertamente, cuando no la proclama a gritos captando la atención de los presentes. Para ella no existe un perdón capaz de borrar rescoldos de infancia. El abandono paterno la hizo sentirse un quídam despreciable del que intenta resurgir, una y otra vez, arrastrada por aires de venganza.

Madrid
Miércoles, 16 de abril del 2003

A las seis de la tarde, hora universitaria en la agenda de Laura, alguien picó al interfono de la vivienda de Talía. Lo volvió a hacer un minuto después y una tercera vez mediando menos tiempo que en el anterior intervalo, consiguiendo que Talía decidiera interrumpir su sesión, pidiéndole a su clienta que la disculpara un momento.

En el portal, Laura se retorcía de dolor a causa de una menstruación psicópata y de una tozudez que le prohibía ingerir alguno de los calmantes que tildaba de panacea.

—Está bien, sube, pero ve a tu habitación y haz el favor de tomarte algo, hija —sucumbe Talía rompiendo el pacto al que Laura se había comprometido desde el principio de no estar en casa cuando ella tira las cartas.

—Disculpa, Sofía —comenta Talía regresando al salón—, es la muchacha que tengo acogida, no se encuentra bien y viene a estirarse a su habitación. Espero que no te moleste —le pide volviendo a tomar asiento.

—Por favor, Talía, faltaría más. No sabía que acogías a una joven en tu casa.

—No tengo costumbre de explicar mis buenas obras. De hacerlo, podría condicionar a mi clientela, y ni mi honestidad ni el código deontológico del colegio de tarotistas me permite hacerlo, Sofía. Desconfía de las personas que van alardeando de sus buenas obras. Ya sabes el dicho de «dime de qué presumes y te diré de qué careces».

Laura empuja suavemente la puerta de la vivienda que Talía ha dejado entreabierta. Da las buenas tardes en voz baja al entrar en el

salón, acompañada de un dolor menstrual insoportable, y se sorprende de que Talía intensifique la penumbra habitual del salón durante sus horas «médium», como ella misma las define, dejando a los pocos vatios de la bombilla de una lamparita la luz de toda la estancia.

Sofía saluda la sombra que cruza el salón y desaparece tras la puerta del pasillo. Escucha como Talía comenta a la clienta que el salón está insonorizado para que no pueda sentirse incómoda compartiendo sus miserias con oídos nuevos.

A las ocho pasadas, Laura se despertó. Había conseguido dormir un rato después de oír las palabras que Talía utilizaba para contener la profunda herida de una tal Sofía.

El sueño había calmado el dolor de abdomen y espalda que la había llevado de vuelta a casa, rompiendo el pacto excepcionalmente.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunta Talía acariciándole la barriga al entrar en la cocina.

—Sí, espero que lo peor haya pasado. No sabes cómo odio tener la regla y cómo me gustaría poder cambiarla de sexo, aunque me conllevara tener esa salchicha tonta en medio.

—¿Ahora quieres ser hombre?

—¿¡Qué dices, Talía!? Ni loca. Solo digo que me gustaría que fueran ellos quienes tuvieran el dolor de la menstruación para que supieran lo que se siente. Y así podrían parir ellos en vez de nosotras.

—Si lo consigues, te dan el Nobel, seguro.

—No lo haría por eso. ¿Qué tal tu clienta?

—Laura, ya sabes que no me gustar hablar de la vida de mis clientes.

—Ya. ¿Y nadie se ha dado cuenta?

—¿Darse cuenta de qué? —pregunta Talía arqueando las cejas.

Laura saca a relucir la sonrisa infantil que le permite ser la funámbula de los reproches de Talía.

—De la… falsedad de tu título de maestra de tarot por la Universidad de Osaka —le anuncia apretando los labios para ocultar su arco sonriente.

Talía vuelve a quedar por enésima vez descolocada; azotarla, reírse a carcajadas, reprenderla por meter sus narices en asuntos ajenos… todo le parece poco cuando Laura es capaz de descubrir de nuevo algún secreto de su vida, obra o mausoleo.

—¿Cómo te has dado cuenta, maldita bruja? —pregunta con voz de sable.

—Hace mucho tiempo que me di cuenta, pero nunca he querido decírtelo. Fue fácil, fotografié el título, busqué la traducción y entré en la web de la universidad. Es una falsificación muy buena, Talía, una auténtica obra de arte. Nadie diría que el título es falso. Además, he de reconocer que el diploma traspira cierta intelectualidad, tanto por el tamaño como por el *glamour* oriental que lo hace aún más interesante.

»Imagino que elegiste una universidad japonesa por el prestigio que tienen, a pesar de que habría tenido más sentido elegir una italiana, ateniéndose al origen de las cartas. Aunque… también imagino que preferiste no hacerlo por ser más fácil entender sus palabras que la indescifrable de los símbolos japoneses.

Talía deja salir un suspiro inconsciente entre los «imaginos» de Laura. La pija de pueblo, como la llama para sus adentros cuando su avispada inteligencia la saca de quicio, ha vuelto a desnudar sus intenciones, quizá por despecho de no poder desnudar su cuerpo.

—¿Quién te enseñó a tirar las cartas?

—Te repito que no me gusta hablar de esto.

—Está bien, disculpa.

—¿Aún no lo has averiguado? —Pegunta Talía mostrando una mirada incrédula.

—No lo sé, seguro, pero…

—¿Pero…?

—Pero si tuviera que jugarme algo, diría que no tienes ni puñetera idea de tirarlas, Talía. Vamos, que te limitas a decir frases vacías del tipo «un suceso inesperado puede estar a punto de aparecer en tu vida» y cosas por el estilo, sin precisar ni cómo ni cuándo. O sea, sin llegar a concretar si el suceso implica algo bueno o malo para no perder credibilidad con tus clientas.

—Y clientes, listilla. Que también tengo clientes.

—Vale, usted perdone. Y clientes. ¿Sabes qué pienso? Que haces bien, Talía. Al fin y al cabo, me imagino que las personas que te

visitan quieren salir más felices de lo que estaban al venir a verte.

—Eres una cotilla, una bruja, una vieja y jodida bruja. Y fea, impertinente y rematadamente asquerosa a la que me gustaría darle una paliza si no fuera porque tu madre me paga puntualmente todos los meses. Pero también sé que vives a gusto conmigo y que te lo pasas en grande descubriendo todos mis secretos, maldita bruja.

Laura se acerca sonriente a darle un beso en la frente, volviendo a notar el misterioso huevo Fabergé rondando por su mente.

—¿Y te sacas mucho dinero tirando las cartas, Talía, si me permites la pregunta?

—¡Qué cotilla y descarada eres a veces! Sí… no me quejo. Empecé pidiendo cinco mil pesetas, luego cuarenta euros y ahora hace tiempo que solo pido la voluntad y gano más que antes. He de amortizar la inversión que me comportó formarme en una universidad japonesa —añade dejando ir un flujo de risa que despierta la de Laura.

»Hay mucha tristeza en el mundo, Laura. Demasiada soledad, demasiada inquietud… es como si las personas no aceptaran que el futuro no está en sus manos, que el destino no depende de ellas por más dinero que tengan. Interesa más despejar la duda del mañana que dedicarse a vivir feliz el presente, que es lo único medio seguro que tenemos. Si te soy sincera, no entiendo por qué somos así, pero bueno… hasta cierto punto me aprovecho de ello y no soy la única que lo hago —añade preservando su mirada.

—De eso no tengo la mínima duda. La tele va llena a altas horas de la noche con tus colegas.

—Sí, ya lo sé, aunque imagino que los que salen allí deben haber leído algo. Yo prefiero no tener ni idea de tirar las cartas. Me basta con saber el nombre de algunas. Las tiro a mi manera, haciendo ver que las interpreto mientras me concentro en los matices del rostro de la persona que deja en mis palabras su fortuna. Una vez, hace ya años, estuve hojeando un libro para aprender a interpretar el tarot, pero por suerte no caí en la tentación de comprarlo. De haberlo hecho, habría sido capaz de leerlo, con la desgracia de aprender a tirarlas —afirma mostrando el hoyuelo de la hermosura bajo una mirada picara.

»Si supiera interpretar las cartas, no podría dormir tranquila. Prefiero decir lo que la persona que viene a verme necesita oír.

Y decírselo tantas veces como haga falta. Me debo más a lo que necesitan oír que a las reglas que inventó alguien para interpretar esos horribles monigotes. Las cartas son un mero pretexto. Podría utilizar piedras o cristales como en la litomancia, o incluso, si me apuras, analizar los dibujos que forman los huesos de universitarias preguntonas como tú.

—¡Nooooo, eso sí que nooooo, mi querida casera! —responde Laura pellizcándole una mejilla cariñosamente—. Eres muy grande, Talía —la adula sentándose junto a ella.

—No lo soy, no te engañes. Tú sí lo eres y lo sabes, mala bruja. Y tienes la responsabilidad de aprovecharlo para el bien de la sociedad, como espero que hagas cuando madures de una puñetera vez, y no solo para ti.

»Y sí, es verdad, te confieso que me siento orgullosa de comprobar que una persona que marcha convencida de que el futuro va a serle propicio es capaz de cambiar su vida hasta el punto de que al final mis mentiras se convierten en realidad gracias a que se las ha creído y ha obrado en consecuencia.

—Sugestión.

—Ingenuidad.

—Confianza.

—Autoengaño.

—Esperanza.

Las dos ríen. Mantener diálogos rápidos de una sola palabra se había convertido en costumbre entre ellas desde hacía años. Y una vez más, como acostumbra a pasar, es Talía quien decide reír para concluir el pulso intelectual, cogiendo el brazo de Laura para acercarlo a su cuerpo y sumirla en un sentido abrazo. La imagen de Talía, hija, vuelve a aparecer en su mente cada vez que abraza o da un beso a Laura. Son momentos en los que cierra los ojos para abrazara, para volver a escuchar sobre su pecho el latido del corazón de su hija. Son segundos fugaces en los que vuelve a culparse por no haber escuchado a tiempo los gritos de un destino que amenazaba con ofrecer su hija al viento. A ese viento huracanado que al girar agita brisas de recuerdos.

Talía.

Madrid
Viernes, 16 de abril del 2004 y siguientes

La tarde amenazaba lluvia, como había previsto el hombre del tiempo, provocando un desfile de paraguas ansiosos de inundar las calles de setas de colores. El tráfico era denso y caótico, como el de los viernes de sol que acercaban la bruma a las lindes madrileñas.

En la facultad, Laura abría el pecho de un hombre anciano de arriba a abajo con la misma destreza que recordaba a Ramón, el carnicero del pueblo, descuartizar el pollo que su madre terminaba friendo, dejando la piel crujiente como ella siempre le pedía. Atrás quedaban los años en los que había levantado párpados con el pulso temblando o le había sorprendido encontrar un bolígrafo en el interior de un intestino muerto, sin dudar en aprovechar el cuerpo de ambos para seguir aprendiendo.

Talía parecía algo nerviosa aquel día, inestable como las emocionadas nubes que no terminaban de romper en llanto, pensó Laura al llegar a casa esperando que fuera ella quien le explicara el motivo que la llevaba a ir del salón a la cocina repetidamente sin un motivo aparente.

—¿Te encuentras bien, Talía? —decide preguntar Laura minutos más tarde, viendo que su casera empezaba a mostrarse algo más tranquila estirada en el sofá, luciendo unas bragas negras que prohibían tildar de desnudo el cuerpo.

—¿Debería?

—Siempre.

—Obligación.

—Deseo.

—Peloteo.

—Estima.

Talía sonrió moviendo su rostro en señal de asumir con naturalidad su derrota, como de costumbre.

—Quiero agradecerte algo, Laura —le dice Talía con la vista perdida en el techo.

—¿Agradecerme, por qué? —pregunta acomodándose en el sofá gemelo.

—Por lo discreta que has sido. Hace muchos días que le he dado vueltas. Muchas vueltas. Y ya te imaginas de qué quiero hablarte.

—No tienes por qué hacerlo —comenta Laura incorporándose para tomar asiento junto a ella.

—Lo sé… pero quiero hacerlo.

Laura asiente con la cabeza apoyando su mano sobre el muslo de ella.

—Ya sabes que… cada noche, cuando te retiras a tu habitación, abro la puerta de esa habitación de la que nunca te he hablado y entro en ella. Te habrás preguntado muchas veces por qué no he querido nunca enseñártela y… quiero que sepas… que es la primera vez que voy a hacerlo. He tenido a Lucía seis años viviendo conmigo, como sabes, y la quiero como si fuera mi hija, pero… nunca fui capaz de explicarle lo que sí quiero contarte a ti.

—Tampoco deberías hacerlo conmigo entonces.

—Quizá. Pero… eres diferente y por eso quiero hacerlo, aunque no puedo negar que tengo dudas. En fin… quiero que sepas que… —Talía coge aliento mientras Laura le estrecha la mano— yo no parí a Talía, no fui su madre biológica, la adopté cuando era muy pequeña. Siempre había querido ser madre y, con los años, después de aceptar mi suerte en amores, decidí no renunciar a serlo. Talía había sido abandonada a las pocas horas de nacer a las puertas de un orfanato. Pude adoptarla aun siendo soltera por motivos que ahora no vienen al caso. Digamos que fue un intercambio de favores. Lo importante, para mí, fue poder convertirme en la madre de una niña preciosa. Una bebita, como era, que despertó mi instinto materno hasta el punto de llegar a darle el pecho, aunque cueste creerlo; bueno, a ti no tanto, que estás a punto de ser médica —puntualiza forzando una sonrisa que Laura refleja en un rostro silenciado.

»Talía me descubrió un mundo en el que, por primera vez, yo ya no era la protagonista de mi vida, aunque… visto con el tiempo,

quizá tampoco habría tenido que arrinconarme en un segundo plano. Me desviví por ella y… Perdona —le pide intentando controlar la emoción que la apresa.

Laura le acaricia el hombro contemplando el sollozo de los ojos del alma.

—No debo perdonarte de nada. Es un placer conocerte mejor.

—Sí, ya sé que eres una alcahueta —comenta con voz trémula, secando la emoción de sus ojos.

Laura sonríe y le da un beso en la frente.

—Podría haber vivido como una reina toda mi vida, Laura, sin pegar palo al agua, ni tener que ir a Japón a formarme, ¿verdad? —añade forzando una sonrisa burlona—. Recibí hace… ya unos cuantos años una importante herencia, pero… tonta de mí, no quise aceptarla. A veces me he arrepentido de haberlo hecho, pero en realidad sigo sintiéndome orgullosa de ello. Es el precio a pagar por ser una idealista sin recursos. Así que, siendo madre soltera y teniendo en mis manos los únicos ingresos posibles, decidí trabajar tantas horas como podía para que a mi hija no le faltara de nada. En el fondo, supongo que aspiraba a poder ofrecerle una infancia similar a la que yo había tenido. La llevé a buenos colegios, la apunté a jugar a tenis, a un club de esquí… A veces llegué a pensar que se avergonzaba de verme cuando coincidía con otras madres —confiesa lazando palabras que amenazan quebrarse—. Claro que, yo no vestía como ellas, más bien me parecía a sus sirvientas, pero no había dinero para todo. Hoy sé que no lo hice bien. Pero en aquel entonces también estaba segura de estar haciendo lo correcto. Recuerdo días eternos: llegaba a primera hora de la mañana al restaurante donde trabajaba de camarera y hasta la una pasada de la noche, y a veces más tarde, no me iba de allí. Y muchas noches no me iba a casa, sino que subía al gran coche, con chófer incluido, claro, de algún caballero para empezar mi jornada de puta fina. Me compensa pensar que al menos cobraba caro mis servicios. Gracias a ello, pudimos dejar de vivir en el antro que tenía alquilado y comprar este piso. Qué vida, ¿verdad? A veces reniego de ella y otras me lanzaría a vivirla de nuevo sin dudarlo —afirma abdicando su mirada.

»El restaurante aún existe. De hecho, seguro que alguno de aquellos clientes de cuello blanco aún sigue frecuentándolo. Incluso

alguno sería capaz de reconocerme aún y proponerme algo el muy cretino, hipnotizado por mi cuerpo o… Déjame que me lo crea —puntualiza guiñándole un ojo.

—Estarían ciegos si no lo hicieran —añade Laura haciéndola reír.

—¿El qué?, ¿reconocerme o proponerme algo hipnotizados por mi cuerpo?

—Ambas cosas.

—Qué mentirosa más bonita eres cuando quieres —le dice pellizcándole una mejilla.

—Bonita, sí, faltaría más. La más de todas.

—¡Hostia, nena, vaya dos nos hemos juntado! ¡Modestoooo, baja, que aquí hay dos que te reclaman urgentemente! —clama mirando al techo Talía.

Laura ríe reflejando su risa en los labios de ella.

—Cuando mi hija se hizo adolescente —continúa Talía enseriando el semblante—, me di cuenta de que todo aquello que había intentado hacer por ella se giraba en mi contra a una velocidad que no era capaz de detener sin alzar un muro entre ambas. De una u otra forma, llegó a sus oídos que, además de camarera, trabajaba de puta fina. Se avergonzó de mí por lo que hacía, por cómo vestía, por cómo era… y me apartó de su vida. Para ella solo existían sus amistades. Unas amistades que la llevaron por el mal camino. Supongo que de haber sido su madre biológica, tampoco me habría percatado de ello, pero la cuestión en sí fue que, cuando lo hice, ya era demasiado tarde —confiesa Talía haciendo visible la emoción que la apresa.

»Un día llegué a casa y, al entrar… —Talía aprieta sus labios— mi hija estaba muerta, estirada en el suelo junto a un hombre mayor que ella. Ambos habían muerto por sobredosis —confiesa conteniendo la emoción que evoca el recuerdo.

Un silencio largo interrumpe la confesión. Laura abriga su mirada para no incomodarla. Talía esparce la humedad de sus ojos con la yema de los dedos. Llora. Aquí. Ahora. La vivencia sigue ahí presente, rodando sobre segundos que ahuyentan el olvido. Ella misma permanece ahí sentada, como hizo al descubrir la escena que partió su vida en pedazos, sin saber en aquel entonces, ni aún en el presente, si debía gritar enloquecida o silenciar para siempre la

respiración que sostiene la vivencia.

—Lo siento mucho —murmulla Laura volviendo a estrechar su mano con delicadeza.

Talía se levanta para adentrarse al pasillo que lleva a su habitación. Laura permanece sentada dejando que su mirada recorra los diferentes objetos del salón sin su habitual actitud inquisidora.

Talía regresa a los pocos segundos al salón intentando disimular la vidriosidad de sus ojos.

Sin apenas mirar a Laura, vuelve a sentarse junto a ella.

—Por aquel entonces, Eva, una chica que trabajaba en el restaurante conmigo, conocía a una mujer que era tanatopráctica. Le pedí que me dijera dónde vivía y fui a verla. Le supliqué que lo hiciera. —«¿Que hiciera qué?», se pregunta Laura arqueando las cejas—. Y al final conseguí convencerla de hacerlo, a pesar de poner en riesgo su trabajo —comenta Talía perdiendo su mirada sobre la escultura que la eterniza.

Laura la mira sin poder fingir un cierto espanto. Por un instante, daría lo que fuera para seguir ignorando la puerta, como había hecho hasta entonces, obviando los primeros días en los que imaginó todo cuanto podía albergar una habitación ignorada.

Talía desplaza su mirada para horadar el iris de Laura, que intenta mostrar una mirada condescendiente, ocultando en sus ojos la duda que planea por su mente como un halcón en lo alto.

Y el instante deviene eterno, oculto, silenciado entre intuiciones que danzan dibujando los trazos de un interrogante afilado.

* * *

Laura aún piensa en su padre más a menudo de lo que reconoce cuando la conversación lleva hasta él, ya sea de forma directa o indirectamente por derroteros más dispuestos a dilatarse que a contraerse. Sus amistades ya saben cuál es la causa de una misandria que antes escondía y ahora reconoce abiertamente, cuando no la proclama a gritos, captando la atención de los presentes. Para ella no existe un perdón capaz de borrar rescoldos de infancia. El abandono paterno la hizo sentirse un quídam

despreciable del que intenta resurgir, una y otra vez, arrastrada por aires de venganza.

Son aires que, con la ira del viento, empiezan a esbozar un proyecto de vida formando parte de una de «las diferentes caras de la vida, tesoro».

Retales de vidas adultas

La época universitaria fue hilando madejas que tejieron variopintos colores en la vida de Laura. Con una de ellas, empezó a darse cuenta del verdadero quehacer diario de quienes ofrecían su fugaz existencia para intentar alargar la vida del fugaz ajeno. Le gustó que la señalaran utilizando la palabra *doctora*, recorrer los pasillos del hospital con su fonendoscopio Littmann colgado al cuello y tastar, aunque fuera a sorbos, la pócima que utilizaban los dioses para alargar la vida más allá del destino de sus criaturas.

La madeja de las amistades tejió durante aquellos años verdades a medias, sonrisas hipócritas, cumplidos falsos y algunas miradas transparentes que valía la pena cuidar para conservarlas largo tiempo. Tejiendo hilos de variopintos colores, Laura conoció a una estudiante de Psicología llamada Elvira: una chica delgada, de moreno blanquecino, mediana altura y una sonrisa de anuncio que apenas habría pronunciado una docena de noes en toda su vida. Laura descubrió en ella los secretos más recónditos de su cuerpo, sometida a una libido que enloquecía al verlas juntas. Aprendió de ella que el placer carnal podía ser de sexo o de sexo y comodín emocional, que era el mejor de ambos si sabías cuándo y cómo utilizarlo.

La madeja de la sociedad la llevó de la anárquica lucha adolescente a la pausada reflexión del sabio, mostrándole ese punto ecléctico que unos llaman madurez y otros control emocional, y que a ella le permitió dibujar el boceto de su proyecto de vida: el sueño necesitado de una sociedad machista de la que renegaba mostrando hilos de espuma en los labios.

La madeja de la introspección personal le mostró que la inteligencia no era una capacidad de entendimiento, ni de comprensión, ni una habilidad o destreza como la definían los psicólogos, sino todo ello a la vez. El acierto consistía entonces, más

que en definirla a pedazos, en elegir en cuál de «las diferentes caras de la vida, tesoro» era más atinado abocarla toda por completo.

Madrid
Trigésimo primer día sin nombre de una vida sin esperanza

Cristina regresó a su casa tras finalizar la jornada en la estación de servicio Repsol donde trabajaba de cajera. Su turno de tarde finalizaba a las diez de la noche y en punto ya tenía la caja cuadrada para hacer el traspaso a su compañera. Regresar a casa suponía destapar una caja de sorpresas que se movían entre la angustia y el pánico. La persona que hallaría en la casa, como cada noche, tanto podía estar irascible y medio borracha como encontrarla en el nivel superior de «cabreada con todo», fruto de una percepción victimista que enloquecía al ver pasear al esfuerzo y al éxito cogidos de la mano como dos enamorados.

Cristina se encomendaba a todos sus santos cuando introducía la llave en el bombín con cierto temblor de mano, rogándoles que el animal con el que convivía y del que, sin saber cómo, un día llegó a estar enamorada no le hiciera daño ni a su hija ni a ella.

Pero aquella noche fue una noche más en la que sus santos no escucharon sus ruegos. Tan pronto dejó el bolso, el animal la cogió del pelo con fuerza, la tiró sobre el sofá, rompió un trozo de cinta americana para sellarle los labios y la violó mientras le abofeteaba la cara con fuerza. Después encendió un cigarrillo y, mientras le daba unas cuantas caladas, le recordó que no hiciera ninguna tontería si no quería poner la vida de su hija y la de su madre en peligro. Y apagó el cigarrillo, en aquella ocasión, aplastándolo contra el ombligo de su atemorizada víctima.

Penélope, su hija, una niña de seis años, hacía horas que había decidido esconderse bajo su cama, abrazada al muñeco de peluche como su madre le pedía que hiciera, tras ponerse los diminutos

auriculares que guardaba el osito en uno de sus bolsillos.

Tras el maltrato, el animal estiró la cinta de la boca de Cristina, le dio un beso en los labios y le pidió que le preparara la cena. Cenó regalándole alguna que otra sonrisa psicópata, mientras ella esperaba para retirarle el plato de la mesa. Al finalizar, se fue al bar. Conversó con algunos de los allí presentes y tomó un par de cervezas y alguna más que necesitó para regresar incapaz de abrir por sí solo la puerta. Picó al timbre. Entró. Cristina volvió a esconder el cuchillo de largas proporciones al ver que de nuevo no aparecían los redaños que necesitaba y lo ayudó a estirarse sobre la cama.

A la mañana siguiente, Cristina llamó al colegio para comunicar que Penélope volvía a tener los mareos de siempre. Desde secretaría volvieron a desearle que alguien pudiera hallar el origen de la extraña enfermedad que provocaba que la pequeña Penélope faltase tantos días a clase.

La jornada de tarde en la estación de servicio transcurrió al día siguiente como siempre, entre segundos empecinados en recordar el suceso anterior y segundos en los que el estrés del trabajo la sumía en el olvido que tanto necesitaba.

Al regresar aquel día a casa, el animal solo le gritó que no tardara en servirle la cena, mientras él estaba estirado viendo el televisor con su hija sobre su regazo. Cristina obedeció como hacía siempre. Luego cenó algo en la cocina, recogió los platos, ordenó la casa, se duchó, rezó para que aquella noche no la agrediera, se puso el pijama y se hizo la dormida a los pocos segundos de estirarse sobre la cama.

Estirada en la cama, recordó la conversación que había tenido días atrás con Marisa, en la Oficina de Atención a las Víctimas por Violencia de Género:

—¿Qué sientes, Cristina?

—Miedo, mucho miedo —respondió sollozando.

—Un miedo que te paraliza, ¿verdad? —reafirma con voz pausada y melosa Marisa acariciándole la mano.

—Si. No sé qué hacer, temo que si digo algo o hago algo que no le guste reaccione aún peor.

—Y temes por tu hija y por tu madre.

—Sí —afirma rompiendo a llorar.

—Lo sé. Lo sé, Cristina, porque yo también lo he vivido durante años. Y eso no es vida, ni para ti ni para tu hija. Sabes que te vamos a ayudar. No estás sola. No vamos a dejar que te maltrate más.

—Pero no puedo abandonar mi casa. No es tan sencillo.

Marisa la observa. Son las mismas respuestas que utilizó ella años atrás, las mismas que escucha a menudo en diferentes labios, las mismas que muestran la línea donde el abismo de iniciar una nueva vida provoca más terror que la tortura de permanecer en ella.

—Cristina, lo primero que quiero que hagas es tener escondido en algún sitio de la casa tus papeles más importantes y los de tu hija. Puede ser que tengas que salir corriendo algún día. Y puede que ese día no esté lejos. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —afirma con un hilo de voz.

—Tienes que ser valiente, Cristina. No hay otro camino. Necesitas ser valiente para afrontar lo que estás viviendo. Para cortarlo de raíz.

Para iniciar una nueva vida. Y quiero que sepas que vas a contar con nosotras.

Cristina afirma gesticulando mientras seca sus lágrimas.

—¿Te atreverías a denunciarlo? Yo estaría contigo a tu lado, no te dejaríamos sola en ningún momento.

—Tengo miedo de hacerlo. A veces me engaño pensando que no va a pasar más. Que no era así cuando lo conocí. Que tal vez pueda ayudarlo a cambiar y ser una buena persona. Pero…

—Pero vuelve a maltratarte otra vez, y otra vez y otra vez… — Intuye mostrando una sonrisa ceniza. ¿Aún lo quieres, verdad?

Cristina afirma con la cabeza sollozando.

—Pero sabes que él no te quiere a ti. Ni a ti ni a tu hija. Solo sois sus propiedades. Cuerpos que puede utilizar a su antojo, abocando toda la rabia que siente en ese momento. Y eso no es amor, Cristina, ni amor ni nada que se le parezca —afirma en murmullos acariciándole la mano.

Cristina vuelve a asentir con un gesto.

—Algún día puede pasar algo peor aún. Ya te ha pegado muchas veces, pero puede ir a más y lo sabes, porque te ha amenazado con ello. Si pasa, quiero que cojas el teléfono que debes tener escondido en casa y me llames de seguida. Sea el día y la hora que sea. Porque yo vendré. Yo vendré para estar contigo, Cristina. No estarás sola. Nunca más vas a estar sola.

Madrid
Domingo, 18 de abril del 2004

Laura abandona el hotel donde se ha hospedado durante dos noches. Al salir a la calle, respira profundamente. Es la primera vez que cree haber tomado una decisión madura en su vida. Tal vez el hecho en sí no es más que la forma que le ha brindado la vida para poder despedir su adolescencia.

Dos días antes, Talía le había confesado que el cuerpo de su hija había permanecido desde su fallecimiento en el interior de la habitación ignorada, embalsamado en una caja de metacrilato lleno de formol. Por eso se encerraba allí algunas noches durante largos minutos, compartiendo con ella cómo le había ido el día o leyéndole el cuento que aún era capaz de escuchar con la voz infantil de un rostro yerto.

Laura gritó por instinto al oír la confesión, se levantó de un salto como si hubiera recibido una descarga eléctrica, la insultó mirándola con desprecio, cogió su bolso y salió de la vivienda sintiendo una legión de alfileres desmadrados punzándole el cuerpo.

La imagen que apareció en su mente era macabra, surrealista, esquizofrénica… incluso para una estudiante de Medicina que barajaba la posibilidad de dedicarse a la psiquiatría.

Llegó al hotel más cercano con lo puesto y un carromato de ira y espanto que apenas podía seguir arrastrando. Se desesperó mientras la recepcionista tramitaba su entrada. Sintió náuseas nada más acceder a la habitación asignada. Vomitó deseando arrojar la imagen tatuada en su pensamiento y se estiró sobre la cama perdiendo la mirada sobre el plafón metálico del techo. ¿Cómo había podido haber estado viviendo durante seis años con una loca que tenía embalsamada a su hija?, ¿cómo esa loca había sido capaz

de mantenerla así durante tanto tiempo, en secreto? ¿Debía llamar a la policía y explicárselo?

Consiguió paralizar el tiempo a base de no cenar, no dormir, no llamar a su madre a pesar de coger varias veces el teléfono con la intención de hacerlo. Deseó no haber conocido a Talía, no haber vivido con ella, no habérsela presentado a su madre, a su tío, ni a algunas de sus amigas. Y, sobre todo, a su propia puerta ignorada: el abandono de su padre. Deseó verla muerta, saber que lo estaba, hacerlo ella misma con sus propias manos cuando la imagen embalsamada emergía de su cerebro para posarse junto a ella.

A medianoche llamó a Elvira y le pidió que cogiera un taxi y viniera a verla. Necesitaba hablar con una estudiante de Psicología, pero sobre todo tener relaciones con ella. Necesitaba tranquilizarse entregándose al sexo y recurrió a él nada más Elvira entró por la puerta, exigiendo al placer que la ahuyentara de la escabrosa imagen que había quedado pausada en su mente.

Se mostró violenta haciendo el amor con ella, despertando en Elvira un par de veces la pregunta «¿qué te pasa, Laura?», que ella dejó en silencio hasta que, dando por consumido el acto, invitó a Elvira a coger un taxi de regreso al piso que compartía con otras dos estudiantes universitarias.

Al día siguiente se sintió incómoda, había dormido poco y pensó que era culpa del cansancio que su mente permitiera acoger unas preguntas diferentes que aún conseguían desorientarla más. ¿Qué habría hecho ella de haber encontrado muerta a su hija?

¿Había querido Talía hospedar a una alumna de Medicina con la esperanza de que un día pudiera ayudarla, cómo le había suplicado llorando al ver que ella enfilaba la puerta? ¿Su confesión, por macabra que fuera, debía decantar la balanza frente a la amistad que la unía a ella?

Laura picó al interfono de la vivienda de Talía. Volvió a hacerlo tras el silencio por respuesta una segunda vez, y una tercera, y una cuarta… Y con cada gesto que el sonido del interfono alargaba, menguaba la esperanza de que alguien se dignara a responderle.

La tarde se fue yendo despacio sobre la prematura obscuridad que presentó la noche. Algunos vecinos le preguntaron lo que todos pensaban al verla sentada en el peldaño de la entrada: ¿Se había olvidado Laura las llaves o era Talía quien no la dejaba entrar? «A

saber lo que habrá hecho», afirmaban algunos mirándola de soslayo al pasar junto a ella.

La llave de la puerta del piso permanecía en su bolso junto al mismo llavero de hacía años. Fue incapaz de abrir la puerta como lo había hecho centenares de veces, antes de cerrarla de un portazo. De súbito, apareció en su mente la frase que le había susurrado su tío años atrás y que en su momento no supo si almacenarla como consejo o acertijo estimulante: «No olvides que solo la llave que cierra una puerta puede volver a abrirla». En aquel instante, aquellas palabras no le parecieron propias de un consejo ni de una adivinanza, sino de una acertada premonición que, como tal, necesitaba que mediara el tiempo.

Talía afrontó un par de días ajetreados de cuerpo, mente y espíritu. Tras el repetitivo sonido del interfono, imaginó que Laura volvía a estar sentada en el portal del edificio, dispuesta a un todo que tanto podía acarrear un perdón como un reproche. Dudó en responder varias veces. Lloró al no saber discernir lo correcto de lo conveniente. Sintió repugnancia de la mujer que años atrás había decidido alquilar una habitación a una futura médica, deseando que el alma escogida pudiera liberarla de una decisión que, desde hacía tiempo, mostraba los alocados flecos de un desacierto. No tardó demasiados días en confiar que Laura, llegado el momento, sería capaz de deshacer el nudo que la ahogaba desde hacía tiempo. Y Laura lo hizo, sin pretender hacerlo: su reacción impulsiva, el brillo de ira que de súbito habían mostrado sus ojos, el contundente golpe que cerró la puerta del piso que abandonaba…

Nunca imaginó Talía que la luz que necesitaba se escondiera tras el negror de la ira. Pero estaba ahí, y la vio, y al verla la iluminó antes de cegarla sin que apenas se diera cuenta de ello.

Sobre las cuatro de la mañana, Laura abandonó el portal y regresó al hotel para hospedarse en él de nuevo. La habitación asignada no era la misma que la vez anterior, pero los pensamientos que había dejado flotando en ella parecían haber mimetizado todas las estancias. Se estiró sobre la cama. Sintió asco, pánico, comprensión y pena por las dos. Tuvo la tentación de volver a llamar a Elvira, pero se contuvo por miedo a perderla si seguía utilizándola de calmante. Se incomodó al ver como unos pensamientos libres de juicio y pecado se posaban tímidamente

sobre los de ira y desconcierto, sumiéndola en un amargo arrepentimiento. Por momentos, era solo ella la culpable de todo. Ella quien debía pedir perdón a la mujer que deseaba lazar amistad y esperanza con un nudo eterno. Por un momento, pensó en llamarla a pesar de la hora que era, pero se contuvo. Prefirió alargar el amargo sabor de un desacierto para evitar regresar a una de «las diferentes caras de la vida, tesoro».

Al día siguiente, tras un corto sueño que apenas consiguió adormecer la constricción que sentía, volvió al portal. Se sentó en el escalón después de picar al timbre repetidas veces con el mismo éxito del día anterior. Volvió a responder con la sonrisa de un silencio a quienes le preguntaban qué hacía allí o pasaban junto a ella mirándola de soslayo, pensando de nuevo «a saber qué habrá hecho».

Y los segundos del portal fueron diluyéndose en minutos y estos en horas que mostraron la mañana, el mediodía, la tarde y una noche poco dispuesta a ocultar pensamientos de reproche.

Pasadas las once, regresó al hotel. Intentó dormirse. Paseó. Se duchó. Lloró. Asumió el error de haberse dejado llevar por las emociones que cimbran dagas entre sentimientos. Se arrepintió con mayor intensidad de ello, deseando contemplar el rostro embalsamado de Talía con la misma actitud de médico que había contemplado decenas de cadáveres muertos en la piscina de la facultad de la Complutense.

Dos días más tarde, Elena llamó a su hija algo nerviosa. Acababa de recibir por correo un par de paquetes con su ropa y enseres. Laura le mintió al decirle que Talía y ella habían discutido y que había decidido abandonar la habitación que tenía alquilada.

Aquel mismo día, Elena recibió un ingreso inesperado. Era anónimo. Inexplicable. Las dos grandes cajas recibidas no parecieron capaces de mostrar el nombre y apellido de la donante en la mente de Elena, como sí lo hicieron en la de su hija, anunciando, además de la identidad culpable, que la suma ingresada correspondía con la de los meses de alquiler que había pagado Elena durante todos aquellos años.

Laura vivió las últimas semanas de universidad en un hotel. Fueron muchas las veces que llamó a Talía durante aquellos días, muchas las veces que necesitó su perdón para poder perdonarse,

incontables los mensajes que le escribió pidiendo que tuviera a bien responderle.

Aquella reacción tras la confesión inesperada de Talía fue la forma abrupta que eligió impulsivamente para despedir su adolescencia, convirtiéndola con el paso del tiempo en una de «las diferentes caras de la vida, tesoro».

Madrid
Trigésimo segundo día sin nombre de una vida sin esperanza

Cristina regresó a su casa tras finalizar la jornada en la estación de servicio Repsol donde trabajaba de cajera. Su turno de tarde finalizaba a las diez de la noche y en punto ya tenía la caja cuadrada para hacer el traspaso a su compañera. Regresar a casa suponía destapar una caja de sorpresas que se movían entre la angustia y el pánico. La persona que hallaría en la casa, como cada noche, tanto podía estar irascible y medio borracha como encontrarla en el nivel superior de «cabreada con todo», fruto de una percepción victimista que enloquecía al ver pasear al esfuerzo y al éxito cogidos de la mano como dos enamorados.

Cristina se encomendaba a todos sus santos cuando introducía la llave en el bombín con cierto temblor de mano, rogándoles que el animal con el que convivía y del que, sin saber cómo, un día llegó a estar enamorada no le hiciera daño ni a su hija ni a ella.

Pero aquella noche fue una noche más en la que sus santos no escucharon sus ruegos. Tan pronto dejó el bolso, el animal la cogió del pelo con fuerza, la tiró sobre el sofá, rompió un trozo de cinta americana para sellarle los labios y la violó mientras le abofeteaba la cara con fuerza. Después encendió un cigarrillo y, mientras le daba unas cuantas caladas, le recordó que no hiciera ninguna tontería si no quería poner la vida de su hija y la de su madre en peligro. Y apagó el cigarrillo, en aquella ocasión, aplastándolo contra la cadera de su atemorizada víctima.

Penélope, su hija, una niña de seis años, hacía horas que había decidido esconderse bajo su cama, abrazada al muñeco de peluche como su madre le pedía que hiciera, tras ponerse los diminutos

auriculares que guardaba el osito en uno de sus bolsillos.

Tras el maltrato, el animal estiró la cinta de la boca de Cristina, le dio un beso en los labios y le pidió que le preparara la cena. Cenó regalándole alguna que otra sonrisa psicópata, mientras ella esperaba para retirarle el plato de la mesa. Al finalizar, se fue al bar. Conversó con algunos de los allí presentes, tomó un par de cervezas y alguna más que necesitó para regresar incapaz de abrir por sí solo la puerta. Picó al timbre. Entró. Cristina volvió a esconder el cuchillo de largas proporciones al ver que de nuevo no aparecían los redaños que necesitaba y lo ayudó a estirarse sobre la cama.

A la mañana siguiente, Cristina llamó al colegio para comunicar que Penélope volvía a tener los mareos de siempre. Desde secretaría volvieron a desearle que alguien pudiera hallar el origen de la extraña enfermedad que provocaba que la pequeña Penélope faltase tantos días a clase.

La jornada de tarde en la estación de servicio transcurrió al día siguiente como siempre, entre segundos empecinados en recordar el suceso anterior y segundos en los que el estrés del trabajo la sumía en el olvido que tanto necesitaba.

Al regresar aquel día a casa, el animal solo le gritó que no tardara en servirle la cena, mientras él estaba estirado viendo el televisor con su hija sobre su regazo. Cristina obedeció como hacía siempre. Luego cenó algo en la cocina, recogió los platos, ordenó la casa, se duchó, rezó para que aquella noche no la agrediera, se puso el pijama y se hizo la dormida a los pocos segundos de estirarse sobre la cama.

Estirada en la cama, recordó la conversación que había tenido días atrás con Marisa, en la Oficina de Atención a las Victimas por Violencia de Género.

Madrid
Miércoles, 19 de mayo del 2004

Talía abrió la puerta sin mirar antes por la mirilla, igual que había pulsado el botón que permitía acceder al edificio, dando por hecho que era Consuelo, una de sus clientas más habituales, la que llegaba media hora de la cita programada, como ya era costumbre en ella. Al abrir la puerta, la sorpresa fue mayúscula; era Pablo, el tío de Laura, plantado con la misma sonrisa en los labios que mostró al conocerlo.

—Talía, ¿cómo estás, encanto? Espero no importunarte. Mañana actúo en Madrid y había pensado en darle a mi sobrina…

—Laura ya no vive aquí —lo interrumpe ella ocultando el brillo de sus ojos y labios.

Pablo queda algo descolocado. Su sobrina no le había hecho saber el cambio de paradero.

—Pero pasa, pasa igualmente —le propone Talía haciéndose a un lado.

—Bueno, no querría…

—Pasa, pasa, por favor. Me gustaría comentarte algo ya que has venido.

Pablo accede a entrar percibiendo el tono amargo de la voz de Talía.

—Siéntate, por favor —le pide Talía señalando el sofá que hay junto a la estatua.

—¿Así que mi sobrina ya no vive aquí?

—Ciertamente.

—Pero… no ha terminado las clases aún, ¿no?

—No lo sé. Desde que marchó no he vuelto a saber de ella.

—Ya… Y… ¿se ha ido a vivir con algunas amigas?

—Podría ser.

—¡Joder! Parece que estemos rodando el inicio de una novela de suspense, ¿no? —dice Pablo sonriendo con los brazos abiertos, intentando destensar el momento.

—Laura y yo tuvimos nuestras diferencias y… decidió marcharse.

—¿Diferencias?

—Sí.

—Vaya. Bueno pues…

—Digamos que, como seguro que ella te lo acabará explicando, no aceptó el hecho de vivir… no sé cómo decirlo… bueno, con una momia en casa.

—¡Coño! ¿Con una momia? ¿Te refieres a…? —le pregunta señalando con la mirada la escultura desnuda que preside el salón.

—No, perdona, eso no es una momia, esta es la gran obra de una buena artista y amiga.

—Sí, sí, claro, y… es brutal —le dice fijándose en ella— una pieza única de multiarte, diría yo, si me lo permites, por la artesanía que muestra la escultura y la belleza del desnudo de la modelo —apostilla sonriente.

—Ya. Veo que lo de pensar rápido y saber quedar bien le venía a Laura de familia.

—Observar más que pensar, ¿no te parece? Pero bueno, perdona mi metedura de pata. En fin, que… no quisiera hacerte perder más tiempo, ha sido un placer poder volver a verte y espero que…

—Quiero enseñarte algo —le anuncia haciendo que Pablo vuelva a tomar asiento.

—¿La momia?

—No, es un plano. Un plano que encontré entre los papeles que tenía Laura en su escritorio. Se cayeron de una carpeta cuando recogí sus cosas. Discúlpame un momento, que voy a buscarlo.

—Sí, sí, claro. —«Joder, pobre sobrina. ¿Qué clase de momia debe tener para que Laura marchara corriendo?», piensa Pablo.

—Este es —le enseña Talía una hoja doblada en cuatro cuartos simétricos—. Hice una fotocopia sin que ella lo supiera y llevo tiempo analizándolo. Conozco lo suficiente a Laura y lo muy inteligente que es para darme cuenta de que puede estar tramando algo bastante…

—¿Bastante? —pregunta Pablo observando el plano.

—Peligroso, por decirlo de una manera suave.

—¿Peligroso? Bueno, lo suyo no es el dibujo, aunque tampoco es horrible, pero no sé dónde ves tú el peligro. Yo solo veo el dibujo de la distribución de una casa, ¿no te parece? Sí, quizá sorprende que cada habitación tenga un baño, pero… como mi sobrina es una chica tan limpia… —Apostilla sonriendo sin levantar la vista del plano.

—No es el plano de una vivienda. Cada sigla, cada número… todo lo que aparece en este plano tiene un significado cuidadosamente elegido. Pero no es a mí a quien debe preocuparme, sino a su familia; y, por lo que veo, tú no te lo tomas muy en serio que digamos.

—Perdona, Talía, no quería darte esa impresión. Igual debería ponerme a llorar, pero… es que… sinceramente no sé interpretarlo. ¿Tú qué crees que es pues?

—Yo sé lo que es, pero no quiero decírtelo.

—Joder, que salga ya el tío de la cámara oculta, ¿no? O me va a dar algo. Suerte que era yo quien tenía previsto daros una sorpresa, ¿eh? De haberlo sabido, me tomo un par de váliums antes de picar al timbre.

—No me hace ninguna gracia —responde ella con cierto desprecio—. La habitación principal tiene el número once, como puedes ver —continúa señalando el número con el dedo—. Uno más uno son dos: el número de la energía femenina de Hera. El once significa la unión de la fuerza imparable con la supremacía de una diosa, lo efímero y lo eterno, la luz y la obscuridad, la vibración armónica del Uno: la energía de la mónada.

—No pillo una.

—Por eso la habitación principal tiene el número once —siguió conjeturando Talía—, el número maestro, la fuerza de los dos soles, el primer número de la frecuencia de Fibonacci, la resonancia armónica… el Número Maestro, en definitiva.

—Joder, cuantas cosas desconozco.

—El tarot tiene veintidós arcanos mayores. ¿Sabes cómo se llama el arcano mayor once? La Fuerza —respondió ella de corrido sin permitir a Pablo mostrar su ignorancia.

—Y a simple vista parecía solo un pianito, ¿eh? —comenta

intentando esconder su sonrisa—. ¿Y las letras R y L?, porque pone 11RL.

—Son las consonantes de su nombre al revés —responde ella con mirada de sable—. ¿Sabes qué día nació tu sobrina?

—Joder. Sí, claro, cómo no iba a saberlo, el…

—El dieciséis de marzo de mil novecientos ochenta y uno —se responde escribiendo los números en el reverso de la fotocopia—. Súmalos todos: dan veintinueve, dos y nueve, que sumados dan once. Laura es una mujer elegida.

—¿Una elegida para qué?

—Para hacer el bien o el mal en su grado máximo.

—¡Joder! Dile al tío de la cámara oculta que salga ya, que empiezo a cagarme de miedo, Talía.

—Y esta es la tuya: 2LPB —añade pasando por alto su comentario, señalando otra de las habitaciones.

—Bonito detalle —comenta Pablo sin tenerlas todas consigo. ¿Y por qué el dos?

—Todas las habitaciones, excepto la suya, empiezan con el número dos. El dos significa la bondad. Son las personas que, de una u otra forma, tienen o han tenido importancia en la vida de tu sobrina. Tengo descifradas algunas, pero otras como esta, la 2SRM, no sé a quién pertenece.

—Todas no empiezan por dos —puntualiza Pablo señalando una estancia mayor a la que van a parar el resto con el nombre 666LRC.

—Sí, lo sé. Esa no es una habitación; no tiene lavabo como el resto. Estoy segura de que es la que corresponde a tu hermano.

—A mi hermano, ¿por qué?

—Laura me explicó que la abandonó cuando era pequeña y no creo que lo haya superado aún. Además, las consonantes ele erre y ce son las de Carlos escritas al revés. Esa habitación la ha llamado Carlos, el demonio o la bestia.

—Joder, vaya nombre ha elegido. Oye, Talía —dice mirando el reloj—, si no tienes inconveniente, vengo a visitarte otro día con más tiempo y me sigues explicando…

—Debes marcharte ya, Pablo —lo interrumpe ella—. Está a punto de venir una amiga.

—Y no quiera Dios que tenga también una habitación en el plano, ¿eh? Sí, sí, me voy ya, que mañana tengo un día divertido —

le anuncia incorporándose—. Siento mucho haberte venido a ver así, tan de sopetón, Talía. Y… en fin, gracias por mostrarme todo esto. Te prometo que hablaré con Laura del plano, no te preocupes.

—No deberías hacerlo. Ella no debe saber que lo he descubierto. Además, como te he dicho, todavía tengo algunos cabos sueltos. Hay una habitación con el nombre 2LT, que tal vez podría ser mía, a no ser que en vuestra familia o amistades haya alguien con el nombre de las consonantes ele y te. ¿Te suena de algún nombre o diminutivo de alguien de la familia?

—No, con esas consonantes, no, desde luego.

—Pues entonces es mía —afirma Talía sintiendo el placer de estar en la lista de las personas importantes para Laura.

—Seguro que sí. En fin, Talía… ha sido un placer volver a verte. Por cierto, muy buena la cerveza —añade pellizcándole la mejilla con cariño, saltando la distancia que Talía ha intentado poner de por medio—. Es broma, mujer, no te preocupes. Es una enfermedad que tengo desde pequeño, no me lo tengas en cuenta, Talía. Estoy en tratamiento, pero el psicólogo no me toma muy en serio.

»Ten, aquí tienes mi teléfono —le dice entregándole la tarjeta que ha sacado de la cartera—, llámame para lo que quieras. Estaré encantado de volver a hablar contigo. Te cogerá el teléfono Bernard, un tío con acento francés, es mi mánager. Dile que usas *culotte* verde y me pasará la llamada. Es la contraseña que utilizamos para diferenciar cuando llama alguien que me conoce de cuando lo hace alguna de esas adolescentes que se les va la pinza. Sí, ya sé que no es una contraseña modélica, pero es lo que hay. No puedes imaginarte lo que le jode a Bernard que ponga su teléfono en mis tarjetas, pero tiene que aguantarse o me busco a otro —añade sonriendo.

—Te acompaño a la puerta.

—Sí, por favor, no vaya a ser que me salga la…

Al abrir la puerta del rellano, se topa con Consuelo, la clienta sexagenaria que viene una vez al mes a que Talía le dé cuerda para unos días.

—¿Qué, te han dado suerte las cartas? —pregunta Consuelo mirando a Pablo sin poder esconder cierta sorpresa al ver salir a un yogur, para ella, de casa de Talía.

—Buenas tardes. ¿Qué cartas? —le pregunta Pablo notando

como empieza a desnudarlo con la mirada.

—Las del tarot, hombre. ¿Cuáles van a ser si no?

—¿El tarot? Joder… ahora sí que debería salir ya el tío de la cámara, ¿no? —comenta con intensa sonrisa girándose a mirar a Talía.

—Pasa, Consuelo, por favor. Pablo ya marchaba. Ha venido por otra cosa.

—Sí, sí, yo no vengo por las cartas, mujer. Yo venía por lo de la momia y el plano —apostilla Pablo guiñándole un ojo a Talía.

—Oye, a mí me suena tu cara —le dice Consuelo embrujada.

—Sí, me lo dice mucha gente. Hay un cantante francés medio *chalao* que se parece bastante a mí. Le daré recuerdos de tu parte si me cruzo con él algún día.

»Pero ¿cómo coño se ha podido marchar mi sobrina de aquí?, con lo difícil que es encontrar gente tan divertida —murmulla bajando las escaleras del edificio, mientras Consuelo no puede resistirse en preguntarle a Talía a qué otra cosa había venido ese hombre tan simpático.

Ya en la calle, Pablo decide llamar a Laura.

—Tío Pablo —responde ella con voz jovial al atender su llamada.

—Cariño, ¿dónde estás?

—En la facultad, tío, ¿por qué?

—Porque he ido a casa de Talía con la intención de darte una sorpresa, y un poco más y tengo que llamar una ambulancia.

—¿El qué? ¿Tío, estás bien?

—Sí, sí, solo era una broma, no te preocupes. Así que ya no vives con ella.

—No. Perdona que no te lo dijera, tío, lo hice para que no te preocuparas. Estoy viviendo en el hotel Mercure. Me quedan pocas semanas de clase para terminar, por fin, y le comenté a mamá que prefería irme al hotel en vez de alquilar una habitación.

—No me extraña. Estoy por suspender el concierto de mañana para meterme una sobredosis de psicólogo en la vena.

—Pero ¿qué te ha dicho Talía, tío?

—No sé, cariño, me ha dicho tantas cosas… Me ha comentado que te cabreaste al saber que tenía una momia en casa y que te fuiste sin más. ¿Esa mujer ya sabe que no puede ponerle kétchup a

los porros?

—Talía no firma, tío.

—Pues entonces necesita ayuda urgentemente, cariño.

—¿Eso te ha dicho, tío?, ¿así, una momia tal cual es la palabra que ha utilizado?

—Sí, sí, tal cual, una momia. A mí también me ha sorprendido, pero ya sabes, querida sobrina, que el mundo de las mascotas es de lo más variopinto.

—Ahora lo entiendo —murmulla Laura centrada en la palabra *momia*.

—¿No será la de Tutankamón?

—¿Cómo dices, tío? —pregunta ensimismada—. Ah, no, no, seguro que esa no es —responde en tono alegre—. ¿Y te ha comentado algo más?

—Me ha enseñado un plano en el que habías dibujado varias habitaciones y el nombre que le habías puesto a algunas de ellas, relacionándolas con la familia mediante un código encriptado, según ella.

—¿Te ha enseñado un plano? Menuda bruja está hecha. Es increíble. Y luego decía que era yo la chafardera. No le des importancia, tío, no es nada serio. Es simplemente… un plano que me enseñó una amiga que estudia Diseño de Interiores y que aún tengo pendiente devolvérselo. Y no sé a qué se refiere con lo del código encriptado —añadió notando como se le aceleraba el pulso.

—Me alegra saber que no tiene importancia, aunque he de reconocer que tiene cierto mérito el significado que le ha dado ella a esas iniciales.

—Talía tiene mucha imaginación, tío. Todo lo que hay en su casa tiene algún significado esotérico, místico, numerológico… Es una mujer muy supersticiosa y especial.

—Eso ya me ha quedado claro. Pero bueno, dejemos a Talía en su casa con su momia, que yo no te llamaba para eso, sino para invitarte a cenar, si no te hago cambiar tus planes.

—¿De verdad? ¡Aaahh, qué ilusión, tío! Pero no estarás muy ocupado con los preparativos del concierto de mañana, ¿no?

—Qué va. Si soy el que menos palos doy al agua. Yo canto, o lo intento, y me llevo los aplausos. Poco más, querida sobrina. Te paso a recoger a las nueve en el hotel, ¿te parece?

—Tío, pero estará lleno de *paparazzi*. Corres el riesgo de que piensen que soy tu nueva novia.

—Pues entonces nos tendremos que dar un morreo con lengua. Anda que no estaría contenta tu madre de ver lo guapa que ha quedado su hija en la portada de *Lecturas*.

Pablo subió al taxi que lo esperaba. Llegó al hotel. Le pidió a Bernard que comprara el bolso más cotizado por las adolescentes del momento. Acabó yendo a comprar el más joven del equipo, después de saltar el marrón de labio en labio. Atendió en directo el par de entrevistas de radio que, en un abrir y cerrar de ojos, cerró Bernard al saber que disponía de unas horas libres. Se duchó, llamó a Alice para interesarse por ella, abrió la puerta de la habitación para que el comodín del *staff* le entregara el regalo y subió al taxi que la discográfica le había puesto a su disposición durante los cinco días que iba a estar en Madrid dando dos conciertos, aprovechando la estancia para descubrir que su sobrina no era de las que parecía dispuesta a vivir con una momia, como tantas.

Durante la cena, en el reservado del restaurante Zalacaín, le regaló dos entradas de primera fila para que asistiera acompañada al concierto que iba a dar mañana. Mientras cenaba, por un instante, volvió a recordar el significado lógico con el que Talía había asociado aquellos extraños nombres de robot del plano, pero decidió pasarlo por alto. Durante el postre, decidió entregarle el regalo que le había traído con un cheque en su interior que despertó aún más la cara de sorpresa de Laura. «Solo quiero saber que puedes tomarte un café en la facultad y echar algo de gasolina al coche»; un Mazda MX5 que le había regalado envuelto en cientos de lazos al cumplir los diecinueve.

Durante los postres, Pablo tuvo especial cuidado al elegir las palabras cuando el tema de conversación se acercó a la sombra de Carlos. Hacía tiempo que intentaba aceptar que su hermano había fallecido durante la convulsa rebelión de Kinshasa de finales de los noventa, aunque nunca se había atrevido a decírselo a su hija ni a su exmujer. Lo único que podía darle un hilo de esperanza, y a él se agarraba con fuerza, era la carta que contenía el sobre lacrado que llevaba tantos años custodiando, estirando con fuerza los treinta

años que había de estar bajo su guarda antes de ser entregado a Elena. Laura, por su parte, había asumido desde hacía tiempo lo imposible que era, como le había repetido su madre incansablemente, poder cruzarse en una ciudad de más de cinco millones de almas con un padre incapaz de reconocerla.

A Pablo le pareció una buena decisión que su sobrina tuviera pensado regresar al pueblo para preparar el examen MIR. Aplaudió también que hubiera descartado dedicarse a la psiquiatría, como había contemplado un tiempo atrás, a pesar de «la esperanza que tenía de que pudiera curarme alguien por fin». Y aunque de inicio le sorprendió por inesperado, aprobó con una sonrisa que quisiera iniciar su carrera de médico, finalizada la etapa de residente en tierras catalanas. Las agradables vivencias que le había transmitido Talía durante su etapa en la Ciudad Condal habían dejado en Laura el deseo de querer vivirlas personalmente.

Su proyecto de vida, el guardián que iba a dar sentido a su paso por la Tierra, iba cogiendo forma de manera subconsciente. En parte, ella misma lo provocaba pensando en él de manera anárquica, incapaz de responder la pregunta que se hacía casi a diario: «¿Qué quiero hacer con mi vida?».

Madrid
Trigésimo tercer día sin nombre de una vida sin esperanza

Eran pasadas las once de la noche cuando las luces de la ambulancia irrumpieron en la sala de urgencia. Los camilleros habían entrado el cuerpo de una mujer de unos treinta años debatiéndose entre la vida y la muerte. Su cuerpo había recibido seis puñaladas, una de las cuales había atravesado los pulmones, haciendo peligrar su vida.

Laura fue testigo de las últimas palabras que expresó aquella anónima mujer con la vista nublada: «Salven a mi hija y a mi madre, por favor». Esa fue su última voluntad, el último ruego que quedó tatuado en la mente de Laura.

Murió a los pocos minutos de llegar al hospital. Los médicos que la asistieron no pudieron hacer más para salvarle la vida que todo lo que estuvo en sus manos. Laura temió haberse equivocado de profesión; los recuerdos de vida que representaban los cadáveres de formol nada tenían que ver con el horror de la muerte mirándola a los ojos fijamente. Había quedado paralizada por ellos y no escuchó el grito de la doctora que tenía a su lado pidiéndole instrumental del quirófano, ni el de la enfermera que, viendo su repentina hipnosis, le pidió que se apartara.

Al día siguiente les pidió disculpas con tal arrepentimiento que apenas tuvo fuerzas para alzar su mirada. «Al final te acostumbras», intentó consolarla una enfermera veterana con unas palabras que consiguieron desquiciarla. Ella no quería acostumbrarse, no a ese tipo de muertes provocado por las reglas de una selva donde solo la fuerza decidía quién debía o no seguir viviendo.

Cuando acabó la guardia, compró todos los diarios, sin que

ninguno de ellos tratara el suceso más allá de las iniciales de la víctima y la unidad con el que esta había incrementado la suma de víctimas por violencia de género del año. Necesitó descubrir quién era ella, cuál era el nombre que le había mostrado cómo mira la muerte de cerca, y no tardó en conseguirlo a pesar del Madrid de los cinco millones de almas. En la redacción de un diario, una periodista le facilitó el nombre que había tras las siglas editadas. Averiguó que aquella mujer se llamaba Cristina, Penélope el de la hija que había dejado huérfana, y un geriátrico, el lugar donde cuidaban a su madre. Cristina era el sustento de la familia, incluido el del verdugo que le quitó la vida y horas más tarde se entregó voluntario en una comisaría de la Guardia Civil sin más rasguño que el efímero arrepentimiento de querer seguir viviendo sin trabajar, aunque fuera dentro de una prisión.

—Dependerá de lo que alegue su abogado, supongo que de oficio, como causas atenuantes: embriaguez, enajenación mental… Toda esa mierda, ya sabes, pero cuenta que… en unos doce o trece años, a lo sumo, podría estar en la calle, si no antes si se comporta y la junta de tratamiento de la prisión le concede el tercer grado al cumplir una cuarta parte de la condena, aunque sea con permisos de fin de semana. —Esa fue la respuesta que le dio por teléfono una amiga abogada con la que había intercambiado algún que otro roce calenturiento.

Días más tarde quiso conocer a Penélope. Visitó las dependencias de la Comunidad de Madrid que se habían hecho cargo de ella. Era como si de pronto volviera a verse ella misma. Un milagro. La única vez que podría latir un corazón sobre dos edades diferentes. Penélope era Laura; ambas estaban tristes, desorientadas, preguntándose por qué esa macabra vivencia se había llevado también la alegría de su infancia.

Habló largo rato con ella, intentó ganar la confianza que necesitó para darle un beso en la frente y abrazarla con fuerza, prohibiéndose mostrar la emoción que sintió al tener entre sus brazos aquel diminuto cuerpo. Le entregó el peluche que le había comprado al despedirse de ella, le preguntó si la dejaba venir a verla a menudo para estar un rato hablando o jugando con ella y liberó toda la tensión acumulada al despedirse de los cuidadores mostrando su admiración por el quehacer de sus vidas.

Durante los siguientes días supo que aquella experiencia permanecería siempre con ella ocupando una de «las diferentes caras de la vida, tesoro».

La influencia que habían causado las mujeres que habían influido en su vida, además de su tío Pablo, estuvieron presentes cuando cogió, esta vez sin dudarlo, una hoja en blanco dispuesta a escribir en ella lo que daría sentido a su vida.

«¿Qué quiero hacer con mi vida?», fueron las palabras que empezó escribiendo en la parte superior de la inmaculada hoja. La respuesta empezó a cobrar forma entre garabatos y tachones que mudaron días más tarde mostrándose caligráficos sobre las letras y líneas de un plano de gran tamaño.

Cuando terminó de dibujar lo que definió como el proyecto de su vida, sintió una gran paz interior acompañada de un gran pánico. Ya sabía qué era lo que podía darle sentido a su vida, la misión que debía llevar a cabo para abandonar el mundo algo mejor de como lo había venido a recibirla. Ya podía empezar a sumar días en vez de restarlos como había hecho en su vida hasta entonces.

Era la primera vez en que todas «las diferentes caras de la vida, tesoro» confluían sobre un ideal estimulante y socialmente necesario. Quiso salir de su habitación y compartir su decisión con Talía, pero prefirió guardarlo en secreto, permaneciendo estirada sobre la cama, dejando que la ilusión recorriera la fantasía que iba dibujando imágenes futuras del proyecto.

Segunda Parte
Pilares de un proyecto

Laura se licenció en Medicina con la media de calificaciones más brillante de su promoción, ignorando que había emulado el mismo logro conseguido años atrás por su padre, en la Facultad de Derecho.

Regresó a San Silvestre de Guzmán con el título de licenciada aún humeante para preparar a conciencia el MIR, transformando las horas de estudio en el éxito mayúsculo con el que logró superarlo.

Y tras largas jornadas de ojeras y guardias, buscó en internet las fiestas y costumbres de un pueblo gerundense llamado Santa Coloma de Farners, un municipio que el azar voluntario había elegido como destino para iniciar su carrera de médico de familia o cabecera, como solía llamarse con frecuencia.

Su proyecto de vida ya era, por aquel entonces, algo más que un simple boceto, o la ilusión desbordada de una adolescente dispuesta a derrotar las desigualdades del mundo con un estandarte de color lila.

Laura se había convertido en la porteadora de una inteligencia suma, de proceder analítico y estudio metódico que podía hacer de ella y su vida lo que le viniera en gana. Laura era eso y poco más: una inteligencia desbordada esposada a un cuerpo de apariencia frágil dispuesta a dejar huellas de su fugaz existencia.

Los ojos de la pequeña Penélope seguían estando presentes en su pensamiento. En buena parte, eran ellos los culpables de haber arrastrado a Laura a dedicar su vida a impedir volver a contemplar la última mirada de una mujer maltratada ni la mirada perdida de una niña huérfana.

Santa Coloma de Farners
Mediados del 2014 y meses siguientes

Santa Coloma de Farners y San Silvestre de Guzmán compartían algo más que una preposición, que fue el primer pensamiento que tuvo Laura al emparejar ambos municipios. Nada más llegar, se llevó la grata sorpresa de ver que el mismo tiempo que adormecía las fachadas onubenses correteaba por las calles de la pequeña ciudad gerundense. Sus gentes, las de aquí y las de allí, no parecían enarbolar valores dispares a simple vista, ni ser muy diferentes los chismes que infectaban corrillos de vecinos. Incluso el llanto se hacía palpable también con lágrimas en los ojos y la risa se contagiaba igual de rápido en el labio de arriba que en el de abajo.

A los pocos días de llegar, descubrió que el municipio donde había ganado una plaza como médico de cabecera, después del periplo de hospitales, tenía un paseo ignorado para turistas de puntillas: el parque de San Salvador, un sendero de tierra paralelo a una ría incapaz de hacerlo camino de sirga. A Laura, recorrerlo de arriba a abajo —de la fuente de hierro hasta el balneario— le hacía recordar sus largos paseos de infancia a hombros de su padre. Tal vez por eso, aunque ella lo negara, decidió visitarlo a diario pasando revista a los centenarios plataneros que formaban filas a ambos lados.

Laura se interesó por la historia del pueblo y sus costumbres; y por el movimiento armónico que marcaba el paso del corro de sardanas; y por confirmar lo bien que sentaba, tras una comida copiosa, ingerir un chupito de ratafía —un licor elaborado a base de la maceración de frutos, hierbas y especies—; y por descubrir que la felicidad y la tristeza, además de no conocer fronteras, eran teselas de un mismo mosaico: el de la vida a cuestas.

Alquiló un piso junto a la iglesia parroquial después de hospedarse en un hotel durante las primeras semanas, provocando entre sus nuevos vecinos la alegría de contar con otro ángel de la guardia a disposición las veinticuatro horas al día. Y tras decorarlo con marcado estilo escandinavo, enmarcó con chinchetas, en una de las paredes de la habitación convertida en despacho, el proyecto que desde hacía años daba sentido a sus días, con la ilusión de verlo cada vez más real, más cercano, más dispuesto a proclamar desde la atalaya del arrojo: que los sueños se consiguen durmiendo poco.

Laura se consagró en cuerpo y alma al dicho «allí donde fueres, haz lo que vieres». Se integró rápido sin renunciar a unas raíces que adornó con nuevas vivencias. Chapurreó el catalán a los pocos meses de llegar, dejó atrás la confusión de creer que el sonido *mecha* hacía referencia a la cuerda retorcida hecha de filamentos combustibles o al piropo que creyó provocar en los labios de un hombre, recién llegada. Ahora ya sabía que *mecha* era el sonido de la palabra *médico* en catalán, como el de *mechesa* lo era de la misma profesión en género femenino.

No tardó en darse cuenta de lo poco acertados que eran algunos de los atributos que identificaban las lindes catalanas en labios de quienes nunca habían estado en ellas. Era algo parecido a lo que experimentó al llegar a Madrid, vacunada contra la horda de chulapos que, según decían, recorrían sus calles día y noche, sin que ella llegara a toparse nunca con ninguno de ellos.

Los días fueron pasando rápidos, fortalecidos sobre el proyecto que reflejaba el brillo de las chinchetas que lo mantenían firme sobre una lámina de corcho. Los primeros pasos ya estaban dados: acabar la carrera de Medicina, finalizar el período de médico residente, conseguir una plaza propia, y conocer las costumbres y gentes del fuego, tierra, agua y aire que verían hacerlo. Todo estaba programado con meticuloso detalle y el convencimiento del que abraza el timón de su vida intentando ocultarlo al destino impensable.

Santa Coloma de Farners
Octubre del 2015

Rosa y Mónica, dos profesionales del sector inmobiliario de Santa Coloma de Farners, asumen la encomienda de encontrar una vivienda que cumpla con las características que les ha solicitado la archiconocida doctora del pueblo: una casa con jardín que no precise reformas y esté por debajo del precio de mercado.

Laura, además de la casa que desea comprar para vivir en ella, necesita hacerse con una propiedad rústica para empezar a dar forma a su proyecto. Hasta la fecha, ha hecho alguna averiguación por su cuenta con el tino que requiere evitar que las lenguas aladas proclamen que la atractiva doctora de cabecera desea adquirir una masía en medio del bosque. Uno de sus pacientes le comentó, sin que viniera a cuento, que existía una masía llamada Mas Busquets a las afueras del pueblo: una casa de campo que cumplía con sus requisitos, excepto por las voces del más allá que emergían de sus paredes, catapultándola al podio de las casas más encantadas del planeta, según un programa televisivo milenario.

Mas Busquets era una casa de campo que en su apogeo se había dedicado a vender huevos de granja, leche fresca de vaca, pollos libres y conejos, cuyas diminutas colas peludas colgaban del manillar de las bicicletas BH que usaban los niños de la época. Visitarla en su estado ruinoso actual tiraba hacia atrás al más entusiasta de sus compradores, más si, como fue el caso de Laura, la visita se realizaba pasadas las diez de la noche de un frío invierno. «Demasiada inversión para una propiedad encantada», pensó regresando al coche a pasos ligeros.

Días más tarde, recibió una llamada de las chicas de la inmobiliaria anunciándole que habían encontrado algo que cumplía

sus exigencias en El Llac del Cigne (El Lago del Cisne), una urbanización a las afueras de Caldes de Malavella, un municipio gerundense a escasos quince kilómetros del centro de atención primaria donde trabajaba. Caldes de Malavella, antigua ciudad romana famosa por el agua termal que emanaba de sus entrañas, le pareció a Laura un lugar idóneo para vivir sin estar de guardia permanentemente como le ocurría en Santa Coloma. Media hora después de ver las fotos que le pasaron, no dudó en hacer una paga y señal para reservarla.

Laura llamó a Pablo aquella noche para explicar la cara blanca de su proyecto, y su tío, en un momento profesional en el que el sol lo alumbraba constantemente, no dudó en pedirle a su sobrina que se ahorrara darle explicaciones antes de pedirle el número de cuenta donde debía ingresarle el medio millón de euros que le pedía prestado, negándose a hacerlo si no aceptaba hacérselo a fondo perdido. La única condición que le puso Pablo fue la de presentarse a pasar un fin de semana en su casa de improvisto, como acostumbraba.

* * *

La carta que había enviado Laura días atrás empezaba a hacer efecto en la mente de su destinataria, erizando lo suficiente sus pensamientos como para llevarla a comprar un billete de AVE con destino a Girona.

El listado de la consulta de pacientes de Laura de un lunes por la mañana era de corte clásico aparentemente: un ochenta por dento de reincidentes y un veinte por dento de esporádicos. Nada hacía prever que la sorpresa que tanto ansiaba iba a producirse a lo largo de aquella mañana.

Aprovechando que el paciente que acaba de atender Laura había dejado la puerta abierta al salir…

—Disculpe, señorita, busco una joven médica que toma el café con cuencas de ojo —irrumpe una voz desde el dintel de la puerta de la consulta.

—Pues no busque más, porque ha dado con ella —responde Laura incorporándose sonriente al ver la figura de Talía en la puerta

de su consulta.

—¡Maldita bruja! Mírala… toda una señorita doctora —comenta sintiendo el abrazo de Laura, como si el último suceso que compartieron no hubiera existido nunca.

—¡Qué ilusión verte de nuevo, Talía! No sabes cuánto he deseado este momento —confiesa fortaleciendo el abrazo.

Laura invita a entrar con el gesto de la mano a Talía, pidiendo al siguiente paciente que la disculpe un momento.

—Te miento si digo que creo que estoy haciendo lo correcto — afirma Talía tomando asiento.

—Pero lo importante es que estás aquí, Talía. Espero que no hayas olvidado la maleta gigante que te pedí que trajeras — pregunta sentando una sonrisa de oreja a oreja junto a ella.

—No me hace falta. Ya sabes que me apaño con poca ropa.

—Sí, de eso puedo dar fe. Conseguiste contagiarme tu costumbre y ahora voy por casa siempre medio desnuda, cuando no, desnuda del todo.

—Elvira debe estar contenta. Bueno, si todavía…

—Sí, sí, todavía es mi pareja y espero que lo sea por mucho tiempo. No podemos vernos tanto como antes, pero bueno.

—Lo imagino.

—Bueno, y ¿tú cómo estás? —le pregunta cogiéndole la mano.

—Como siempre. Meditando, practicando yoga, tirando las cartas sin tener ni idea, como tú descubriste, mala bruja, y esperando que un día pique a la puerta un tío con la polla en alto para alegrarme el día. Igual que siempre, vamos.

—Eres única, Talía. ¡Y cuánto me alegro de haber podido compartir tantos años contigo!

—Aunque acabara mal, desgraciadamente.

Las miradas confluyen mostrando livianas sonrisas sobre el silencio que aparece súbitamente.

—¿Por qué me engañaste, Talía? —pregunta Laura susurrando.

Talía la mira sin responder. La pregunta ha aparecido demasiado rápido para ella, aunque intuye, a tenor del número de personas que hay en la sala de espera, que se debe más a la gestión del tiempo que a la mera impertinencia.

—¿Por qué crees que te engañé? —repite ella imitando el tono de voz.

—No habrías utilizado la palabra *momia*, como le dijiste a mi tío, si de verdad hubieras tenido a tu hija embalsamada en casa. Además… hacía tiempo que había descubierto lo que hacías en aquella habitación.

—Eres demasiado cotilla, Laura. Creo habértelo dicho ya muchas veces.

—Sí, unas cuantas. —Sonríe ella distendiendo el momento—. Y tú también, querida amiga. Fotocopiaste el plano donde empecé a diseñar mi proyecto y, no conforme con eso, te dedicaste a explicarle a mi tío lo que significaban los nombres de cada habitación.

—Indagación.

—Cotilleo.

—Advertencia.

—Metedura.

—Sigues igual o peor que antes, por lo que veo —afirma Talía rememorando viejas costumbres.

—Yo, en cambio, te veo mejor que nunca —apunta ella guiñándole un ojo.

—Sí, lo confirmo: peor que antes. Ya me di cuenta de que esa capacidad innata de quedar bien te viene de familia.

—Bueno, supongo que la genética está ahí.

—¿Por qué prescindiste de las vocales para nombrar las habitaciones?

—¿No me digas que aún sigues intrigada?

—Es posible. Todo lo demás ya fui capaz de resolverlo, aunque reconozco que he tardado tiempo en hacerlo: el once, el dos de las habitaciones excepto la tuya… Lo más fácil fue el del triple seis de tu padre. Pero que hayas utilizado solo consonantes escritas al revés no acabo de entenderlo. Y, por cierto, gracias por pensar en mí y dedicarme también una habitación.

—Lo afirmas demasiado segura, Talía, ¿no crees?

—Le pregunté a tu tío si había alguien en tu familia con las consonantes ele y te, y respondió que no. Así que no me fue difícil imaginar que LT son mis consonantes al revés.

—¿Y si te dijera que corresponden a… la ley talión?

—Habrías escrito LTL. Faltaría una ele.

Laura sonríe reconociendo la lucidez de Talía.

—El mayor error de la historia de la humanidad… la mayor masacre que ha hecho el ser humano, se identificó con dos consonantes, Talía. Mi proyecto quiero que sea todo lo contrario. Utilicé las consonantes para demostrar que las mujeres podemos hacer algo grande que esté en el extremo opuesto de aquella masacre. Algo necesario, algo impensable en parte, Talía. Por eso las escribí al revés, como bien has descubierto —confirma gesticulando afirmativamente.

»Quiero llevar a cabo un plan que pueda extenderse a cualquier rincón del mundo, donde haya una mujer necesitada, Talía. Y para ello necesito contar contigo. Sí, es cierto, una habitación lleva tu nombre y con eso ya te estoy diciendo lo importante que eres para mí. Y sé que lo sabes.

Talía aparta su mirada, dejándola descansar sobre la lámina de anatomía que hay en una de las paredes de la consulta.

—Un día encontré en el salón una hoja que habías doblado varias veces —comenta haciendo caso omiso a la pregunta—. Supuse que ibas a tirarla cuando se te debió caer y apareció debajo de uno de los sofás del salón. No debí leerla, pero lo hice. En ella aparecía tachada decenas de veces la palabra *psiquiatra*. Pensé que estabas pasándolo mal. Que no tenías claro a qué querías dedicarte. Imaginé que era como si unas voces te empujasen a hacer lo que en realidad no querías. Por eso intenté ayudarte.

—¿Diciéndome que tenías a tu hija embalsamada en la habitación, pensabas ayudarme?

—Mostrándote la locura que cometió una mujer, como la de cientos que habrías tenido que lidiar de haberte dedicado a la psiquiatría.

—De ser esa tu intención, debería agradecértelo entonces, aunque hubiera preferido que lo hubieras hecho de otra forma, algo más sencilla, la verdad.

—Laura, me sinceré contigo porque no hace falta fingir una locura cuando ya la has hecho. Por eso lo hice. No puedes imaginarte lo duro que es perder a una hija.

—Y tú tampoco —responde impulsivamente—. Perdona, Talía, no quería decir eso. Te pido disculpas, no me he expresado bien. Lo siento, lo siento… —Talía la mira fijamente antes de levantarse lentamente en dirección a la puerta—. Sé que necesitas superar la

muerte de tu hija, Talía, como yo necesito superar que mi padre me haya ignorado siempre. Pero si te marchas, no podré explicarte por qué te invité a venir a verme. Lo siento, Talía, no he estado acertada en el comentario. No debí decir eso —confiesa intentando detener sus pasos sin éxito.

Talía salió de la consulta sin despedirse de Laura.

No le fue nada fácil a Laura prestar la atención que merecían los pacientes que atendió tras la visita de Talía, a pesar de poner su empeño en ello.

Al acabar las consultas, permaneció un rato encerrada en su consulta recriminándose el poco acierto que había tenido al elegir sus palabras. Esa impulsividad que la llevaba en ciertas ocasiones a hablar antes de pensar le había traído más de un disgusto. Necesitaba contar con Talía, no podía prescindir de la persona a quien reservaba el papel de concertino de su orquesta. Elvira era una buena chica, pero carecía de los redaños que requería el encargo, sobre todo cuando se presentasen algunos de los finales inciertos que conllevaba llevar a cabo el proyecto.

Talía la esperaba a la salida del ambulatorio sentada en uno de los bancos que miraban la puerta de entrada del centro de atención primaria. Laura le había dicho la verdad, a pesar de haber estado poco acertada en las formas. Ni Talía era su hija biológica ni había conseguido superar su pérdida. Ni siquiera había sido aún capaz de desvestir el velo aristócrata que cubría al asesino de su madre. A lo largo de su vida había decidido afrontar los problemas con una mente ebria o nublada, comprobando impotente que regresaban con más fuerza cuando volvía a estar serena.

Laura se abalanzó sobre ella al verla sentada en el banco con la mirada humedecida:

—No quise decir eso, Talía. Lo siento, lo siento… —suplica acercándose a ella para abrazarla—. Sé que fuiste la mejor madre que tu hija pudo tener. No te harías llamar así de no haberlo sido. Pero también sé que debes superarlo y que podemos hacerlo juntas. Quiero hacer algo grande, Talía, algo necesario en esta sociedad machista de mierda, algo que no podré hacer sin ti —confiesa ralentizando las palabras emocionada—. Por eso te pido que me dejes explicarte para qué te he hecho venir. Y si después decides marchar, lo comprenderé perfectamente —concluye separando su

cuerpo.

Talía la mira intentando descubrir qué esconde la fragilidad de una joven mujer con puñales en los ojos. Si pudiera desplazar su vida por la línea del tiempo, tal vez regresaría al momento en el que atendió la llamada de Elena para decirle que la habitación que quería para su hija ya estaba ocupada, o tal vez no lo haría, sabiendo que aquella joven provinciana que fue capaz de sacarla de sus casillas desde el primer día parecía dispuesta a continuar haciéndolo. ¿Y no es eso lo que en el fondo desea? ¿No es eso lo que necesita para despedir el letargo de una vida consumida en una efigie masturbadora?

—Y si lo que me quieres contar, supongamos, me convence, entonces…

—Entonces —la interrumpe Laura— escribiré una barra entre el 2 y la L de tu habitación para que la memoria de tu hija también esté presente.

—Veinticinco, claro. Jugando con números romanos.

—Sí, un veinticinco único, como eres tú y tu hija.

—Qué mala bruja puedes llegar a ser cuando te lo propones —comenta destensando la escena. Invítame a comer algo, doctora, que estoy muerta de hambre, y deja de hacerme la pelota.

* * *

Elvira aceptó la propuesta de Laura días más tarde. La idea de encargarse de sanar pacientes en una futura consulta compartida parecía pincelar una relación más seria que el esbozo que las había unido hasta el presente, sobre todo si compartir local conllevaba el hecho de vivir juntas, como ella hacía tiempo que deseaba. Laura siempre conseguía de Elvira todo lo que se proponía, aunque para ello tuviera que llevarla hasta el séptimo cielo, cediéndole el rol de ser la atractiva fémina de una relación lésbica.

Laura fue a recibirla en la estación del AVE de Girona. La invitó a comer al restaurante La Avellaneda, uno de los restaurantes que frecuentaba, seleccionando una mesa con la suficiente intimidad para poder explicarle a grandes rasgos su proyecto.

Elvira notaba cómo aumentaban sus pulsaciones a medida que

Laura le explicaba un plan que terminó por robarle el habla. El cometido que le proponía Laura no permitía aceptar con un sí a ciegas o un sí de puntillas, sino con un sí de mármol soportado por arenas movedizas.

Después de comer, intentando equilibrar el estado de *shock* en el que la había dejado, propuso a Elvira visitar el centro de Girona para mostrarle algunas de las mejores calles para abrir una futura consulta clínica. En la calle de la Creu encontraron un local de grandes cristaleras con un cartel de alquiler en una de ellas. Las persianas metálicas que lo protegían permitían percibir desde el exterior el número de metros cuadrados suficientes para albergar un diván y una camilla. Elvira soñaba con tener algún día su propia consulta, y Laura lo sabía y se aprovechaba de ello.

—¿Cómo está por aquí el precio de alquiler?

—No vivirías de alquiler.

—¿Ah, no?

—No —afirma Laura sin titubeos.

—¿Y dónde viviría si puede saberse?

—Si llega el momento, te lo diré. Ahora no puedo. Bueno, sí podría, pero luego tendría que matarte —comenta dándole un beso en los labios, deteniendo sus pasos.

—Así prefiero que no lo hagas.

—Elvira, me gustaría que entendieras que hay más allá de lo que te estoy proponiendo. Necesito, de hecho, que lo comprendas —le anuncia reanudando sus pasos.

—Claro que lo entiendo. Pero me das miedo, Laura, cuando te pones tan seria.

—No pretendo hacerlo, ni mucho menos, pero sí dejar claro que eres libre para involucrarte o no. Aunque… también creo que, si decides no hacerlo, quizá… no tendría mucho sentido continuar con nuestra relación, al menos de momento. No sería fácil para mí. Es lo más importante que voy a hacer en mi vida y me gustaría compartirlo con la persona que amo.

Elvira aparta la vista de Laura. Sostener su mirada no le es fácil cuando lanza un ultimátum con labios de seda.

—¿Y el catalán? Aquí todo el mundo habla catalán y yo no tengo ni idea, tía.

—Y todo el mundo entiende y sabe hablar castellano. Eso no

debería preocuparte, aunque no te negaré que deberías aprenderlo. Vivir en Girona te ayudará a aprenderlo rápido, no te preocupes. Estás en la provincia ideal para ello. En poco tiempo estarás chapurreándolo.

—¿Tú ya lo hablas del todo bien?

—*I tant que el parlo, nena. No es gens difícil fer-ho* (Y tanto que lo hablo, nena. No es nada difícil hacerlo) —responde con acento catalán de pura cepa.

—Bueno, pues… tendré que ponerme las pilas.

—¿Eso es un sí? Más bien parece un sí a medias. Y no me gusta pensar que lamo el coño a una mujer de medias palabras.

—A veces puedes llegar a ser tan vulgar que no sé cómo sigo contigo.

—Porque te pongo cachonda, cariño —afirma volviendo a detener sus pasos.

—Serás guarra, tía… Si te escucharan tus pacientes… —Laura le da otro beso en los labios—. Sí, está bien. Cuenta conmigo. Pero… si sale mal… te aseguro que no te lo perdonaré en la vida.

—Ni yo misma podría hacerlo. Pero no saldrá mal. De eso estoy segura —afirma besándola con más pasión—. He reservado una habitación en el hotel Carlemany. Está a pocos metros de aquí —le susurra al oído humedeciéndolo suavemente con la lengua.

—Así que ya dabas por hecho que te diría que sí.

—Yo no he dicho eso, cariño. Solo he dicho que he reservado una habitación. Pensé que te iría bien estirarte un rato antes de ir a cenar. Debes estar cansada del viaje. Pero… si quieres, te acompaño a la habitación, no sea que el ascensor tenga los números escritos en catalán y no los entiendas —murmulla con pupilas de libido, reanudando sus pasos.

Palma de Mallorca
Noviembre del 2015

En las islas el tiempo se alarga como en los pueblos los días; a su aire, al antojo de un sol y de una luna poco prestos a encorsetarse más allá de la claridad presente u oculta. Incluso las distancias se calibran más por percepciones que por unidades de medida. Quien ha dormido alguna vez en ellas, lo intuye; quien ha vivido en ellas, lo sabe.

Pero ni siquiera ese tiempo anárquico ni esas ácratas distancias son capaces de liberar la envidia o los celos de las coordenadas de espacio y tiempo. Quien las ha sufrido, lo sabe; quien las hace vivir, lo intuye.

Los hermanos Pons —además gemelos idénticos—, a pesar de lidiar con las arrugas de los cuarenta, son los herederos de la principal cadena de hoteles de Palma de Mallorca. Ambos trabajaban en el edificio de las oficinas centrales sito en Ses Avingudes, ambos disponen de coches de alta gama, ambos de secretaria personal 24/365, ambos fondean veleros de larga eslora que amarran en el mismo puerto, ambos entran y salen de casas de idénticos planos con vistas al mar en Son Vida, y ambos, incluso, despiertan su libido con la misma mujer: uno yaciendo con ella de vez en cuando y el otro masturbándose con frecuencia pensando en ella sin apenas percibir el rostro de la prostituta que calma sus penas. Y ese, junto a otros cientos, pero sobre todo ese, es el único problema entre ellos.

Los celos que un hermano había demostrado desde pequeño se habían disimulado con elegancia por el resto de la familia, llegándolos a negar cuando disimularlos era poco más que imposible y tildarlos de cosas de niños traspasaba los límites

razonables del popular dicho.

En aquella familia, como en tantas acaudaladas, los problemas que el dinero no repara se esconden en la ceguera de la ignorancia, esperando verlos desaparecer por arte de magia.

Para Rafa, tener un hermano gemelo era como tener siempre a disposición un compañero de juegos. Para Miquel, en cambio, suponía una pérdida de identidad que nunca había aceptado de buen agrado. Era como si para poder ser él y solo él necesitara contar con la mitad del otro, como si el espejo reflejara siempre la mitad del cuerpo y el soplo del pastel de aniversario solo apagara la mitad de las velas.

Enamorarse de la misma mujer que su hermano y que ella se enamorase solo de uno de ellos, siendo gotas de agua, era algo que Miquel no había superado y que el tiempo, más allá de mitigar, azuzaba incesante mostrándole un catálogo de pensamientos cada vez más siniestro. Y los pensamientos, como las gotas de agua, cristalizan con el tiempo; unas como estalagmitas o estalactitas, otros como objetivos o proyectos.

La personalidad que definía a cada gemelo se unía al doblar por la mitad la línea de los caracteres al ser de extremos opuestos. Rafa era un bonachón que había nacido con el culo floreado y una sonrisa tatuada que lucía candorosa una inteligencia respetable. Miquel, por su parte, era una copia del abuelo que había comprado en ruinas una primera pensión, con la intención de convertirla en la vergüenza de una futura cadena de hoteles, más que en su buque insignia. Todo era válido para el *pater* de *pater* si permitía hacer realidad su sueño, nada podía apartarlo de ello, ni siquiera la temprana muerte de un hijo único durante una carrera de la Porsche Supercup, en la que se marchó de esta vida con los deberes hechos: perpetuar el apellido paterno con dos hijos gemelos de tres años.

Rafa y Miquel crecieron teniendo a su alcance todo lo que desearon con solo pensarlo. El abuelo estaba demasiado atareado para asumir el rol paterno que había quedado desierto, limitándose a no escatimar en gastos para compensar la orfandad masculina ausente. Rafa se aprovechó de ello para entender que podía disponer de una vida de veinticuatro quilates, a pesar de llegar a incomodarse cuando puntualmente decidía utilizarlos todos,

mientras Miquel convertía la educación familiar recibida en el pilar de su carácter. El *no* era para él una palabra desconocida salvo cuando la utilizaba en beneficio propio.

La cercanía de la muerte del abuelo empezaba a rondar por la familia tras los últimos achaques que habían requerido hospitalizaciones más largas. La idea del traspaso del fundador hotelero se abría paso en la mente de Miquel con una retahíla de macabros deseos que, a base de ir familiarizándose con ellos, perdían la vileza del inicio. Cada día que pasaba le suponía un esfuerzo mayor el aceptar ser la mitad de algo. Un algo que consideraba incapacitado, tanto para hacer el amor a la hembra que él deseaba como para ayudarlo a convertir una gran empresa mallorquina en una de referencia europea. La paciencia con la que había intentado pechar con la fotocopia mal hecha durante tantos años empezaba a virar hacia el arrojo que requería convertir el deseo en acto, con el cuidado que requería una moral mayólica.

Miquel estaba dotado de una inteligencia bastante menor del oropel que lo arropaba y algo mayor de la que mostraba una oratoria que hacía aguas con frecuencia, llevándolo a utilizar el comodín del puñetazo en la mesa cuando las palabras se negaban a enlazar con fluidez en sus labios. Ser idéntico a otro ser humano, además de ser la peor desgracia posible, debía tener alguna ventaja, y estaba dispuesto a hacer cuanto fuera necesario para descubrirla. Y más ahora, que el tiempo que sumaba segundos en su vida los iba restando de la vida del fundador hotelero.

Según el pronóstico del médico que trataba al empresario, Miquel disponía de un año mal contado para conseguir que el abuelo modificara sus últimas voluntades en favor de uno de sus nietos. El mínimo desliz podía llevarlo, de descubrir sus intenciones, a desaparecer del legado, sirviendo a su hermano todo lo que aspiraba robarle. No podía confiar en nadie más que en él y en una mente dispuesta a camuflar oasis de desiertos.

Meses más tarde, un conocido le facilitó el contacto que necesitaba para iniciar el plan que había urdido con la perfección del Arca. El sicario, con el que nunca llegó a coincidir personalmente, se hacía llamar entre sus clientes y allegados con el gentilicio de Cuba. La estrategia requería conocer únicamente la voz del Cubano para evitar cualquier imagen que pudiese

comprometerlo.

Santa Coloma de Farners
Noviembre del 2015

«Tres pilares son suficientes para levantar una estructura, pero cuatro la hacen más sólida», esa fue la respuesta que dio Laura a Talía cuando esta le aconsejó involucrar en el proyecto al menor número de mujeres posible.

Ya eran tres: Laura, Talía y Elvira; pero Laura necesita tener una cuarta a pesar de tener en cuenta el consejo de Talía.

La cuarta debía cumplir con el perfil de jurista: saber de leyes, pasear por los juzgados como el que anda por casa y poder entrar y salir de la cárcel sin necesidad de indulto ni condena. Y para ese cometido, Laura ya tiene nombre y apellido: Ester Domínguez, una amiga abogada que ronda los treinta con cuerpo de muñeca. Laura la conoce bien gracias a que la inclinación bisexual de Ester le permite regalarse algún que otro escarceo amoroso a espaldas de Elvira. Y es el brillo que desprenden ambas cuando yace con ellas lo único que le hace dudar de involucrarlas en un mismo proyecto. Pero no hay más candidatas juristas de confianza capaces de cubrir la parte legal que el proyecto necesita.

Si Ester acepta formar parte, el círculo habrá sido completado. Laura ya podrá contar con alguien capaz de paliar las lagunas del sistema judicial (Ester), con alguien capaz de interpretar emociones de víctimas y verdugos (Elvira), con alguien capaz de imponer un no entre síes sin alterarle el pulso (Talía) y con alguien capaz de idear lo impensable y hacerlo posible (Laura).

Laura las citó a todas una mañana de sábado en la estación del AVE de Girona. Las tres habían venido en el mismo tren sin conocerse, queriendo la casualidad que Ester y Elvira compartieran fila de asientos y el silencio ensimismado que mantuvieron durante

el trayecto; una haciendo ver que leía y la otra intentando retener el paisaje que mostraba una diminuta ventana a más de doscientos kilómetros por hora.

Laura las fue recibiendo una a una con una sonrisa que iba más allá de la alegría del encuentro.

—¡Qué casualidad! Eres la chica con la que venía sentada —dice sorprendida Ester mirando a Elvira cuando se la presenta Laura.

—¿Habéis coincidido? —pregunta Laura arqueando las cejas.

—Hemos compartido fila de asientos —responde Elvira.

—Son los astros, Laura —interviene Talía mientras Ester afirma gesticulando y Laura piensa: «Si supieran que me tiro a las dos, no les haría gracia a ninguna de ellas».

—Podríamos haber aprovechado el viaje para conocernos un poco —comenta Ester mirando a Elvira.

—Desde luego. De haberlo sabido…

—Bueno, pues ahora que ya os he presentado, aunque veo que casi no hacía falta, os propongo empezar un fin de semana intenso. ¡A la furgoneta! —propone señalándola con el dedo—. Pararé un momento a recoger la comida que he encargado y ya podremos ir a mi casa. Solo quiero recordaros lo que ya os comenté: apagad vuestros móviles antes de entregármelos. Mañana os los devolveré, no os preocupéis.

—Chica prevenida —apunta la abogada.

—Que no desconfiada —responde Laura.

—Vaya furgoneta más chula, ¿no? —comenta Ester acercándose a ella.

—Un regalo de mi tío. Tenía un biplaza descapotable, pero necesitaba algo grande y práctico y decidí cambiarlo por una furgoneta. Es más sexi, ¿no os parece? —pregunta posando junto a ella.

—Yo también quiero un tío así —comenta Ester.

—¿Sabes quién es su tío? —pregunta Elvira.

—Ni puta idea. ¿Debería? —responde Ester.

—Nos va a ir bien compartir un fin de semana a todas —comenta Laura abriendo una Viano de lunas tintadas—. Chicas, entrad y poneos cómodas, que empieza la marcha.

—Tengo la sensación de ser el negro del Equipo A en estos momentos —comenta Talía accediendo al asiento del copiloto.

—¿El equipo A? —pregunta Laura.

—Déjalo, era una serie que daban por la tele en la Edad Media —responde Talía.

—Ya será menos, mi jovencita bruja —dice Laura golpeándole cariñosamente la pierna.

El fin de semana sirvió para conocerse entre ellas y descubrir las pinceladas de un «plan de reclamo social muy urgente», como lo definió Laura. Sus explicaciones fueron mostrando el qué y el cómo del proyecto ideado, sin llegar a mostrar los detalles que requería el sí previo de ellas ni ocultar la asunción de riesgos que comportaba a pesar del eslogan «todo bajo control» que estuvo presente subliminalmente durante toda la exposición.

Al finalizar la presentación y la retahíla de preguntas que Laura respondió sin mostrar del todo sus cartas, las tres seleccionadas no tuvieron dudas de que la joven idealista de mirada de acero solo aceptaría un sí o un no por respuesta. Cualquier opción intermedia había sido desechada *ipso facto* por sus ojos o un tono agrio de voz que no invitaba a seguir insistiendo.

El domingo por la mañana, Laura se dedicó a enseñarles los parajes más emblemáticos de Santa Coloma de Farners: el parque de Sant Salvador, el castillo y la ermita de Farners, la iglesia de San Salvador, la casa donde nacieron los escritores Salvador Espriu y Joan Vinyoli, y la tienda de la fábrica de Galletas Trias, donde decidió obsequiarlas con un dulce recuerdo.

A mediodía las invitó a comer en uno de los restaurantes que frecuentaba de la urbanización Santa Coloma Residencial, un remanso de paz a escasos kilómetros del pueblo. Digirieron la comida paseando por sus calles, deteniéndose a compartir anécdotas sentadas en los bancos de la Font de l'Alemany (Fuente del Alemán) y, pasadas las siete de la tarde, Laura las llevó de regreso a la estación del AVE, devolviendo a cada una su móvil al llegar.

Al despedirlas, volvió a repetirles que no se precipitaran en darle una respuesta y que consumieran, si hacía falta, el mes que les

había propuesto para pensarlo con calma.

Elvira ya se lo había afirmado con el brillo *in crescendo* que mostraban sus ojos a medida que Laura había ido explicando su sorprendente proyecto el día anterior. Y se lo confirmó del todo cuando, pasadas las dos de la noche anterior, dejó el sofá cama en el que intentaba conciliar el sueño para entrar sigilosamente en la habitación que por un momento dudó si era la de Laura o en laque dormía Ester, importándole poco mostrar su desnudez a cualquiera que quisiera aprovecharse de ella.

Talía quiso tomárselo con más calma. Su encomienda le comportaba regresar de nuevo a tierras catalanas, abandonando su mausoleo de la calle Luisa Fernanda. El alquiler que podía obtener de la vivienda, que era el sueldo que le había propuesto Laura ofreciéndole vivienda con gastos pagados en la masía que albergaría el proyecto, era algo tentador, pero no tanto como el cosquilleo que sentía de formar parte de un plan feminista de alas rebeldes y anárquicas capaz de llevarla más allá del tono menor que musicalizaba su vida hasta entonces.

Sí, decir sí conllevaba aceptar riesgos evidentes por más que Laura intentara maquillarlos. Riesgos, en parte, aún mayores para ella al disponer de menos años para pagar errores, a diferencia de las componentes del resto de la banda, pero empezaba a estar harta de despedir a la monotonía por la noche para abrirle la puerta al día siguiente. La lejanía de una muerte cada vez más cercana le hizo ver que, con su actual *modus vivendi*, el legado más importante que dejaría en Tierra de locos sería una estatua desnuda de cuerpo presente masturbándose con la mano que no sujetaba la careta que escondía su vida.

Pasadas dos semanas, llamó a Laura para decirle «sí, quiero».

Ester apuró hasta los últimos días. Estuvo tentada de pedir la opinión de una colega abogada con la que compartía bufete y amistad, pero dejó en conato el intento. No quería quemar una de sus mejores fuentes, en caso de decantarse por el sí, tratándose de una abogada penalista acostumbrada a tratar con lo mejorcito de la sociedad de mentes sucias y cuello blanco.

Él no que porteaba en la comisura de sus labios durante el

trayecto en AVE Girona-Madrid y que consiguió retener en ellos durante los primeros días fue diluyéndose a medida que un sí le recordaba haber sido víctima de abusos por partida doble: por parte de su padre biológico primero, y por parte del padre de las monjas del colegio donde había cursado EGB.

El día que decidió sincerarse con el padre sotana, explicándole que el del apellido abusaba de ella, no fue consciente de estar entregándole en bandeja la coartada perfecta para hacer lo mismo con ella. Nadie creería a una niña que afirmaba ser violada por dos padres a la vez, a pesar de despertar tentaciones con un cuerpo de mujer antes de tiempo.

—Sí —le confirmó a Laura por teléfono sin añadir más palabras, aprovechando el pequeño receso de una vista oral.

Cinco sábados después del primer encuentro, Laura volvió a hacer el mismo recorrido con la Viano de lunas tintadas. Aparcó en doble fila frente a la estación del AVE, vio como salían juntas las otras tres miembros del equipo, notó una agradable sensación de ser la causante de la amistad que parecía estar fraguando entre ellas, las abrazó efusivamente y formó parte del grupo de locas desmadradas que en medio de la plaza de la estación empezaron a gritar «¡sí se puede!, ¡sí se puede!, ¡sí se puede!», dando saltos como alumnas ebrias de un curso de sardanas.

Y cuando las risas recobraron el tino, Laura abrió las puertas de la furgoneta en dirección a la casa rural que había alquilado para el fin de semana.

Tras la comida, empezó a explicarles con sumo detalle toda y cada una de las imágenes del PowerPoint que proyectaba en la pared. La exposición empezó con las tareas que debían llevar todas a cabo en común antes de mostrar las que correspondían a cada una individualmente. Entre las primeras, sorprendió el lenguaje encriptado que había ideado para comunicarse entre ellas utilizando tres grupos diferentes de WhatsApp (con miembros no pertenecientes a la banda en cada uno de ellos para despistar); y entre las segundas actividades a realizar, causó cierta sorpresa que

Elvira debiera acudir a una comisaría denunciando que se había quedado sin DNI al haberle robado el bolso, como fingiría también Laura en la comisaría de los Mossos d'Esquadra de Santa Coloma de Farners, para renovarlo ambas con el mismo peinado, perfilado de labios e idéntico maquillaje de pigmentación en el rostro.

Cualquier detalle parecía haber estado presente, en un momento u otro, en la previsora mente de Laura, apresándolo con una chincheta de tarea ya realizada o pendiente.

—¿Y qué quieres conseguir con ello? —pregunta Elvira mirando a Laura aún con la risa iluminando sus ojos.

—Que exista un rostro idéntico con dos nombres distintos.

—¿Para qué?

—Para que yo pueda ser Elvira y tu Laura cada vez que me interese.

—Doble personalidad —dice Elvira.

—No, doble identidad con su personalidad correspondiente —responde Laura sonriendo.

Talía conocía lo suficientemente a Laura para intuir que durante aquel fin de semana no habría ninguna excursión turística ni demasiados tiempos muertos a pesar de poder formar un grupo llamado las Meonas. Así que decidió ponerse cómoda quitándose el sujetador, provocando la risa pronunciada de Laura al ver que Ester y Elvira decidían hacer lo mismo, dejándole a ella el papel de puritana del grupo.

—Talía tiene está peculiar forma de ponerse cómoda. Y me encanta que sea así —comenta Laura mirando a Ester y Elvira.

—Si vamos a estar juntas en esta locura, debemos conocernos lo mejor posible —comenta Talía—. En casa siempre voy desnuda. Hoy de momento no me quitaré la blusa, pero mañana no os asustéis cuando me veáis desnuda ni me digáis cosas guarras, que me pongo cachonda de seguida y no respondo de mis actos.

—Me parece fantástico que seas nudista —responde Elvira—. Yo siempre he querido serlo, pero reconozco que hasta hoy me había faltado coraje —confiesa quedándose en *topless* ante la mirada de sorpresa del resto.

—Menos mal que te ha faltado coraje, guapa —apostilla Ester fijándose lascivamente en sus perfilados pechos.

—Veo que voy a tener que apagar la calefacción, además de

redactar unas reglas de convivencia —comenta Laura sonriendo.

—Súbela un poco más y déjate llevar —tercia Ester mostrando una picara sonrisa al resto—. Bueno, como veo que se trata de seguir mostrando nuestra intimidad, os aviso de que tengo una risa muy peculiar. De pequeña lo pasaba muy mal. Me llevaron al logopeda para que aprendiera a reír como una niña normal.

—¿Tan mal ríes, reina? —pregunta Talía.

—Espero que tardes en darte cuenta. Recuerdo un día del año pasado… madre mía, qué mal lo pasé. Fue horrible, el juez estornudó apenas iniciada la fase de alegaciones y se sonó, sin darse cuenta de que se dejó un moco, ¡pero vaya pedazo de moco!, enganchado en la frente. Era un moco verde y asqueroso.

—Qué asco, tía —comenta Elvira.

—Todos los que estábamos intentamos no fijarnos mucho, pero el tío al que estábamos juzgando va y lo interrumpe para pedirle que hiciera el favor de quitarse el moco que tenía en la cara porque daba asco verlo y le estaba levantando el estómago.

»El juez casi lo mata, pero luego nos pegó un sermón a la fiscal y a mí en su despacho, por no haber sido capaz de avisarle, que nos dejó tiesas. Mira, intenté controlarme tanto como pude, pero acabé desternillándome en su cara al verlo tan fuera de sí. Tuve que salir de la sala a que me diera el aire.

—Qué bueno debió ser. Ya me imagino la escena —comenta Elvira mirando al resto—. A mí me ocurre algo parecido con los estornudos. Los hago muy exagerados y me fastidia estornudar así, pero no puedo evitarlo. Sobre todo cuando estoy en la consulta con un paciente. Quedo fatal. Igual acabo de vomitarle una filosofada y… ¡achúúús!, lo envío todo a la mierda. Siempre he sentido una gran envidia por las mujeres que tienen estornudos de Nancy. Por eso procuro alejar de mí todo lo que pueda hacerme estornudar.

—Suerte que eres psicóloga —apostilla Talía.

—Somos las que estamos peor, aunque intentamos que no se nos note mucho.

—Pues ya que estamos puestas, que sepáis que yo ronco un poco —comenta Talía mirando a Laura al pronunciar el adverbio.

—¿Un poco? No, Talía, no. Tú no roncas, cariño, tú haces controles de estabilidad de las paredes de la habitación —apostilla Laura sonriente—. Y hablo con conocimiento de causa, que hemos

vivido unos cuantos años juntas.

—Nena, qué mal que ronques tan fuerte, ¿no? —tercia Ester mirando a Talía.

—Vaaaa, no le hagas caso, que es muy exagerada —responde Talía gesticulando con la mano—. ¿Y tú qué, princesita intelectual, tú no nos vas a compartir nada? —pregunta mirando a Laura.

—Hubiera preferido no tener que hacerlo, pero bueno, si insistís… Ya que parece que os ha dado a todas, no sé a santo de qué, explicar intimidades, pues vale, os cuento una mía. Solo espero que no os asustéis. Es algo que ya forma parte del pasado —comenta Laura enseriando el rostro y el tono de voz.

»Soy sonámbula. Me levanto algunas noches y puedo conversar como si estuviera despierta. El problema no es ese, hablar dormida quiero decir, sino lo que puedo llegar a hacer en ese estado. Bueno… de hecho, lo que hice en una ocasión —confiesa con voz quebrada—. Mi madre decidió encerrarme por las noches después de matarlo. Esto ni siquiera quise explicártelo nunca a ti, Talía, para que no durmieras intranquila.

Silencio entre ojos que se miran sin detener su mirada sobre ninguno de ellos.

—¿De matar a quién, nena? —pregunta Ester algo asustada.

—Al perro que tuvimos en casa.

—¡Coño! —suspira Elvira aliviada.

—Sí, y mira que lo quería con toda mi alma.

—Menos mal, ¿eh, cariño? —Puntualiza alegre Talía, barruntando la intención de Laura.

—Por desgracia —continua Laura concediéndose un breve silencio— aquella noche me levanté sonámbula y… —Resguarda su mirada— aprovechando que dormía, le corté el cuello en redondo a mi querido perro —afirma sollozando.

»Mi madre se enteró al despertarme al día siguiente y ver la cabeza decapitada del perro sobre la alfombra de su habitación. El grito que dio me despertó de un sobresalto. Aún recuerdo como si fuera ahora las sábanas llenas de sangre y la cara de espanto de mi madre. —Elvira mira a Ester arqueando las cejas—. Dejé huellas de sangre por toda la habitación de mis padres. Mi madre tuvo tanto miedo que decidió encerrarme por las noches. Pero… chicas, disculpadme, de verdad, no debería habéroslo explicado. Es algo

pasado que intento olvidar. No debería habéroslo explicado. Pero quedaos tranquilas, que el sonambulismo desaparece con la edad, generalmente —puntualiza con voz rota abdicando el rostro.

—No me lo habías explicado nunca, Laura —comenta Elvira con actitud terapeuta—. Pero no te preocupes, cariño, podemos superarlo juntas.

—Sois las primeras personas que lo sabéis, además de mi familia —confiesa tapándose la cara con las manos.

Elvira se acerca a abrazarla. Un silencio largo intenta convertirse en preámbulo de una conversación mundana.

—¡Qué inocentes sois! Y os lo habíais creído —afirma Laura mostrando una sonrisa de oreja a oreja, separándose de Elvira.

—¡Qué cabrona eres! —comenta Elvira negando con la cabeza.

—Tía, es que cuando pones esa voz y esa cara tan seria… es imposible no creerte —apunta Ester—. Deberías ser actriz y no médica. Yo ya estaba pensando una excusa para largarme. Te aseguro que ni loca me habría quedado a dormir aquí.

—Ni yo, desde luego —dice Talía.

—En fin… ¿Qué os parece si seguimos ahondando en los detalles y dejamos para más tarde nuestras miserias? —propone Laura sonriendo.

—Necesario —responde Talía acompañada del sí gestual de Ester.

—Sí, sí, por favor. Centrémonos en lo importante. Y mejor que no vuelvas a explicarnos nada personal, Laura, no hace falta —propone Elvira mirando a Laura.

—Como ya os comenté hace ahora un mes —reanuda la explicación Laura—, mi propósito no deja de ser algo bastante sencillo a primera vista: allí donde no llegue la justicia, llegaremos nosotras. Mi intención es centrarme en los cabrones reincidentes, principalmente, aunque mi ilusión sería ir más allá con el tiempo.

—Ambición no te falta —comenta Ester.

—Cada una —continúa Laura pasando por alto el comentario— tenemos una red de clientes, pacientes, colegas, amistades… que debemos saber aprovechar de forma sumamente discreta. No podemos permitirnos ningún paso en falso. Todo lo que decidáis debéis comentármelo primero antes de llevarlo a cabo. No pretendo convertirme en un cuello de botella, pero necesito estar al corriente

de cualquier paso que demos. La mayoría de las decisiones la tomaremos de común acuerdo.

—Yo ya tengo un candidato, Laura —anuncia Ester—, el padre que abusaba de mí en el colegio aún vive y sabría dónde encontrarlo.

—No me sirve, y perdona que sea así de tajante, Ester, pero eso sería venganza. Tu vida no corre peligro ahora mismo, ¿verdad?, pero esta noche habrá mujeres que se irán a dormir con un verdugo en la cama y no podrán pegar ojo en el mejor de los casos; y en el peor, le pasará como a la mujer que murió ante mí con seis puñaladas en el cuerpo. Fue ella, en gran parte, quien provocó que hoy estemos aquí. Ella y el desgraciado de mi padre, como ya sabéis.

—Tienes razón —asiente Ester, pensando que Laura habría sido una excelente abogada de haberse dedicado al derecho.

—Me doy un año y poco más para conseguir la casa que necesitamos —continúa Laura—. Serás tú, Elvira, haciéndote pasar por mí, la que buscará por inmobiliarias de la zona una masía grande con bastante terreno o hectáreas, como lo llaman aquí. Utilizarás mi identidad porque seré yo quien haga la transferencia, pero no puedo permitirme que sepan que la masía es mía. Girona es una ciudad en la que es fácil pasar desapercibido si estás de paso, pero se convierte en un pueblo de cotillas si por lo que sea te conocen, como es mi caso. Es fácil tener conocidos en común, y más a mí, que cada día me conoce más gente.

—Por eso lo del DNI —concluye Elvira.

—Entre otras cosas —asiente Laura—. Siempre que acceda a ver cómo transcurre la reforma de la masía, acudiré con una peluca rubia y una identidad falsa que será la tuya.

—Menos mal que no te tengo de paciente —comenta Elvira.

—No lo digas muy fuerte.

—Y Laura, una vez dispongamos de la masía y tengamos algún candidato, ¿cómo piensas traerlo hasta la casa?, ¿usando burundanga? —pregunta Talía con un tono mordaz que refleja el rostro ceñudo de Laura.

—Lo decidiremos en cada caso en particular —responde toscamente—. Haremos lo que haga falta, Talía. Si hay que utilizar burundanga, escopolamina, benzodiacepina o un despampanante

escote, lo haremos. Hay que estar dispuestas a todo. Y cuando digo a todo, me refiero a todo —repite barriéndolas con la mirada.

—Vamos, a chupar pollas si hace falta —tercia Ester.

Laura mira hierática a Ester, ocultando si el acero de sus ojos reafirma su comentario o reprende su impertinencia.

—Los traeremos anestesiados, por eso no debéis preocuparos —continúa Laura porfiada—. Y una vez estén dentro, como podéis ver en el plano, no habrá escapatoria posible.

»Comerán una vez al día; de eso te encargarás tú, Talía. Bajo ningún concepto se abrirán las puertas de las habitaciones. No saldrán nunca de ellas si no es con los pies por delante. Solo sabré yo el código de cada una de las habitaciones. He decidido que sea así para evitar tentaciones y que podáis estar más tranquilas, y… viendo lo que ha dicho Ester, también para evitar tentaciones, aunque eso reconozco que se me había pasado por alto —apostilla sonriente suavizando el instante—. Luego será cuestión de esperar.

—¿Esperar a qué? —pregunta Talía.

—A que decidan quitarse la vida —responde Laura con ojos de sable.

—¿Ellos mismos? —pregunta Talía arqueando las cejas.

—Ellos mismos.

—¿No crees que eres demasiado optimista? —objeta Ester, cariacontecida.

—En absoluto, Ester. Analítica quizá sí, eso es más es probable.

—¿Y qué te hace pensar que se quitarán ellos mismos la vida así como así? —insiste Ester sin disimular la incredulidad de su rostro.

—La desesperación —tercia Elvira—. Diversos estudios de presos cautivos durante largos períodos de tiempo, en celdas de aislamiento y sin expectativas de abandonarlas, afirman que el suicidio es la opción elegida por la mayoría de ellos antes de perder la cordura.

—Exacto —apostilla Laura incrementando el tono de voz—. Y eso es lo que queremos, Ester. Solo eso.

»Amigas, se trata de poner en bandeja las circunstancias que les induzca a tomar la decisión de acabar con su vida ellos mismos. Y sí, ya sé que no es la mejor solución. Estoy de acuerdo con vosotras. Pero ¿cuál es entonces? ¿Permitir que sigan violando, maltratando o incluso matando?

»La reinserción de una persona que ha maltratado una vez quizá sea posible, no lo niego. Es más, me gustaría creer que es así en la mayoría de los casos. Pero la de un reincidente no es posible, como él mismo se ha encargado de demostrarlo. ¿Y cuántas veces como sociedad vamos a permitir que lo siga demostrando? ¿Cada vez que salga de prisión con un nuevo permiso? —pregunta dejando flotar unas letras que erizan el pensamiento de las restantes.

—Las juntas de tratamiento no son muy propensas a otorgar el tercer grado, Laura, ni tan solo el de fin de semana, ni a dar permisos de salida a reincidentes, y menos aún los jueces de vigilancia penitenciaria en caso de que haya un recurso. Me gustaría afirmar que es una excepción que un reincidente pueda delinquir de nuevo, pero reconozco que… sí, tienes razón, existen violadores reincidentes —apunta Ester.

—Por eso es tan necesario lo que os propongo, amigas —afirma Laura barriéndolas con la mirada.

—¿Y cómo tienes previsto que se suiciden? —pregunta Talía con la mente paralizada en la entereza que muestra Laura.

—Ahorcándose.

—¿Ahorcándose? Y si no sale bien. O sí, pero, qué sé yo, se descubre el cadáver, ¿cómo podrías demostrar que…?

—Por el cerco que mostraría la piel, Ester, o la infiltración hemorrágica en el esternocloidemastoideo o el rastro de equimosis, entre otras cosas —la interrumpe Laura—. Por todo ello, podríamos demostrar que se trató de un ahorcamiento y no de un asesinato fingido, si ibas por ahí. —Las miradas se entrecruzan perdidas en el horizonte de una crónica anunciada—. En cada habitación habrá un gancho de hierro colgado del techo y una soga que les facilitaremos cuando llegue el momento —continúa explicando Laura.

—Uf, esto empieza a ponerse más feo de lo que imaginaba —piensa Talía en voz alta.

—¿Y si en vez de ahorcarse, se autolesionan? —pregunta Ester.

—Entonces actuaré yo, como médica. Si se lesionan gravemente, recibirán asistencia médica, aunque tenga que mirar a otro lado cuando los cure. No se trata de ensañarnos con nadie, sino de apartar de la sociedad a los individuos que no pueden vivir en ella.

—Suena bastante idealista, Laura —comenta Ester.

—Lo es del todo, Ester, y necesito que lo sea. Los ideales

inconformistas son las semillas de las revoluciones que ha vivido la historia. Y gracias a ellas, hoy disponemos de mejores condiciones de vida.

»La realidad ya la conocéis, amigas, no voy a descubriros nada nuevo: violadores que reinciden a los pocos días de salir, agresores que maltratan a sus víctimas saltándose órdenes de alejamiento e incomunicación… Tú eres penalista, Ester, lo sabes mejor que yo, porque lo vives a diario en los juzgados. Y yo, como médica, no estoy dispuesta a dar crédito al eterno cuento del resbalón por las escaleras. Hace demasiados años que algunas mujeres se caen con demasiada frecuencia por las escaleras, ¿no os parece? —pregunta Laura barriéndolas con la mirada.

—Y no sería mejor pegarles un tiro y ahorrarnos las dietas. A mí no me hagas cocinar mucho, Laura, que yo ya tengo una edad. Así que mejor les compro un saco de pienso y andando —propone Talía con el habitual tono irónico de sus comentarios.

—Es lo que merecerían, pero no lo haremos, Talía. Les proporcionaremos una comida al día.

—Pues arroz hervido y agua —propone Talía.

—Dieta china. Me parece genial —tercia Elvira.

—Respecto a lo del tiro —continúa Laura—, sería muy fácil hacerlo, pero ofreceríamos una muerte demasiado dulce a quien ha pasado años sometiendo a sus víctimas a malos tratos.

—Ley del talión —concluye Talía.

—Sí y no, Talía. Sí, porque no van a pasarlo bien encerrados sin privilegios, y no, porque, como he dicho, nosotras no vamos a maltratarlo, solo a aislarlos —responde Laura forzando sus labios a la velocidad de su mente.

—Que no deja de ser otro tipo de maltrato —comenta Ester.

—Que aislarse con uno mismo se considere maltrato dependerá de las circunstancias personales de cada uno, ¿no te parece, Ester? —Apostilla Laura disimulando un fugaz enojo.

»Amigas, podemos plantar cara al problema o seguir lamentándonos cuando a final de año algún medio comunique el recuento de víctimas por violencia de género. Yo opto por lo primero y por empezar cuanto antes.

—Confirmado. Eres una jodida idealista revolucionaria —afirma Elvira mirándola fijamente.

—Y la tía más justiciera que me he tirado a la cara —comenta Ester, agradeciendo Laura que pronunciase sus tres últimas palabras.

—Y suponiendo que todo salga bien, ¿dónde meteremos los fiambres? —pregunta Talía.

—Una de las condiciones de la masía será la de tener un lago, una *bassa*, como se dice aquí. Hundiremos los cadáveres en el lago, no os preocupéis por eso.

—Veo que lo tienes todo controlado —afirma Talía.

—Sería un insulto si os hubiera reunido sin tenerlo —responde Laura sin titubeos—. Todavía estáis a tiempo de decir que no. Nadie os obliga a sumaros a este proyecto. Vuestra decisión no influye en nuestra amistad, al menos por lo que a mí se refiere, eso me gustaría dejarlo claro. Otra cosa es cómo cada una de vosotras continuará asumiendo que, día tras día y año tras año, sigue habiendo víctimas por violencia de género. Y si toda nuestra esperanza para revertir esta lacra social queda en manos de la justicia, ya vemos lo rápido que es capaz de erradicarla. La primera vez que os reuní no quise entrar en demasiados detalles porque necesitaba ver antes cómo reaccionabais. Ahora estáis aquí porque, de entrada, queréis participar, y no solo por ser feministas. Pero entiendo perfectamente que ahora que conocéis más a fondo los detalles, os podáis plantear un cambio de opinión. Si es así, solo os pido que no olvidéis que ni esta reunión ni la anterior han existido. En eso estamos todas de acuerdo, supongo —afirma suavizando la advertencia con su timbre de voz.

—Nadie se ha tirado atrás, Laura —responde Talía—. Por eso estamos aquí. Bueno, si puedo hablar por boca de todas —comenta Talía acompañada del sí gestual de Elvira y la mirada perdida de Ester.

El silencio se hace presente de repente lastrado por pensamientos de pánico. La idea de participar en un proyecto que las hechiza, intenta ocultar las ráfagas de pavor que provoca colaborar en una misión de una ONG con el *modus* de una mafia.

—No os he elegido al azar y lo sabéis —murmulla Laura dando por finalizado el silencio—. Nosotras, todas, hemos sido víctimas por un motivo u otro. Yo fui abandonada de pequeña y, a día de hoy, todavía espero una simple llamada del cabrón al que durante

años llamé papá. Eso ha marcado mi vida. Me he sentido cientos de veces la persona más miserable del mundo. He llegado a pensar a menudo que era tan despreciable que merecía lo que ese cabrón nos hizo a mi madre y a mí. No sé si abandonar a una niña pequeña sin explicación alguna puede llamarse o no violencia de género, pero sí sé que sentirme así durante tanto tiempo ha sido la semilla de todo lo que siento. Quizá de no sentirme así pasaría por alto el hecho de aceptar que hay demasiadas mujeres cayéndose por las escaleras. ¿Tan patosas somos? —pregunta retóricamente alzando la voz.

»Aún sigo viendo los ojos de la mujer que murió frente a mí apuñalada por su pareja. Los veo a diario y no es eso lo que me preocupa. Lo que me preocupa es que son sus ojos los que también me miran a mí a diario preguntándome qué pienso hacer para evitar que ocurra de nuevo. Eso sí es lo que me preocupa y obsesiona —glosa con mirada inquisidora.

El silencio vuelve a abrazar segundos de reflexión individual.

—¿Y si alguno demuestra una fortaleza mental de hierro y se acostumbra a vivir encerrado? —pregunta Ester zarandeando el ensimismamiento del resto.

—Pues deberá demostrarnos que merece una última oportunidad o…

—¿O…? —preguntan todas al unísono.

—O lo meteremos en una habitación especial que he dispuesto para ello —responde señalando con el láser del mando de la presentación la habitación 666LRC que muestra el plano de la pantalla—. Pero permitidme que no recete nada antes de observar los síntomas. Si se diera el caso, cosa que es bastante improbable, ya lo hablaríamos, lo decidiríamos y… lo asumiríamos juntas.

»No nos centraremos en el primer cobarde que dé una bofetada a una mujer. Ojalá un día podamos ocuparnos de esos casos, con diferentes métodos, claro; pero ahora mismo no disponemos de medios. Hay que ser realistas e ir paso a paso.

—El sistema judicial ya dispone de programas de intervención terapéutica que conlleva a los condenados realizar cursos sobre violencia de género, control de la ira o deshabituación de drogas; el problema es que no siempre dan resultado, como tristemente se comprueba —ilustra Ester.

—Así es, tristemente —reafirma Laura—. Amigas… permitidme

que siga tocando fibra —anuncia con voz melosa volviendo a enlazar el tema—. Y que conste, que no lo hago para justificar mi proyecto ni las muchas horas que le he dedicado. Solo quiero compartir con vosotras lo que siento, porque, decidáis lo que decidáis, seguiréis siendo mis amigas.

»Penélope, ese es el nombre de la niña que vio cómo el cabrón de su padre asesinaba a puñaladas a la mujer que os he comentado. Días más tarde de ver cómo aquella mujer moría sobre la camilla mirándome fijamente, quise conocer a su hija. Tuve miedo de abrir heridas, pero debía hacerlo. Me reprochaba no haber actuado con la sangre fría que se supone debemos demostrar los médicos en un caso así. Recuerdo que quedé paralizada al ver su cuerpo con tantas heridas y pensé que, interesándome por su hija, podría compensar algo mi negligencia. ¡Qué gilipollez, ¿verdad?!

»No pude hacerlo. Penélope también murió con su madre. Lo vi en su mirada. Lo noté cuando la acaricié sentada en mi regazo, incapaz de decirle todo lo que quería porque era incapaz de contener la tristeza que aquella pequeña reflejaba en sus ojos.

»Salí del centro de acogida destrozada. Aquella vivencia perseguirá a aquella niña el resto de su vida como esa mugre incrustada que no desaparece ni frotándola mil y una veces. Y… tenía seis años, solo seis años, amigas —añade intentando disimular la emoción que flaquea el habla—. Demasiado pequeña para enterrar una vida con tantos años por delante.

»¡A quitar de en medio esa basura es a lo que os estoy invitando! ¡A evitar que haya más Penélopes en esta sociedad machista de mierda que nos rodea!

—Laura… yo estoy contigo —comenta Elvira—, aunque reconozco que estoy bastante asustada y que el miedo me supera por momentos. Ni siquiera sé qué es lo que tienes pensado hacer en esa habitación que antes has señalado, pero creo que no será necesario, ¿quién aguantará vivir siempre encerrado? Y no lo digo como psicóloga, sino por sentido común.

—Comparto tu opinión, Elvira —afirma Laura.

—A mí me gustaría compartir lo que pienso en voz alta —comenta Talía.

—Adelante, Talía —la invita Laura mostrando la palma de sus manos.

—Estoy de acuerdo en todo lo que has dicho, Laura. Considero que puede ser necesario, además de todo lo que ya se está haciendo por muchas asociaciones de mujeres, dar una respuesta contundente a ciertos casos. Pero creo también que todas debemos tener muy claro, y sobre todo vosotras, que sois más jóvenes que yo, que cualquier fallo podría acabar de un plumazo con nuestra vida actual y, en vuestro caso además, con vuestras carreras —apostilla dejando que fluyan las palabras antes de caer en el suelo.

»Y no digo que arruinará también la vida de nuestros hijos porque parece que no es el caso. Vamos… que parece que os van más los coños que las pollas —puntualiza destensando el consejo.

—¡Qué fina eres! —reprocha Laura arrugando la frente.

—Nena, es que a mí me va todo —dice Talía—. Si alguno está bien dotado, yo no tengo ningún problema en entrar a tirármelo antes de que se cuelgue.

—Y yo, depende de lo bueno que esté, voy detrás —apunta Ester.

—Ay, reina, ya muerto, ¿quieres decir? Casi que mejor hacerlo a dúo cuando esté aún calen tito, ¿no, cariño?

—Sois únicas —afirma Laura.

—¡Y tú no, ¿eh, guapa?! ¡Tú eres de lo más común! Por eso has invitado a tres amiguitas en medio del bosque a mirar una película de princesitas mientras compartimos una taza de té con galletitas integrales. ¡Maldita bruja! —dice Talía haciendo reír a Laura y al resto.

—Tampoco deberíamos pasar por alto —apunta Elvira—, que hay tías que saben mentir muy bien y han arruinado la vida de más de un desgraciado.

—Lo sé, por eso no descarto en absoluto traer a una mujer por los mismos motivos. Esto no es un proyecto de hembristas, ni de misándricas, como yo reconozco ser, sino de personas que cometen delitos de violencia de género, sin diferencias de sexos.

—Siempre que sean delitos consumados —apunta Ester.

—Consumados y reincidentes, preferentemente —apostilla Laura.

La tarde marchó de manera más calmada de como se había

iniciado. Ninguna quiso dar un paso atrás ni al lado.

Durante la cena, las heridas que había mostrado Laura compartiendo nombres que anclaban su pasado continuaron abriéndose paso en el cuerpo del resto. En el caso de Talía, se llamaba Luís, el asesino aristócrata de su madre, y Raúl, el novio que metió a su hija en el mundo de las drogas. El de Ester se llamaba Rafael, el padre biológico que había abusado de ella desde bien pequeña, y Tomás, el padre con sotana que no dudó en hacer lo mismo al enterarse de ello, sellando aún más los labios de la pequeña. Y el de Elvira también, llamado Juan, el matón que acabó con la vida de su hermana a la salida de una discoteca por negarse a hacerle la felación que le pedía.

El domingo por la mañana, Laura propuso salir a dar un paseo por el bosque. La conversación se inició con palabras de tinte filósofo muy apropiadas para el paraje que acogía sus labios, hasta que la pregunta de Elvira preguntando cómo iban a conseguir que los muertos no flotaran y la impulsiva respuesta de Talía provocó un estallido de carcajadas que llevó a Talía a regresar a la masía para cambiarse las bragas.

Después de comer en el restaurante La Avellaneda de Girona, Laura las llevó de regreso a la estación del AVE. Les propuso seguir permanentemente en contacto para compartir cada paso que fuera dando luz al proyecto.

Tal vez por ello, Laura decidió llamar a la masía «Lazos de luz».

Tercera Parte
Lazos de luz

Caldes de Malavella
Finales del 2015 y transcurso del 2016

Los días empezaron a avanzar rápidos al contemplar los destellos del nuevo año a la vuelta de la esquina: noviembre, diciembre («Mamá, ya estoy en casa», anunció Laura al abrir la puerta), enero, febrero («A veces empiezo a sentir atracción por los hombres», confiesa Elvira a una colega), marzo, abril, («Sí», le dijo Talía mirando las cartas a la mujer que necesitaba oír que sí; no le respondió algo más tarde observando lo contrario sin descubrir más cartas del pilón), mayo, junio… Un día de mediados de mes, Pablo se presentó por sorpresa en casa de Laura poniendo a prueba sus pulsaciones:

—¿Pablo? —murmulló Laura sorprendida viendo el hombre que había tras la mirilla antes de abrir la puerta.

—Madre mía, perdone que me haya equivocado —dice dando un par de pasos atrás para contener el abrazo que pretendía darle Laura—. Buscaba la casa de mi sobrina y veo que he ido a parar a la de *miss* universo.

—¡Tío Pablo, qué sorpresa!

—Sorpresa la mía, corazón, que llevo todo el día dando vueltas por esta urbanización después de perderme por unos cuantos caminos de carro.

—¿Por caminos de carro? —pregunta Laura separándose—. Pero pasa, tío, pasa, por favor. ¿Qué quieres tomar?

—Tu compañía doble y sin hielo. Y una cervecita fresca, va, si tienes, para acompañarla.

—Tío, eres la persona que piensa más rápido del planeta.

—La segunda si acaba de producirse un apocalipsis y somos los únicos supervivientes.

—Increíble —afirma gesticulando con la cabeza—. Ponte cómodo, tío, por favor —lo invita Laura señalando una butaca de terciopelo marrón yendo para la cocina—. Luego te muestro la casa, tío. ¿Así que te has perdido por caminos de carro? —pregunta Laura desde la cocina.

—Sí, un poco más y llamo a los bomberos. Fui al ayuntamiento y le pedí si podían indicarme dónde vivías, y, tras un par de llamadas y una dedicatoria, dicho sea de paso, me dieron dos direcciones —responde fijándose en el orden que impera en todo el salón—. Aparecía la dirección de esta casa y la de otra que también está a tu nombre: una finca rústica con un nombre muy raro. Lo tengo apuntado en el coche.

Laura queda petrificada. El dinero que le pidió a su tío años atrás había de servir, en teoría, para comprar únicamente la casa donde se hallaba sentado, ocultándole a él y a su madre que el coste de esta había sido bastante inferior al que había dedicado en la compra de la masía llamada Cal Ferrer, rebautizada como Lazos de luz.

—Uy, tío, esto es algo muy habitual por aquí —comenta sirviéndole la cerveza y sentándose a su lado—. Aquí mismo, en esta urbanización, conozco el caso de personas que compraron el mismo terreno sin saberlo.

—Pues no lo hubiera dicho. Siempre he tenido a los catalanes por gente muy seria.

—Y lo son, tío, lo son en general. Me acercaré al ayuntamiento y les preguntaré por qué aparezco como propietaria de una masía.

Menos mal que no me han hecho pagar impuestos por ella hasta ahora.

—Pues sí, yo de ti intentaría aclararlo cuanto antes. Y si al final resulta que es un fallo de ellos y te han hecho un regalo, pues nada, invitaré a un tío que conozco, un andaluz afrancesado que medio canta, para celebrarlo.

—Eres único, tío —le dice negando con la cabeza.

Laura conversó con su tío durante un largo rato, interesándose por el estudio discográfico que había abierto en San Silvestre de Guzmán, con la intención de dar un empujón a jóvenes promesas de

la música flamenca. Intuyó que por primera vez su tío empezaba a estar cansado de tantas giras y le afirmó que era feliz ejerciendo de médica en Santa Coloma de Farners. Luego le enseñó el resto de la casa, insistiendo en lo caro que había sido comprarla y reformarla, ocultándole que la máxima reforma que había hecho era cambiar el felpudo de la entrada.

Y tras la inesperada visita de Pablo, los días siguieron atropellándose a marchas forzadas: julio, agosto, septiembre, octubre («Qué ilusión volver a veros», dijo Ester al coincidir de nuevo las tres en la estación de Atocha, con destino a Girona).

Laura llegó a la hora prevista; dio un par de saltos al verlas salir del AVE que preludiaron los besos que confluyeron en un corro abrazadas cantando el «sí se puede» que empezaban a convertirlo en el himno del grupo.

Después de las protocolarias preguntas que acompañaron el viaje hasta Caldes de Malavella, la Viano se detuvo frente al pórtico de piedra que mostraba las letras «Lazos de luz» labradas de hierro.

El «¡oooooh!» compartido que provocaba el imponente pórtico y sus letras forjadas al contemplarlos por primera vez, despertó la sonrisa de Laura intentando mostrar la plenitud que sentía por dentro. Lazos de luz ya no era un pensamiento apátrida revoloteando entre pensamientos libertarios, ni el lazo que consiguió apresarlo, ni la luz que necesitó escribirlo en la hoja en blanco que dio sentido a su vida. Lazos de luz era una realidad de carne y hueso dispuesta a cumplir el cometido de un sueño.

La masía consiguió dejarlas maravilladas a todas, algo menos a Elvira, que había ido siguiendo las etapas del proceso que habían convertido una masía en ruina en una de ensueño. El entorno boscoso en el que se había construido pertenecía también a Caldes de Malavella, el mismo municipio de aguas termales a escasos kilómetros de Santa Coloma, donde ella había comprado su casa, supuestamente, invirtiendo todo el dinero donado por su tío Pablo.

El terreno rústico de seis hectáreas rústicas que rodeaba la masía albergaba un bosque de pinos, alcornoques y robles; y un lago de aguas profundas, a horas cristalinas, donde flotaba un pequeño bote pintado de blanco meciendo el nombre «Lazos de luz» en color

violeta que la propia Laura había decorado. Junto al lago, una barraca de madera destinada a aperos de labranza permanecía inmóvil día y noche, sin aperos ni labranza, sirviendo de consuelo mutuo al batel convertido en objeto decorativo. La fachada principal de la masía, en la que aún podían descubrirse restos de la original construcción de argamasa, estaba orientada al sur para aprovechar las horas de sol, dejando a las ventanas del ala umbría las lágrimas de humedad que mostraban los cristales por los que podía divisarse la nostalgia del apero vacío y el bote decorado.

Laura contrató una empresa de construcción barcelonesa para demoler la antigua masía y levantar paredes respetando la línea original de sus fundamentos, convirtiendo la mayor parte de sus estancias en celdas de aislamiento. Una empresa mafia fue la elegida para rematar los interiores hasta la entrega de llaves. Todo detalle era estudiado minuciosamente por ella. Nada podía quedar al azar. Ningún operario del pueblo o alrededores podía trabajar en la construcción de una masía típica de puertas afuera convertida en un búnker daliniano de puertas adentro. Los detalles de los muebles coloniales de las habitaciones, del salón, de la cocina… todo superaba con creces las expectativas de sus invitadas, gracias a una nueva donación que Pablo había transferido a su sobrina, también a fondo olvidado.

La masía permitía acceder a ella sin la necesidad de apearse del coche. El garaje comunicaba con la puerta blindada de la habitación central de la casa (llamada 666LRC en el plano). Estancia a la que se podía acceder desde las otras diez habitaciones. Todas las estancias mostraban techos a gran altura, un sencillo bario en su interior, un estrado hecho de obra con un colchón fino de espuma, una puerta blindada con una rendija en la parte inferior por la que poder alimentarse con un plato de comida o un libro cerrado, un extractor de aire que permitía renovar el oxígeno del interior, una cámara de vigilancia con micro incorporado, protegida con una reja de acero, y un gancho de hierro colgado del centro del techo que había despertado la curiosidad de más de un operario maño.

La luz de las estancias corría a cargo de un rectángulo hermético de vidrio glasé antibalas que simulaban ser ventanas cerradas desde el exterior.

La planta superior, cubierta por un tejado a dos aguas que

señalaba el cielo, tenía una distribución de corte clásico: una cocina de amplios metros cuadrados, un salón de grandes proporciones con chimenea en tierra revestida de granito, tres *suites* de generosas proporciones con *jacuzzi* de mármol travertino y una habitación que centralizaba la zona de control de todos los dispositivos de vigilancia de la casa y alrededores.

Todas las paredes de la casa estaban insonorizadas, se podía gritar «¡perdón!», «¡socorro!» o el «¡Aaahahahahahahahaha!» del Rey de los monos en cada una de las celdas sin que al vecino le llegara ni el belio más estridente.

El paseo por la finca, sitiada con nogales que ocultaban una valla de alambre electrificada a tres metros de altura, ofrecía la posibilidad de revivir la relajante experiencia cuantas veces se quisiera gracias a los dispositivos de grabación audiovisual que la recorrían camuflados entre ramas. Las cámaras de última generación parecían superar la imagen y el sonido del original paseo, a pesar de no ser capaces de transmitir la emoción de abrazar a algunos de aquellos centenarios árboles ni activar la amígdala al escuchar el zumbido de una abeja merodeando el cuerpo.

Talía no salía de su asombro, mientras Ester reafirmaba lo que Elvira siempre aconsejaba: a Laura había que tenerla como amiga o desconocida; y siendo esto último imposible para ellas, la elección era sencilla.

El fin de semana fue un desmadre comparado con el que Laura había dedicado a compartir las luces y sombras de su proyecto. Durante el tiempo que ha mediado entre ambos, las primeras emociones habían ido asentándose como sentimientos que mostraban con orgullo su firmeza sin ocultar el peligro que entrañaban. Cada una ha ido cumpliendo con las tareas que le habían sido encomendadas por Laura: Talía había hecho los trámites necesarios para abandonar su Madrid del alma con destino a una de las enormes habitaciones de Lazos de luz; Elvira ya había comunicado al centro educativo y al gabinete de psicología, donde trabajaba de orientadora y psicóloga, su intención de abrir una consulta propia en tierras catalanas, y Ester, que permanecería en Madrid como socia del bufete que compartía con dos compañeras, había conseguido alargar los tentáculos de la red de colegas

penalistas, buscando las de matices más feministas entre ellos. Continuar viviendo en Madrid, como responsable de la parte legal, formaba parte del plan de Laura al estar más cerca de la sala segunda del Tribunal Supremo.

El fin de semana pasó hilando flecos del vestido de esperanza con el que deseaban arropar las víctimas de violencia de género. La amistad que había nacido entre ellas fortalecía un patrón impaciente de coser las piezas que lo formaban, dando por hecho que las discrepancias que pudieran surgir no deberían llevar a rehacerlo o destruirlo bajo ningún concepto.

Elvira regresó a Lazos de luz con la intención de empezar a vivir en la masía, dispuesta a decorar el local que se convertiría en breve en la consulta que iba a compartir con Laura, en una de las calles céntricas de la Gerunda romana. Un sueño cumplido tras otro que esperaba ver crecer con el pasar de los días.

Talía llegó un mes más tarde, tras alquilar su vivienda a una pareja de jóvenes, acompañada de un camión de mudanzas que porteaba todo lo que consideraba importante, tal y como le había insistido Laura que hiciera; su estatua desnuda y más de ochenta paquetes del mausoleo de Talía, entre los que había cuadros, retratos, perfumes, libros, el número tres de la revista *Ellas*, las cartas del tarot y el huevo Fabergé que porteaba sin ser consciente del valor que tenía en el mercado donde nadie vendía huevos. Todo cabía, un poco apretado, en los metros cuadrados de la habitación 2/LT, dispuesta para su uso y disfrute.

Madrid
Febrero del 2017

Corrían los primeros días del febrero del 2017 amontonándose unos sobre otros entre quehaceres de la agenda de Laura, cuando a lo lejos empezó a divisarse la figura del primer candidato a ocupar una de las estancias de Lazos de luz.

Ester la llamó a media mañana desde su despacho del paseo de Recoletos de Madrid. Un reincidente estaba a punto de abandonar la prisión de Soto del Real al acceder al permiso de fin de semana que le había sido concedido al estar en tercer grado penitenciario. El informe psicológico de la junta de tratamiento de Soto del Real le había concedido una salida de fin de semana desde las cuatro de la tarde del viernes a las ocho de la mañana del lunes. Tiempo más que suficiente para volver a dar muestras de lo acertado que era mantenerlo en prisión. La decisión no había sido del agrado de la jueza de vigilancia penitenciaria a pesar de respetar la reinserción social como finalidad de las penas.

La investigación que había llevado a cabo Ester fugazmente sobre su vida y milagros confirmaba que se trataba de un menda solitario convertido en chivato de funcionarios o chota, en el argot carcelario. Sus dos parejas anteriores habían sido asesinadas por él. No tenía descendencia conocida ni familiares dispuestos a reinsertarlo en una sociedad con víctimas colaterales dispuestas a ajustar cuentas. Se había convertido en una célula independiente incapaz de fagocitarse con otra sin hacerle daño.

El candidato tenía cincuenta y cuatro robustos años de una vida perdida que, al serlo, le permitía apostar fuerte, sin miedo a perder nada a cambio.

Laura sabía que era ella la que debía empezar dando ejemplo,

así que se cogió un par de días libres por asuntos propios para dar luz verde al proyecto que había dedicado tantos años.

2SRM, como lo llamaban entre ellas, al ser el candidato que iba a hacer los honores de estrenar las celdas de la masía, ocupando la que Laura había nombrado en honor a su tía abuela Marisa, entró en un bar aún con la sonrisa en los labios apenas una hora después de abandonar la prisión.

Laura esperó un par de minutos antes de entrar en el bar. Era un bar de hombres, con olor a hombres y conversaciones de hombres. El lavabo de hombres, alérgico a la limpieza, había desarrollado un aroma con los años capaz de indicar su ubicación a cualquiera que intentara dar con él con los ojos cerrados. El de señora, únicamente utilizado por la mujer de Pedro, además de relucir como una patena, sobrellevaba como podía el hecho de dar servicio solo los días que había partido de fútbol.

—¿Tienes fuego? —le preguntó Laura acercándose a él, provocando que la mirara de arriba a abajo después de sorprenderse.

—No, señorita —respondió él con voz ronca.

—Vaya. Ya digo yo que tendría que dejar de fumar. Y también de beber, pero si al final lo dejo todo… vaya mierda de vida, ¿no? Si total, todos vamos a morir tarde o temprano, más vale disfrutar y darnos los caprichos que nos apetezcan —afirma insinuándose sin perder estilo.

—Desde luego, señorita —responde agradeciendo la suerte del reo de permiso.

—Bueno, pues… sírveme una copa de *whisky* —le pide a Pedro, poco acostumbrado a tener clientas top entre la piara de clientes.

—¿Solo o con hielo?

—Solo, que el hielo lo corrompe —afirma sonriente mirando a 2SRM.

Veinte minutos más tarde de una conversación que fue haciéndose picante al ritmo sutil que marcaba Laura, ante la mirada atónita de Pedro preguntándose qué había visto aquella despampanante mujer en aquel pringado que no pudiera ofrecérselo él, 2SRM no dudó en responder que sí a Laura. Que sí aceptaba que

lo invitara a una copa en la cafetería del hotel donde se hospedaba. Que sí intentaría desconectarla del aburrido pueblo donde vivía con un rico y aburrido ganadero. Que sí le apetecía hacer con el cuerpo de ella lo que le viniera en gana para corroborar lo acertada que había sido su condena.

Acceder al asiento del copiloto de la Viano en dirección al hotel le pareció un regalo inesperado a 2SRM, solo hecho realidad en los sueños de un condenado, las bravuconadas de un borracho o la ingenuidad de un alfa engreído, como era el caso.

Al subir a la furgoneta, Laura propuso un brindis por lo que iba a depararles el resto de un día «prometedor y emocionante», como lo calificaría copa en alto. Cogió la petaca con agua que tenía en el compartimento de su puerta y le pidió a él que hiciera lo mismo con la que había en la guantera llena de somníferos disueltos en *whisky* de malta.

El trago fue largo, como propuso ella, y una ufana hombría no dudó en cumplir sin pensarlo. A los pocos minutos, el efecto del fármaco permitió a Laura inyectarle la anestesia que lo dejó fuera de juego por unas cuantas horas. Se las ingenió con más maña que fuerza para dejarlo estirado en el asiento de la segunda fila y pasó a recoger a Elvira a las puertas del hotel para iniciar el camino de regreso a Lazos de luz.

Siete horas después, 2SRM inauguraba el *parking* al que Laura siempre accedía ocultando su melena con una peluca rubia de pelo largo. Talía las ayudó a poner el cuerpo en la habitación sintiendo una emoción espeluznante y el temor de no poder ya dar marcha atrás. Laura cerró la puerta verificando que ninguna de las dos la miraban al introducir el código de seguridad.

—¿Así de rápido? —preguntó Talía en el salón después de que Laura narrara cómo habían acontecido los hechos.

—Así de rápido —reafirma Laura.

—Hay que ser idiota —tercia Elvira alzando la copa con la que han brindado.

—Ya tenemos uno. Por este y por los que vengan. —Alzó la copa Laura algo cansada del viaje antes de despedirse de ellas para retirarse a dormir a su casa.

Elvira y Talía no dejaron de comer pipas en la sala de control de la casa, observando la cámara que mostraba los movimientos de un hombre que parecía un muñeco de cera. A las tres y cuarenta y siete minutos de la madrugada se despertó y Talía y Elvira notaron como el corazón se les disparaba, cogiéndose de la mano impulsivamente para tranquilizarse, compartiendo las cosquillas de adrenalina que recorrían sus cuerpos.

El hombre miró a su alrededor. Le molestó la intensidad de la luz de la estancia. Se incorporó con cierta dificultad y, tras dar un par de vueltas sobre sí mismo y aporrear la puerta blindada acordándose de todos los santos, dijo:

—¡Me cago en la puta! ¿Dónde coño estoy?

Luego continuó intentando abrir la puerta a golpes, siguiendo pasando lista a los santos. Elvira no dudó en apagar el micro cuando vio que Talía se incomodaba, ni Talía en apagar la luz de la habitación como el que ennegrece una pecera al caer la noche, reafirmando con un «eso espero» la afirmación «nos acostumbraremos rápido, Talía» que pronunció Elvira antes de darle las buenas noches, intentando tranquilizarla.

Ambas no pudieron pegar ojo hasta que el cansancio venció al pánico de estar compartiendo vivienda con un psicópata que no había tardado en mostrar las mimbres de su personalidad.

«Las habitaciones son totalmente seguras», se reafirmaron varias veces cada una de ellas en su habitación, intentando conciliar un sueño que no llegaba.

A Laura también le costó dormir, a pesar de sentir el cansancio de haber conducido durante todo el trayecto y la tensión de recoger el hilo de un pez pesado y violento, pero quería mostrar una absoluta confianza ante ellas, restando importancia a lo que había hecho. Cualquier gesto, por nimio e improvisado que fuera, formaba parte del guión ideado, analizado y llevado a cabo por ella. Incluso las reacciones de la psicóloga que se tiraba casi cada noche estaban ya descritas antes de que ella las hiciera realidad sin saberlo.

Laura se durmió sintiendo el placer de haber construido de la nada una más de «las diferentes caras de la vida, tesoro».

La Habana
Marzo del 2017

Pablo dejó un recado en el buzón de voz del Cubano en el que le pedía que lo llamara a partir de las veintitrés horas de la Torre Eiffel.

El día anterior había llamado al Ayuntamiento de Caldes de Malavella, abusando de nuevo de la fama del cantautor de moda, para preguntar si una tal Laura continuaba figurando con una doble propiedad en el pueblo, como así le afirmó una voz dispuesta a recibir el regalo que él le prometió enviarle dedicado.

El Cubano había decidido cogerse unas largas vacaciones en su Habana natal. Necesitaba cargar pilas físicas y espirituales pasando allí las fiestas de Navidad. El último encargo que había llevado a cabo en tierras mallorquínas había puesto a prueba su moral, al tener más visos de un ajuste entre empresarios que del acto de impartir justicia social al margen de la ley, que era a lo que se dedicaba.

Un sicario que se enorgullecía de empuñar el estandarte del Che por bandera no podía actuar por dinero, como había hecho en esa última ocasión, obligándose a no hacer demasiadas preguntas para evitar la tentación de rechazar los veinte mil euros que le había ofrecido un desconocido en medio de un momento de cierta penuria económica.

El encargo era sencillo: enviar a la luna a un tío que estaba haciéndose de oro a costa de explotar a unos cuantos sin papeles en sus hoteles estrellados (el propio Cubano se había inventado las palabras que seguían a la de «oro» para acallar las voces que le aconsejaban no aceptar el encargo).

Regresar a su querida Cuba era para el Cubano como iniciar un

régimen frente a un escaparate de dulces. Cuba era su tierra natal. Amaba su aroma, su música, su gente, sus mujeres… a todas ellas sin excepción, pero no tenía futuro allí; no disponía de los medios para hartarse a comer pasteles sin tener que salir corriendo de la pastelería. Por eso intentaba gozar al máximo cada vez que regresaba a ella con los bolsillos cargados: cerdo asado, ropa vieja, caldosa, frijoles, mucha rumba cubana y tantas hembras como pudiera engatusar su metro noventa cuadrado de bolero y mambo.

El Cubano había sacado decenas de veces de embrollos callejeros al partisano adolescente llamado Pablo, que llegó a Madrid con la intención de estudiar Derecho, como su hermano, para terminar perdido en el amor libre de la movida madrileña.

Su amistad se había fraguado en un garito de mala muerte: un lugar poco apto, en teoría, donde fraguar una amistad sincera mantenida desde entonces. El metro noventa y los principios morales de su Biblia de bolsillo fueron un regalo del cielo para el joven Pablo, dispuesto a salir de un problema con la condición de poder meterse en otro.

—*Asere*, ¿qué *bolá*? —Atiende la llamada Pablo viendo el nombre de «el Cubano» en su móvil.

—Pablo, hermano, qué bueno oírte. Estoy bien, dando un paseo por el Malecón mirando chicas bonitas y eligiendo a cuál de ellas le muestro hoy mis encantos. Y tú, ¿cómo estás?

—Vete a la mierda, Cubano. ¿Yo te hablo en cubano y tú me hablas en español?

—*Ambia*, ¿no habrás *amaneció* con el moño *virao*?

—Eso me gusta más, aunque no tengo ni puta idea de lo que has dicho. Así que volvamos a hablar en español —le propone en tono alegre.

—Ay, mi chamaco, tú siempre tan loco, mi Pablo.

—Así que vuelves a estar por tu tierra, ¿eh, Cubano?

—Sí, ya sabes que me escapo cada vez que puedo. Cogiendo un diez, *relajao, hasiendo* el *amol*, leyendo mi Biblia…

—*Hasiendo* el *amol*, dice. Vaya fenómeno estás hecho.

—¡Quién fue hablar, chamaco!

—¿Sabes que estuve él año pasado en tu tierra?

—¡¿Y ahora me lo dices, hermano?!

—No te dije nada porque siempre andas liado. Además, mejor

que no vengas a mis conciertos, que me quitas protagonismo con tus dos metros.

—Ya me gustaría hacerlo, hermano.

—Bueno, ¿y cuándo regresas a España si puede saberse?

—En un par de meses largos, hermano, vuelvo a Madrid, pero si necesitas que te tire un cabo, regreso antes.

—¿Dos meses largos? Pero, tío, tú te pegas la vida padre.

—Tuve un trabajito bueno, Pablo, y aquí la vida es barata, tú ya lo sabes. Además, no tengo que matar ninguna jugada. Ando a la *mailó*, chamaco: *bailesito* por aquí, cubanita linda por allá…

—La madre que te parió. Bueno, pues nada, ya me esperaré a que regreses.

—¿Es una *pincha* urgente?

—¿Una qué?

—Una *pincha*, mi Pablo: un trapicheo, un trabajo… ¿No quieres que te hable en cubano?

—Vale, vale. Pues sí, diría que tengo una *pincha* para ti. Hostia qué mal suena esto. Bueno, que necesito que averigües qué se cuece en una casa de un pueblo de Cataluña. No hay que cargarse a nadie, Cubano. Es solo averiguar algo que me tiene un poco preocupado, nada importante. Reserva billete para volar a Barcelona cuando regreses y llámame para que te explique con más calma de qué se trata. Y cuídate, que estás en la tela de tanto follar. *Haser* el *amol*, dice el tío.

—Hay que vivir la vida, hermano, vivir la vida.

—No, si ya… Va, elige una bonita y corta, que no tengo mucho tiempo —le pide Pablo sabiendo la peculiar forma que tiene el Cubano para despedir sus conversaciones.

—Todas son bonitas, hermano. Fíjate —anuncia abriendo su Biblia de bolsillo al azar—: «El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor. Uno Corintios trece, versículos cuatro y cinco».

Caldes de Malavella
Primeros meses del 2017

Talía hace semanas que vive en la masía. Pasear por el bosque amortiguando los pasos en el humus del bosque, meditar escuchando el canto de herrerillos y carboneros o descansar la vista sobre el lago que la obscuridad de la noche engrandece le han hecho olvidar más rápido de lo que imaginaba la vida en su vivienda de Luisa Fernanda. Levantarse cada mañana y ver qué hace el de la 2SRM, prepararle el plato de arroz y la botella de agua, ver como Elvira lo analiza y predice las reacciones que él ejecuta cada vez con menor brío, o alargar las conversaciones que mantiene con ella y Laura le está haciendo vivir una segunda juventud, sobre todo subir medio tono la melodía del pentagrama de su vida.

Elvira se levanta cada día temprano, sale a correr por las seis hectáreas de la finca, se ducha con agua fría y almuerza algo frugal antes de analizar el comportamiento que muestra la cámara de 2SRM, anotando en su portátil cualquier reacción que considere interesante antes de marchar a Girona a supervisar las reformas de la futura consulta y gestionar la burocracia que conlleva inaugurarla en una de las principales arterias.

A mediodía se dedica a calibrar los diferentes restaurantes que va descubriendo, a repetir en los que han superado el listón calidad-precio y a pasear después intentando perderse por las calles del barrio judío o entre las vistas aéreas de la gran muralla. A media tarde, regresa a Lazos y a veces se suma a la meditación de Talía o intenta tranquilizarla si 2SRM ha hecho algo extraño que ha descubierto observando su Gran Hermano particular.

2SRM empieza a perder el control de forma palpable. La estancia en la que vive, a pesar de cubrir sus necesidades fisiológicas, le

parece infrahumana, pero lo que es peor: insoportable al desconocer el futuro que le aguarda tras esas paredes, si es que existe el tiempo y la vida tras ellas. Desconocer dónde está y no saber quién escucha sus insultos y maldiciones empieza a hacer mella en su mente. Elvira ha decidido desconectar el micro de la habitación cuando lo observa junto a Talía para evitar que pueda enturbiar su mirada.

2SRM empieza a percibir los matices de lo que él ha ido cocinando durante su vida. Aquello no es Soto del Real ni dispone de las instalaciones de Navalcarnero, aquello es un cubículo diseñado para evitar lastimarse, salvo la opción de golpearse contra la pared o intentar colgarse del gancho que pende de lo alto del techo. Allí, en aquella estancia color verde claro, la justicia ciega se niega a mostrar el *in dubio pro reo* de sus balanzas.

Hace dos días 2SRM pronunció con voz quebrada la palabra *perdón*, quedando anotada en el documento de trabajo de Elvira con la hora y día exacto en que se había producido lo que calificó como «primer arrepentimiento».

Laura acude a Lazos de luz al caer la tarde de casi todos los días. Se queda a cenar con ellas compartiendo los sucesos del día hasta recién estrenada la noche. La sinceridad es abierta entre ellas, como desea y necesita Laura, hasta el punto de pedirle a Talía que las disculpe un momento, cogiendo la mano de Elvira en dirección a su cuarto. Atrás quedó la joven de pueblo que quería pedir permiso a mamá antes de poder ir de fin de semana a casa de la mujer rarita que escribió el rarito anuncio que la hipnotizó nada más verlo.

Algunas noches, cuando Laura marcha para su casa, Elvira y Talía salen a pasear por la finca y se acercan al lago de la noche, que es mayor que el del contorno del día. Se descalzan y ponen los pies en el agua hasta la altura de los tobillos. Elvira ya no los saca de golpe, asustada cuando ella emite un pequeño grito, como hizo los primeros días afirmando ver sumergir a un muerto viviente. Es durante esos momentos íntimos de pies mojados y almas desnudas cuando Elvira siente la tentación de confesar a Talía que empieza a sentir atracción por los hombres, aunque prefiere no envolverse del ambiente que la incita a proponerle algo opuesto a lo confesado.

El segundo candidato a ocupar una habitación de Lazos de luz

hace días que se cocina a fuego lento. Laura intenta dar con él a través de las *apps* de contactos que utiliza como *modus operandi*, sin que de momento haya habido suerte.

La fuente proviene del chivatazo que una guardia civil, miembro del grupo de delitos telemáticos, ha dado a una amiga fiscal que no ha dudado en compartir con una amiga abogada, que a su vez, le ha hecho saber a una colega penalista, lo que ha llegado hasta oídos de Ester, que lo ha propuesto como candidato.

Se trata de un individuo de perfil de cuello blanco y lengua de avispa. Un individuo que lleva años amortizando un físico bien armado y una verborrea hipnotizante. Un hombre difícil de capturar hasta el momento, a pesar del retrato robot que han descrito algunas de las víctimas que ha estafado y enamorado para evitar tildar de violación las penetraciones mantenidas con ellas. Aprovecharse de la candidez de esas mujeres engañadas ha sido lo que ha llevado a Laura a poner un sí sobre el primer no que respondió a Ester cuando le propuso un candidato.

* * *

La primera decisión que ha conllevado hacerlo en consumo coincidía con la primera que había vaticinado Laura en sus pensamientos.

Las decisiones tomadas de común acuerdo, tal y como Laura había explicado al entrar en detalles, debían hacerse observando el tornasol que mostraba cada rostro al arrugar la frente o fruncir el ceño. No era suficiente intuirlo tras una llamada o visualizarlo mediante una videoconferencia, como había propuesto Ester al vivir más alejada, rectificando de inmediato al ver el tornasol grisáceo que provocó su propuesta en la cara de Laura.

—Creo que ha llegado el momento de hacerlo —sentencia Elvira tras exponer el documento en el que se había basado para argumentar su decisión final.

—¿Talía? —le pregunta Laura reservándose la última palabra.

—Por mí, vale. Elvira es la psicóloga y es cierto todo lo que ha dicho —responde Talía, percibiendo Laura cierto temblor de voz.

—¿Ester? —pregunta Laura mirando a la abogada.

—Sin duda, adelante.

—Bien, pues hagámoslo —sentencia definitivamente Laura barriendo a todas con su mirada.

Las sensaciones que experimentaron al facilitarle la soga y lo poco que el elegido tardó en utilizarla tres meses largos después de llegar las sumió en un cóctel de bienestar y reproche que las mantuvo inquietas, hasta que Laura consiguió tranquilizarlas tomando la palabra que alargó durante una charla centrada en la memoria de las víctimas y el beneficio que aportaban a la sociedad apartando de ella a un individuo de esas características.

2SRM no había facilitado nada las cosas. Las autolesiones que se había provocado con la intención de poder huir de allí mientras un alma cándida lo curaba no han tenido el éxito esperado. Laura ha diseñado un plan para cada una de las posibles reacciones que le ha expuesto Elvira o ella misma ha imaginado: autolesión, huelga de hambre, defunción simulada o, incluso, fingir atragantarse con un grano de arroz o un sorbo de agua… Cada una tiene un plan de acción paralelo, un procedimiento detallado con un común denominador: no correr ningún riesgo.

Las autolesiones que 2SRM se había provocado tuvieron tratamiento al darse cuenta de que nadie acudiría a sanarlo, como sí ocurría en Soto del Real, si no accedía antes a pincharse la dosis que le suministraban por la rendija de la puerta. Una pastilla era fácil de simular tragarla escondiéndola bajo la lengua, pero una inyección no se prestaba a hacerlo tan fácilmente, menos aún siendo el foco del *zoom* de la cámara de la estancia.

—No tengáis la menor duda de que hacemos lo correcto. Yo misma o cualquiera de vosotras, sin la menor duda, nos habríamos convertido en una de sus víctimas de haber sido real el papel que representamos para engañarlo. Evitar ese maltrato a futuras víctimas es lo que estamos consiguiendo —concluye Laura dejando espacio entre palabras para que la ira las digiera lentamente.

El lago de la noche y el del día no eran el adorno exterior de una casa de campo como flejes de barricas. Aquella gran charca de varias decenas de metros cúbicos era una de las condiciones *sine qua non* que Laura había exigido a la Elvira que había contactado con las inmobiliarias haciéndose pasar por ella.

«¿Brindamos?», pensó Elvira tras ver como el cadáver de 2SRM

apresado en un cinturón de lastre desaparecía de su vista al ofrecérselo al lago.

—Buenas noches a todas y buen viaje de regreso, Ester. —Fueron las palabras que pronunció Laura, más seria de lo que el resto imaginaba tras ver lo rápido que engullía el cadáver el lago.

Barcelona y Múnich
Mayo del 2017

El Cubano voló con destino a la Ciudad Condal para cumplir el encargo que le había pedido Pablo por teléfono. El bosquejo dibujado por el cantautor hispano-francés parecía mostrar la prolongación de las vacaciones que el sicario había disfrutado en La Habana de sus amores.

Tan pronto aterrizó en Barcelona, llamó a Pablo, al que le dejó un mensaje en el buzón de voz antes de pedir el servicio del taxi que lo dejó en la puerta del hotel Sants.

Se alojó en la habitación 325, adelantó seis horas el reloj pensando que la gente de ciudad vivía demasiada estresada y decidió salir a pasear por las céntricas calles de la Ciudad Condal.

Barcelona era una de las ciudades más cosmopolitas que había visitado y no dudaba en regresar a ella siempre que podía para reafirmar su impresión con el sol multicolor de la Rambla o las lunas de variopintos colores de la Plaza Real.

Pablo lo llamó al día siguiente, después de despedir a uno demasiado atareado en el que había decidido dejar el móvil a su mánager, como hacía habitualmente, para que nadie pudiera molestarlo mientras comprobaba los detalles de unos conciertos que intentaba convertir en experiencias inolvidables de los asistentes.

El Cubano atendió la llamada.

—Pablo, amigo, ¿cómo te va? ¿Te hablo en español o en cubano?

—En español y sin la ele si eres capaz. ¿Qué tal, Cubano, cómo estás?

—Llegué ayer a Barcelona y te llamé, pero…

—Sí, sí, perdona, tuve un día de mucho trabajo. La primera jarra

la recuerdo bien, pero a partir de la cuarta empecé a verlo todo confuso. Tardé unas horas en volver a saber quién era y a qué me dedicaba.

—Vaya vida te pegas, Pablo. Todo el día a la *vailó* y dice que está trabajando.

—Bueno, voy a hacer ver que no he oído nada. Sobre todo de un tío que se ha pasado dos meses dando muela a todas las cubanas del Malecón. Escúchame, anda, que te explico de qué va la *pincha*, como tú dices. Apunta. ¿Tienes algo para apuntar?

—La cabeza.

—¿La cabeza? La madre que te parió. Escúchame bien, Cubano, tienes que ir a un pueblo de Girona llamado Caldes de Malavella. Apúntate en la cabeza: Caldes de Malavella. Cuando llegues, tienes que averiguar a quién pertenece una propiedad llamada Lazos de luz, que es una casa que está perdida por el bosque. Apunta: Lazos de luz. Necesito saber de quién es y qué se hace allí.

—¿Pornografía, drogas, timbas de póquer, contrabando de órganos…?

—¿Piensas leerme todo el muestrario? Porque si es así, me siento, amigo.

—No, mi Pablo, solo quiero saber qué debo averiguar.

—Pues nada de eso. Solo tienes que averiguar el nombre de la persona que es propietaria de esa casa y si la tiene para vivienda o para otra cosa. Te pido que seas muy discreto, no quiero que nadie te vea husmeando descaradamente por ella.

—Pablo, que estás hablando con un profesional.

—Estoy hablando con un buen amigo que hará bien su trabajo. De eso no tengo la menor duda.

—Claro que sí, mi *amol*, ya sabes que siempre estoy dispuesto a tirarte un cabo.

—Lo sé, Cubano, lo sé. Llámame cuando averigües algo. Te ingresaré seis mil euros para gastos y ya hablaremos del precio final. ¿Te parece?

—Claro, mi Pablo. Ya sabes que conmigo el dinero no es problema.

—Lo sé. Va… léeme una que no sea muy larga.

—Corta y bonita, compadre —afirma echando mano a su Biblia de bolsillo—: «Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de

vosotros, dice el Señor, pensamientos de paz y no de mal, para daros el fin que esperáis», Jeremías, capítulo veintinueve, versículo once.

Pablo colgó el móvil pensando que había llegado el momento de poner más cartas sobre la mesa, haciéndose pasar por tonto llamando a su cuñada para intentar encajar una pieza de aristas rebeldes.

Miró el reloj: eran las diez y media pasadas de la noche de Múnich, lo que equivalía a las seis y media pasadas de la tarde de un sábado sansilvestrero.

—¡Pablo! —responde Elena alegremente al ver quién la llama.

—Querida cuñada, ¿te has enterado de que lo que ha pasado? —anuncia Pablo con voz seria.

—No. ¿Qué ha pasado, Pablo? —pregunta Elena oscureciendo el timbre de su voz.

—Varios científicos de medio mundo están camino del pueblo. Ha salido en las televisiones de medio mundo.

—Pero ¿qué me dices? —responde ella intuyendo algo.

—Sí, hija, sí. Parece ser que han descubierto la esencia de la belleza en el cuerpo de la mujer con la que hablo.

—Paaaablooooo, mi amor. Te estrangularía de un abrazo si te tuviera al lado.

—Si yo te dijera todo lo que te haría… estaríamos dos días hablando.

—¡Cómo eres!

—Corazón, ¿cómo estás?

—Bien, últimamente algo atareada, porque estamos abriendo una sucursal en Portugal y me ha tocado ir algunas veces para seleccionar el personal. Pero bien, bien. ¿Y tú cómo estás y por dónde andas?

—Estoy en Múnich, preciosa. En dos días doy un concierto. Así que tengo el tiempo justo para ponerme hasta el culo de cerveza.

—Pobre de ti.

—No, no, te lo digo en serio. Tú fíjate lo mucho que se parece el alemán al del español borracho.

—Pablo, no cambiarás nunca.

—Alice ha dejado de intentarlo.

—Con ella y Pablito hablo a menudo, que lo sepas.

—¡Coño! Y yo también los llamo de vez en cuando.

—Te voy a matar como me entere de que no los llamas a diario.

—Oye, guapísima, cambiando de tema, quiero hacerte una pregunta sobre Laura.

—¿Sobre Laura? Tú dirás.

—¿A ti te ha comentado si tenía pensado comprar o le gustaría hacerse con un cortijo en Girona?

—¿Un cortijo?

—Sí, bueno, allí se llama masía, pero eso da igual.

—No, nunca me ha dicho que tuviera en mente hacerlo. ¿Por qué? ¿No estarás pensando en regalarle algo así?, porque de ninguna manera consentiré que lo hagas. Pablo, no te pases, que demasiadas cosas le has regalado ya a la niña.

—Ya estamos otra vez, venga, otra sorpresa a tomar por saco. Si lo sé, no te digo nada, corazón. Bueno, pues tendré que mirar una Barbie del Amazon y comprarle diez toneladas si me dejas hacerlo.

—No puedes negar que eres andaluz por los cuatro costados, desde luego.

—Ni pensaba hacerlo, preciosa. Salvo que tú me pidas lo contrario.

Caldes de Malavella
Mayo del 2017

Hay quien afirma haber visto, en noches de luna llena, una diáspora de estrellas, como almas huidas del purgatorio, que regresan con la luna al divisar el día. Ni las voces más sabias del lugar conocen qué las induce a marchar en bandada ni a regresar al punto de partida. Algo así le pasaba a Talía en pensamientos: a veces huía cerrando los ojos para aparecer entre sus paredes de Argüelles y, una vez allí, añoraba el cielo azul de Lazos, el aroma de las flores de campo que iba conociendo con el pasar de los días, el abrazo matinal con la centenaria higuera que hay junto a la masía, los penachos negros bordeados de blanco de las abubillas que acudían a saludarla por las mañanas, y hasta la humedad que permanecía en sus pies al regresar a la casa alargando la gélida agua de un lago abonado.

Sentirse parte de un proyecto que intentaba erradicar la violencia de género más allá de la ley lazaba a las cuatro componentes con un sentimiento de estar haciendo algo único, algo capaz de formar parte de sus memorias, algo que quizá serviría incluso de inspiración para una novela, preguntándose el lector si la historia era fruto de la imaginación del escritor o la revelación de una realidad oculta en la frondosidad de una comarca llamada La Selva.

El proyecto las hacía sentirse vivas, poderosas, útiles a una sociedad cansada de contar decenas de víctimas entre millones de lágrimas.

El tercer candidato llegó antes que el segundo en el que Laura aún andaba metida, comprobando lo fácil que era ligar como usuaria de *apps* de contacto. Pero antes de hacerlo, volvió a requerir

una decisión en consumo que volvió a llevar a Ester a las puertas de un AVE de Atocha con destino a Girona.

—¿Y por eso no debemos hacerlo? —pregunta Talía a Ester, que parece mostrar un cierto reparo.

—Yo no digo eso. Me limito a explicaros lo que veo a diario en los juzgados. La presión para una juez es considerable sabiendo que tiene a toda la familia del encausado esperando en la puerta. Eso si no irrumpen en la sala a meterle presión, como pasa a veces —responde Ester.

—Tal vez deberían preguntarse si sirven para juzgar antes de ponerse a hacerlo —tercia Talía.

—Evidentemente —responde Ester—. Y la mayoría se acostumbran, pero otras solo ven en la judicatura un trabajo seguro con posibilidades de ir ascendiendo —responde Ester.

—¿Cuál es el problema en sí? —pregunta Laura con ironía—. ¿Estaríamos dudando si no fuera un hombre de etnia gitana? —pregunta consiguiendo un largo silencio.

»Lo que no podemos hacer son excepciones. Que da cierto respeto, no digo que no, pero si lo comparamos con lo que siente su víctima viviendo con él cada día, me parece que no hay comparación posible. No ideé este proyecto pensando solo en mujeres de raza blanca bien vestidas, me importa una mierda si quienes las maltratan o violan o asesinan son blancos, payos, gitanos, cristianos, musulmanes o negros. Y me parece que deberíamos centrar nuestro tiempo en estudiar hasta el mínimo detalle cómo conseguir traerlo aquí en vez de estarnos preguntando si debemos hacerlo o no por el simple hecho de no ser payo. ¿No os parece?

—Yo estoy con Laura —afirma Talía sin titubeos.

—Está bien… *ok*… hagámoslo —se postula Elvira.

—¿Ester? —pregunta Laura.

—Si no viviera lo que vivo a menudo en los juzgados, os aseguro que no me costaría decir que sí. Pero… como bien dices, Laura, si comparo mi reparo con el mal que este individuo está causando, no hay color. Está bien. Apartémoslo de la sociedad —propone Ester dándose por vencida.

El candidato había llegado indirectamente de la mujer que había recibido un día Elvira en su consulta. La paciente mostraba un

cuadro de ansiedad cronificado, provocado por vivir una situación estresante y continua. Era la vecina de una pareja de jóvenes de raza gitana que la tenían con el alma en vilo a diario. El marido no dudaba en ponerle la mano encima a la joven con quien se había casado por cualquier motivo, traspasando los golpes el tabique que separaba las dos viviendas. El miedo a represalias y el mal momento por el que pasaba el sector inmobiliario en una zona degradada en los últimos años habían conseguido convertir la vivienda de la clienta en una celda de presidiaría que la llevaba a abusar de ansiolíticos varios. Acudir a la consulta de Elvira buscando una receta más eficiente que las dosis en aumento de las primeras suponía una nueva oportunidad para poder superar lo que no conseguía superar medicándose.

Elvira fue tirando de la madeja hasta averiguar que el muchacho provenía de una familia con arraigo y buena fama en Girona, en la que él tenía el papel de la oveja negra del clan, pasando por alto los buenos consejos del patriarca. La joven gitana provenía de una familia con raíces en Terrassa, ajena al calvario que vivía una hija amenazada, maltratada y violada a diario.

Laura no tardó en idear el plan tras aceptar al candidato propuesto por Elvira y consensuado por todas. Solo necesitaba saber si había algún día en que el maltratador acostumbraba a estar solo en casa y el color de la pared que separaba las dos viviendas. A Elvira le extrañó la segunda pregunta, pero conociendo la órbita elíptica que dibujaba la inteligencia de Laura, prefirió no preguntárselo para no mostrar que la suya era de elipse más pequeña.

Elvira se haría con las llaves de casa de la mujer aprovechando uno de los momentos en los que estaba estirada en el diván, intentando controlar la ansiedad que le amargaba la vida. La mujer llamaría a la consulta al llegar a su casa al ver que no llevaba las llaves encima. Elvira le pediría que le diera un momento haciendo ver que las buscaba por la consulta, antes de confirmarle que las había encontrado tiradas sobre la alfombra del diván, supuestamente tras haberse caído del bolso sin darse cuenta. Antes de que ella regresara a buscarlas, las copias estarían hechas. Con las llaves en su posesión, le recetaría escaparse una semana de vacaciones bajo la excusa de tener que desconectar si no quería

poner en riesgo su salud mental y física. Semana que aprovecharían Elvira y Laura para entrar en la vivienda un miércoles a las cuatro en punto de la tarde y comprobar por la mirilla que a las cuatro y media salía la víctima a limpiar una casa, dejando al maltratador solo durante unas horas. Se daría entonces el momento idóneo para empezar a taladrar la pared que compartían ambas viviendas, sin parar, hasta agotar la paciencia del vecino, que no tardó en consumirla picando a la puerta malhumorado quedándose sorprendido al ver las dos rubias bellezas que se presentaron como nietas de la vecina. Bellezas que le pidieron disculpas por ser tan torpes al hacer un agujero para colgar el cuadro que le habían comprado a su abuela, con la intención de darle una sorpresa cuando regresara de sus vacaciones, induciendo a que el hombre de tez morena, barba de días y metro setenta no dudara en aceptar la propuesta de ser él quien acabara haciendo el agujero para meter el taco, ni dudara después en volver a decirles que sí, esperando cobrar algo en especies cuando le preguntaron si sería tan amable de ayudarlas a descargar el cuadro pesado que estaba en el interior de la furgoneta que habían alquilado para traer el cuadro.

Laura abrió la puerta de atrás del furgón, le enseñó el cuadro que debía descargar, le indicó por dónde debía sujetarlo para sacarlo con cuidado y subió detrás de él, supuestamente para ayudarle, asestándole un golpe en la cabeza lo suficientemente fuerte para dejarlo aturdido sin noquearlo. Y, aprovechando el baile de estrellas que revoloteaban por su cabeza, le inyectó anestesia para dejarlo fuera de sí durante unas horas.

Después subió al piso de la mujer, enmasilló la pared de blanco, colgó el cuadro que tapaba la masilla fresca, recogió el taladro, cerró la puerta después de mirar por la mirilla que no había ningún vecino en el rellano, introdujo la hoja que había redactado por la rendija inferior de la puerta de la víctima y regresó a la furgoneta sin saber que Elvira rezaba intentando alejar el milagro, «levántate y anda», de la vida del paquete durmiente.

Llegaron a Lazos de luz y, con la ayuda de Elvira, lo dejaron estirado sobre la cama de 2NL, la habitación en honor a su madre y a todo lo que significaba en su vida.

La víctima regresó a casa pasadas las siete con la intención de no enojarlo, para entregarle tan pronto abriera la puerta los treinta

euros que había ganado aquel día limpiando una casa. Al entrar, vio un papel en el suelo y lo cogió de inmediato. Era una carta de despedida que había mandado escribir a alguien con buena letra, según rezaba ella misma.

La carta le pedía perdón por todo el maltrato que le había causado desde que vivían juntos y por todas las veces que había abusado de ella sin su consentimiento. Le anunciaba que necesitaba iniciar una vida lejos de allí, que no tenía previsto volver a España y que no intentaran buscarlo, porque estarían perdiendo el tiempo.

La muchacha llamó desconcertada a sus padres y a sus suegros para explicarles lo que apenas podía creerse a pesar de haberlo leído en la hoja de despedida cinco veces seguidas. Las dos familias se reunieron a altas horas de la noche en su casa, descubriendo por primera vez, entre lágrimas de confesión de la víctima, el trato vejatorio que le había ofrecido desde el primer día de matrimonio y las palizas que recibía a menudo, impidiéndole reunirse con ellos cuando ni el maquillaje era capaz de no levantar sospechas.

El padre de él le pidió perdón al de ella, jurándole por sus muertos que su hijo no volvería a ponerle una mano encima a su hija mientras él viviera.

La policía científica confirmó días después que la hoja había sido escrita por el propio 2NL. En ella aparecían sus huellas. Huellas que había dejado impregnadas al apoyarse sobre el reverso de la hoja enganchada al cuadro, tal y como Laura le había pedido que lo sujetara para sacarlo cuidadosamente de la furgoneta, antes de asentarle el certero golpe.

2NL permaneció poco más de un mes en Lazos de luz. No tardó en pedir la soga que le propuso una voz femenina al ver que empezaba a tocarse de la cabeza, días después de responderle que de allí no saldría con vida.

Su decisión consiguió tranquilizar a Elvira, que no conseguía tenerlas todas consigo al mostrar ser una persona difícil de encajar en alguno de los estereotipos psicológicos y de las conductas típicas asociadas a estos.

Talía también lo celebró por la parte que correspondía a hacer el planeta un poco más habitable.

Ester utilizó los tres grupos de WhatsApp que compartían con otras personas para enviar encriptado el mensaje a las tres

restantes: «Segundo candidato muerto». El primer mensaje rezaba: «Segundo día que decido tomarme una cervecita después del trabajo». El segundo: «El esperado candidato dispuesto a enamorarme de por vida está tardando mucho en llegar a mi vida, nenas». Y el tercero: «¡*Socorro*, estoy agotada, casi muerta, necesito un trabajo menos estresante!».

Los tres mensajes cumplían con las reglas uno, tres y cinco (cinco, en este caso, al ser un mensaje de tres palabras), tal y como les había explicado Laura.

Laura se despidió de ellas de nuevo con la cara seria tras ver como el lago se tragaba al segundo muerto, siendo consciente de cargar con otro cadáver a sus espaldas a pesar de sentir el placer de ver aparecer una luz que en el horizonte de una mujer con toda la vida por delante.

La clienta de Elvira la llamó tan pronto regresó de sus vacaciones en Benidorm.

—No te lo vas a creer, Elvira.

—Si no me cuentas el qué, me va a ser difícil hacerlo le respondió Elvira por teléfono.

Mi vecino se ha ido del piso según me ha comentado su mujer. Parece ser que se ha marchado de casa. Dios mío de mi vida, Elvira, no puedo creérmelo.

Lisboa
Junio del 2017

Pablo continúa con la gira de su último álbum por tierras portuguesas, dándose un baño de irisadas almas de colores y sexos coreando estribillos la noche anterior. Sus nuevas canciones comparten repertorio con las más arraigadas de los elepés anteriores, haciéndolo sentirse esclavo de su propio legado musical.

Aún tiene presente el recuerdo del primer concierto que dio en Lisboa durante su primera gira internacional: apareció en el escenario del Estadio Nacional do Jamor a las diez en punto de la noche, a pasos lentos, ahorrándose la habitual carrera que lo llevaba de las bambalinas al filo del escenario.

Aquella noche se ahorró la enérgica patada con que saludaba el micro, que lo estampaba contra el suelo nada más salir y hacía enloquecer a su público. Aquella noche se detuvo frente a él, lo extrajo suavemente del soporte que lo sujetaba, miró a sus músicos, perdió la mirada entre un público de más de treinta mil almas, cogió su guitarra y dejó un largo protagonismo al silencio que el público respetó sosteniendo su aliento; erizó el momento al confluir todos sus gestos, provocando un estallido de gritos, sentimientos y lágrimas, como no recordaban los cimientos del estadio, al empezar a cantar *E Depois do Adeus (Y después del adiós),* la canción de Paulo Carvalho que utilizó el ejército luso para anunciar la Revolución de los Claveles.

El recuerdo pertenece a un día del año 1991 de *Sombras de niebla*.

El presente acaba de mostrar a Pablo que lo está llamando el Cubano.

—Cubano, ¿cómo estás?

—Bien, Pablo, bien. Tengo novedades.

—Tú dirás.

—¿No te cojo encima de una hembra?

—No, tranquilo, estoy debajo de dos, pero puedo hablar tranquilamente. Serás capullo…

—Vale, hermano. Te cuento: como ya te dije, tu sobrina compró hace dos años una masía que se llamaba Cal Ferrer, por ciento, veintitrés mil euros. En el ayuntamiento de este pueblo… que, por cierto, vaya tías más guapas hay, mi chamaco… Las tengo en el bote, Pablo. He conocido a una tomando un *cafesito* en la cafetería del balneario que…

—¡Céntrate, Cubano, coño, y déjate de rollos! —lo interrumpe Pablo.

—Está bien, hermano. Cal Ferrer, la masía se llama así y es de tu sobrina. No hay ningún fallo posible, ni en el registro ni en el Ayuntamiento.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo —responde el Cubano sin titubeos.

—De acuerdo. Escúchame bien entonces: necesito que averigües qué hace mi sobrina en esa masía. Si la tiene para descansar, para plantar tomates o para lo que cojones sea. También si vive en ella o en la casa donde yo la fui a visitar. A qué hora entra y sale, en fin, lo quiero saber todo, absolutamente todo. Llámame cuando hayas averiguado algo.

Pablo colgó esta vez sin esperar a que el Cubano se despidiera leyendo un fragmento de la Biblia como solía. Se quedó pensativo reposando la mirada sobre el cuadro de la habitación del hotel donde se hallaba sentado en una cama de matrimonio. ¿Por qué Laura, la niña que tantas veces había alzado al cielo y por la que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa en su vida por ella, lo había engañado? ¿Qué intención tenía? ¿Para qué quería una masía si ya había comprado una casa? ¿Tal vez por eso había insistido tanto en lo cara que le había costado, intentando maquillar la compra de una propiedad paralela?

El tiempo parecía detenerse en manos del pintor del cuadro que observaba sin apenas mirarlo. No lo conocía, no sabía quién era, no intuía cuánto habían tardado sus pinceles en transformar el bosquejo en el óleo que apresó un marco sin tiempo. Por momentos,

sabía tanto de aquel artista como de su sobrina, y eso le hacía sentirse incómodo. La carta de su hermano volvió a aparecer en su mente, una vez más, como lo hacía siempre que la vida se empecinaba en decirle que dos más dos no siempre eran cuatro, ni la ce venía siempre después de la a y la be precedentes.

Decidió llamar a Alice para interesarse por ella y por Pablito, su hijo, a pesar de haber hablado con ellos hacía menos de dos horas. Necesitaba que alguien le preguntara cómo estaba en ese momento y llamarlos al poco rato de haberlo hecho daba pie a ello sobradamente. Necesitaba una conversación mundana para quitarse de encima las preguntas que asaltaban su mente sin poder ofrecerles una respuesta coherente.

Caldes de Malavella
Julio del 2017

Laura supo que era en la residencia Cardenal Jubany, destino de sacerdotes jubilados que habían entregado su vida en cuerpo y alma a sus feligreses, donde se hallaba el padre Manel, *mossèn* Manel, como lo habían llamado en las cuatro rectorías que había regentado.

El caso se había filtrado por la prensa unas semanas atrás con cierta repercusión social, ignorada por otros medios de comunicación. Un hombre cercano a los cuarenta años había decidido denunciar los abusos que había recibido del padre cuando asistía a la catequesis de la primera comunión de su pueblo. Y, tras él, seis catecúmenos más de diferentes parroquias y añadas habían acabado denunciando al padre por los mismos abusos. Los tocamientos, felaciones y algunas que otras penetraciones anales formaban el repertorio de pecados mortales del padre, aún pendientes de ser absueltos por una sociedad poco amiga de los actos de constricción y penitencias.

El juego inicial con el que había despertado esos pecados, ocultos bajo una sotana parroquiana, se había incrementado con el tiempo consumando delitos de mayor calado que llevaban al padre, en ocasiones, a desear su propia muerte tras consumirlos con hilos de saliva en los labios, evitando la mortificación para no hacerse daño.

El padre Manel había nacido en Vic en 1937, en plena guerra civil española. La falta de recursos de una familia de siete hijos y los pilares patriarcales de un clan de estandarte falangista lo llevaron a

ocultar la inclinación sexual que sintió desde pequeño. Tener un hijo homosexual era una deshonra para un *pater familias* que conseguía abrirse camino gracias a la leche de una pequeña granja. Con el tiempo, la familia se convirtió en uno de los grandes productores lácticos de la Cataluña Central. El padre se sentía tan orgulloso de haber conseguido hacerse empresario como de ser perseguido por miembros del Opus Dei ansiosos de convertirlo en supernumerario.

El viento a favor arrastró lejos la conversación en la que su hijo le había confesado no sentir la mínima atracción por las mujeres, ocultándole su verdadera inclinación sexual. El padre celebró que Dios hubiera querido obsequiar a su familia dándole un hijo con vocación espiritual.

Manel entró al seminario, demostró ser un estudiante aplicado dispuesto a regalar a su padre uno de los días más felices de su vida al verlo postrado, humilde, sobre el suelo de la Catedral de Girona durante el rito de ordenación sacerdotal.

Desde ese día, se convirtió en más que en un hijo preferido, en el único de los seis hermanos capaz de ofrecer a su progenitor la llave maestra del cielo.

Elvira ha seguido a escondidas durante varios días los pasos del padre Manel. Cada mañana, tocadas las diez, sale a pasear por espacio de una hora larga. De la residencia Cardenal Jubany, donde vive junto a otros sacerdotes jubilados, se dirige a paso cansino a la terraza exterior del hotel Bellavista, pasando por una calle empinada llamada Pujada dels Polvorins, en la que acostumbra a tomarse un descanso contemplando las privilegiadas vistas de la ciudad, antes de recorrer el camino de vuelta.

Laura ya tiene el plan: Elvira aprovechará el tramo solitario de la Pujada dels Polvorins para atropellar en bici al padre Manel, llevándolo al suelo. Laura ha visto el pequeño accidente por casualidad al ir conduciendo detrás de la bicicleta. Por causalidad y fortuna para el atropellado, es médica. Por casualidad, le pide al padre que suba a la furgoneta para curarle las heridas. Y por casualidad, el tramo no dispone de ningún comercio cercano que pueda grabar el incidente.

En Cardenal Jubany no tardarán en echar en falta al padre que amenaza con pudrir las buenas obras del resto de los residentes jubilados.

Laura ha propuesto el candidato, Talía lo ha aceptado sin dudarlo y Elvira también. Ester ha vuelto a enviar un comunicado encriptado diciendo que ella no comparte la decisión, por lo que Laura ha vuelto a citarlas a todas en Lazos de luz.

—Yo misma te propuse que fuera el padre que abusó de mí y me dijiste que no, Laura, porque era venganza —comenta Ester mirando a Laura desde el sofá del salón de la masía.

—Y tienes razón.

—¿Entonces?

—Cuando tú nos lo explicaste, no percibí en ti ninguna herida abierta. Sí, ya sé, que solo tú sabes el daño que te causó y nada más lejos de mi intención restarle importancia. Pero… me pareció que has sabido superarlo o, al menos, esa es la sensación que me dio al ver la tranquilidad con que lo explicabas. Y puedo estar equivocada. Pero este hombre, y digo hombre porque lo de padre no lo merece, abusó durante años de bastantes criaturas que iban a hacer catequesis. De momento son unas diez las que han roto su silencio, pero no es difícil imaginar que pueda haber algunas más. Fue rector de parroquias bastante grandes. Me hierve la sangre solo de pensar que una persona con sotana pueda llegar a cometer esas atrocidades. Y no me vengáis con el discurso de que son la minoría. Ya sé que son la minoría, la inmensa minoría, solo faltaría que fueran la inmensa mayoría.

—Tampoco sabes cuántas fueron las víctimas del mío —argumenta Laura.

—Yo no, ¿y tú? —Ester aparta su mirada de Laura—. Ester, si el padre que abusó de ti lo hizo también con otras personas, no dudes de que haremos todo lo posible por traerlo también aquí. Pero yo no lo sé y parece que tú tampoco. Me parece que no me estoy explicando bien.

—Sigo pensando que no deberíamos hacerlo —concluye Ester—. Yo estudié en un colegio de monjas, aquel cabrón abusó de mí, pero también conocí a maravillosas personas que han entregado su vida a Dios y… no sé, no me da buen rollo hacerlo si os digo la verdad. Además, es un hombre de ochenta años.

—Estoy de acuerdo contigo. Ojalá yo tuviera la fe de esas personas. Te aseguro que nada me gustaría más, pero no la tengo, a pesar de tener entre las personas que más admiro a Pere Casaldáliga —confiesa suavizando la voz. No insistiré más. Si no estás de acuerdo, no lo haremos.

Ester vuelve a apartar su vista. Los recuerdos infantiles aparecen en su mente a la par que lo hacen las imágenes de algunas monjas con las que aún mantiene amistad. Las sensaciones se amontonan intentando llevarla a extremos opuestos. Todavía nota cómo aquel hombre introducía sus dedos en la vagina, cómo le tocaba los pechos, cómo le pedía que introdujera el pene en su boca, calificándolo de un simple trozo de piel como las mejillas o las manos. Todavía se acuerda de haber tenido a sor Fina y a sor Rosario rezando por ella durante los días de selectividad, brindando con ellas tras la licenciatura en Derecho que la llevó a volver a visitar el colegio, su colegio, un centro donde fue feliz y al que de vez en cuando acudía un hombre que le pedía que hiciera cosas tan raras que no se atrevía a explicarlo a su familia.

—Pues no, lo siento mucho, Laura, pero no estoy de acuerdo.

«Bien», piensa Laura para sus adentros mostrando una cara hierática. Era lo que esperaba, el acto en el que debía dejarse vencer para no vestir su figura con capas dictatoriales que pudieran aislarla a largo plazo. Aquel plan necesitaba que todas se sintieran igual de importantes, que todas supieran que podían ser capaces de vetar una decisión aunque procediera de la artífice del proyecto.

Ahora Laura ya sabe que entre ellas hay una que aspira a leer dos guiones: el propio, que es el de la encargada de entrar y salir por los juzgados sin delito ni cumplimiento de condena, y el que corresponde a la que es capaz de imponer un sí entre noes y un no entre síes, que tenía reservado por edad y carácter exclusivamente a Talía.

—Os invito a comer, amigas —concluye Laura dando carpetazo al asunto.

Tres días más tarde, Laura recibió una llamada de Ester.

Al parecer, el tema que Laura ya daba por zanjado había continuado dando vueltas en la mente de la abogada. El uno entre

tres que había acabado imponiendo la letrada empezó a flaquear al cuestionarse si lo más acertado se hallaba en la excepción o en la mayoría.

Ester fue a hablar durante esos días con una de las monjas con las que aún mantenía una amistad sincera. Le confesó sollozando que el padre que visitaba el colegio había abusado durante años de ella y que necesitaba denunciarlo, a pesar del tiempo que había transcurrido desde entonces, para poder pasar página de una etapa que seguía carcomiendo sus días.

La anciana mujer la miraba con cara de comprensión y arrepentimiento, como si su rostro emocionado tuviera la capacidad de pedir el perdón ajeno. Ester se sintió fatal, se arrepintió de habérselo confesado a una edad poco propicia y más después de tantos años. Abrazó a la madre, le pidió perdón por haberla entristecido con sus problemas y escuchó sorprendida de unos labios trémulos la confesión de que ellas ya imaginaban que lo hacía, pero nunca habían tenido fuerzas para denunciarlo. Ester le dio un beso en la frente y la dejó allí sentada. Cogió el móvil y llamó a Laura, saltándose el procedimiento de enviar tres mensajes de grupos de WhatsApp.

A Laura le sorprendió que Ester la llamara y esperó que no dijera ninguna palabra que un día pudiera comprometerlas de quedar registrada.

—Ester.

—Hagámoslo.

—Has cambiado de opinión. Prefieres ir a cenar que a comer. Vale, ningún problema —disimuló Laura con voz seria.

—Con la condición de que…

—Ester, no puedo atenderte. Envíame un wasap cuando puedas —le dijo antes de colgarle al temer que dijera algo más difícil de disimular.

El mensaje encriptado llegó de inmediato: «La condición es que sean los dos». Laura le respondió que estaba de acuerdo, pero que necesitaba tiempo y más información de la que disponía hasta el momento.

Quedaron en verse de nuevo un fin de semana, pero no hizo falta. El padre que había abusado de ella había muerto hacía meses sin que ella lo supiera. Tampoco supo nunca que la monja no se

emocionó tanto por escuchar sus sentidas palabras, sino por haberle hecho recordar que ella misma había corrido idéntica suerte.

El padre Manel subía por la calle Pujada deis Polvorins días más tarde, cuando por casualidad una bicicleta lo llevó al suelo, con la fortuna de que tras ella venía una médica que pudo atenderlo en el asiento de atrás de su furgoneta. Apareció en la prensa al día siguiente, rezaron por él los párrocos de la residencia a pesar de que no intercambiaban demasiadas palabras con él al saber lo que había hecho.

Desde la comisaría de Mossos d'Esquadra encomendaron a una pareja su búsqueda durante unos días, sin tener noticias del sacerdote que había salido en los medios con dos palabras diferentes: *violador* y *desaparecido*.

El padre Manel debía ocupar la habitación 2SDCRM en honor a la persona que ofreció el fetiche «las diferentes caras de la vida, tesoro», pero fue la misma Laura quien prefirió encerrarlo en 2RMT, en honor a la bíblica Tamar, la mujer que, según narra la leyenda, evitó ser asesinada por el mismo hombre que había causado su delito: quedar embarazada sin tener esposo.

* * *

La red de contactos de Elvira, Ester y Laura está dando muestras suficientes para prever que Lazos de luz empiece a soñar con colgar un «no quedan plazas libres» en la puerta de entrada bastante antes de lo imaginado.

Las últimas violaciones consumadas en manada, con una repercusión en medios más sensacionalista que denunciable, no han hecho más que ahondar la indignación y frustración de miles de mujeres dedicadas a la causa. El mundo parece poco dispuesto a erradicar las ciento cincuenta mujeres de media larga que son violadas, agredidas sexualmente o asesinadas en el mundo a diario.

Elvira recibió una llamada proveniente de la oficina de una organización feminista de Badajoz que sobrevivía transformando en algo la nada para ofrecer atención a mujeres víctimas de violencia

de género. El hombre se llamaba Antonio y era reincidente.

Antonio había nacido en 1972 en el pueblo pacense de Almendralejo, municipio en el que vivió hasta despedir una adolescencia recortada a manos de una hombría de Ducados y escupitajos asquerosos. Hijo de un padre que doblaba en la barra del bar la jornada del campo, desde pequeño mostró poco interés por unos estudios que consideraba una pérdida de tiempo o un tiempo robado al trabajo, como escuchaba en casa. Nunca ayudó a poner la mesa ni a barrer ni a hacerse la cama porque eran cosas de niñas que solo habrían hecho que avergonzar al padre. Su madre lo hacía todo por él para no disgustar a un marido dispuesto a educar a su macho alfa a imagen y semejanza para evitar convertirlo en uno de los sarasas que visitaban el pueblo en verano, procedentes de las provincias ricas de España.

Antonio se hizo camionero, viendo que el campo no daba para vivir y la delincuencia a pequeña escala no le daba más que para unas cervezas y unos cuantos porros.

La primera vez que le volcaron la carga de fruta, en la frontera francesa, ocurrió a los pocos días de cumplir veinticinco años. Había recogido una carga de frutas de los invernaderos almerienses con destino a una Múnich hambrienta de ingerir buena cosecha. Fue la primera vez en su vida que la frustración lo eligió para mostrar el significado de una palabra difícil de entender solo con teoría.

Antonio se topó con una chica de carretera regresando a Almería con la carga perdida. Descargó en ella la rabia que sentía por no haber podido romper la cara a las decenas de franchutes que habían hecho perderle tiempo y dinero. Unos cientos kilómetros después, paró el camión. El descampado era apartado y la tierra no parecía muy dura para cavar en ella un agujero a escala humana con medios rudimentarios.

La policía llamó a su puerta pocos días después de que alardeara en uno de los bares que frecuentaba, con más alcohol encima que un boticario, de haber enterrado a una puta después de violarla un par de veces seguidas.

Cumplió la condena y salió de prisión con cuarenta y un años y la vista en condiciones para seguir conduciendo. Se juntó con una mujer sin decirle que era expresidiario ni darle pista alguna de cómo reaccionaba tras un mal día. Regresó a la cárcel por tener

relaciones sexuales no consentidas con agravante de alevosía, como reflejó el fallo de la jueza. Cumplió ocho años más en prisión antes de beneficiarse de un tercer grado que le volvió a permitir respirar aire libre. No tenía hijos, su padre había muerto hacía años y su madre intentaba, al igual que sus víctimas, olvidar la cara que tantas veces protagonizaba sus pesadillas.

Antonio no dudó en ofrecer ayuda a la joven que había dejado tirada una furgoneta a altas horas de la noche en una carretera solitaria con la única compañía de un móvil sin batería. Solo le pidió, a cambio de llenar el radiador con líquido anticongelante, que era lo que había provocado la avería, yacer con ella para no enfriarse.

Entró a Lazos de luz ocupando la habitación 2SDRM, que, por orden de llegada, debía haber ocupado el huésped que le llevaba cientos de rosarios de ventaja.

Palma de Mallorca
Agosto del 2017

El gemelo Rafael hace meses que duerme en el campo santo de Palma de Mallorca. Algo más de los días que han pasado desde que el abuelo, que en paz descanse, volvió a visitar al notario con la intención de doblegar sus últimas voluntades escritas para poder doblar la herencia al único heredero que había quedado con vida.

Miquel se siente seguro. Atrás han quedado los días en los que unos hilos de autoreproche intentaron enturbiar la gloria del proyecto que ha llevado a cabo. Todo salió a pedir de boca, todo fue ejecutado tal y como había sido planeado: el sicario, llamado el Cubano (un contacto facilitado por un amigo encontrado ahogado días después en *Cala d'Or*, junto a su yate varado) había hecho bien su trabajo sin llegar a conocer la cara del hombre que le había transferido veinte mil euros.

La colisión entre los coches del accidente había provocado que se incendiara el de Rafael, convirtiendo en humo las huellas. Su esposa había quedado viuda y, por tanto, volvía a estar en la casilla de salida, donde Miquel le había propuesto empezar de nuevo con el vivo más parecido al muerto que había traspasado. Pero ella, a pesar de la insistencia de Miquel, no parecía dispuesta a volver a jugar la partida, por muy similares que fueran las fichas, así que aquel no dudó en poner en marcha el plan B que había diseñado, esperando no llevarlo a cabo.

Lo único bueno que tenía el plan B era sus dos consecuencias: recuperar los veinte mil euros con intereses que había pagado a un tal Cubano y evitar para siempre que la viuda volviera a yacer con otro macho.

El Cubano recibió un día por sorpresa un mensaje en su móvil

proveniente de un teléfono no identificado. En él se veía una foto de la persona que había enviado al otro barrio meses atrás. El problema en sí no era la fotografía, pudiendo ser un simple recuerdo en vida, sino la fecha del ejemplar del *Diario de Mallorca* que leía el hombre que había liquidado cumpliendo el encargo. En la mente del cubano no había explicación alguna a aquella fotografía, salvo que se tratara de una foto retocada mediante algún programa informático o de un auténtico milagro; dos opciones más inverosímiles que la de caer en la cuenta de haber servido a un gemelo despiadado.

Respecto a cómo terminar con la vida de la viuda y el Cubano, previo pago, la cuestión era bastante sencilla en la mente de Miquel: hacerlos coincidir para aprovechar la misma bala, evitando así doblar las huellas.

Desconociendo algún otro buen amigo que pudiera facilitarle el contacto de un nuevo sicario, Miquel prefirió adentrarse en la *deep web* utilizando un perfil falso y la identificación de un ordenador que nada tenía que ver con su empresa, ni con su familia, ni con sus allegados.

—No sabía que la *deep web* ofreciera un catálogo de productos tan amplio —teclea Miquel.

—Todo depende del dinero que se esté dispuesto a pagar. —Aparece en la pantalla de su ordenador.

—El dinero no es un problema si el trabajo se hace bien hecho y sin dejar rastro. Y espero no verme obligado a buscar a otro como tú por tercera vez. Si el primero hubiera hecho bien su trabajo, tú y yo no tendríamos nada que decirnos, así que espero por tu bien que sepas lo que haces.

—No te quepa la menor duda de que has dado con la persona correcta.

—¿Cuánto?

—Cien mil. Cincuenta mil ahora y la otra mitad al finalizar el trabajo.

—Veinticinco mil ahora y veinticinco mil cuando envíes la foto —teclea despacio.

—Setenta mil en dos mitades. No aceptaré una cantidad inferior.

Cargarse un matón no es tan sencillo como puede parecerte sentado en tu sillón de piel, como me imagino que estás.

—De acuerdo. Pero ten en cuenta que, si no haces tu trabajo, serás mi próximo protagonista.

Los pormenores se fueron concretando al ir pasando los días sobre la confianza que le daba haber tildado con éxito el primero que había llevado a cabo.

El primer paso sería asustar al Cubano enviándole la foto del muerto vivo que probaría que no había hecho bien su trabajo; el segundo, exigirle la devolución del dinero con intereses si quería seguir contemplando lunas y soles, y el último, hacer coincidir viuda con el Cubano para hacerles un par de fotos antes de liquidarlos.

Luego era cuestión de esperar que la prensa emitiera la noticia y, tras recibir una fotografía anónima de un supuesto periodista, Miquel podría reunir la familia compartiendo las dudas que empezaba a tener respecto a si había sido un fortuito accidente el que había acabado con la vida de su hermano o una macabra estrategia de su amada cuñada.

Caldes de Malavella
Septiembre del 2017

La plasticidad del cerebro puede llegar a ser tan elástica como el optimismo que estira el gris hasta el verde. O incluso el de la mente que afirma que el negro es un blanco oculto entre las sombras del tiempo.

Las mentes de Ester, Elvira y Talía también lo estaban asumiendo y experimentando. Aquel plan que consiguió robar el habla de Elvira, Ester y Talía al conocerlo se ha ido transformando de algo excepcional a corriente, incluso más que necesario. Algo que más que unirlas, las hace pensar y actuar como una mujer sola. Todas desean ver a Lazos de luz a pleno rendimiento, soñando con ver algún día una sociedad incapaz de aportar candidatos a hospedarse en ella.

En el preciso instante de ese día, Talía ha contagiado el salón de Lazos de luz de joviales risas, después de comunicarles que el padre parece más feliz que nunca, convencido de que el cubículo es el purgatorio y él el elegido para el milagro de ser el primero que entra en él antes de muerto.

Laura intenta mostrar en su rostro la seriedad que el tema merece, comprobando que va a ser difícil hacerlo mientras Talía continúe aportando comentarios que vientan los precedentes.

—Te pasas tres pueblos, Talía. Hablas por el micro cada dos por tres para animar al pobre hombre a seguir rezando con una voz angelical como si fuera la de la Virgen María —le recrimina desternillándose Elvira.

—¿Y qué dice el padre? —pregunta Ester.

—Coño, que se cree que lo soy de verdad. O al menos se pone a rezar con más ganas y en voz más alta después de escucharme. Se

pasa el día rezando el rosario. Venga a contar bolitas, venga a contar bolitas, todo el día con las bolitas… ¿Queréis decir que no nos hemos equivocado de sacerdote? Yo a este no me lo imagino muy *empalmao* con tanto rezo —comenta Talía.

—¿Y si sigue así? ¿Porque cuánto tiempo lleva ya? —pregunta Ester mientras Elvira vuelve a reír de nuevo.

—Varios meses y va para largo —responde Elvira desternillándose.

—A este le ha gustado la estancia a pensión completa. Habrá que hacer algo con él como continúe así, ¿no, Laura? —pregunta Ester mirando a Laura, tronchándose de risa.

—No haremos nada. Por mí, puede estarse treinta años si quiere. Tiene mucho que purgar, así que no os extrañe que vaya para largo —responde Laura mostrando una tímida sonrisa, intentando poner algo de seriedad al asunto—. Ojalá todos reaccionaran como él y nos viéramos obligadas a abrir la puerta con la certeza de no sumar más víctimas —apunta Laura enseriando los labios.

—¿Lo harías? —pregunta Ester mostrando en su rostro cierta incredulidad.

—Me lo plantearía antes de pedir vuestra opinión —responde Laura con mirada de sable.

—Te va a salir cara la pensión del padre —apunta Talía intentando relajar los labios de Laura.

—Qué yuyo me da el hombre este, tías —comenta Elvira—. A este no lo metamos en el lago, que es capaz de salir todos los domingos a decirnos misa.

—¿Y el camionero? —pregunta Ester.

—Ese está mejor —responde Talía sonriendo—. A ese ya me lo habría tirado algunas veces si no fuera porque tengo al padre en la habitación de al lado.

—Joder, qué salida vas, Talía —comenta Ester—. Pero ¿bien?, ¿qué quieres decir? ¿Qué está a gusto también en la habitación?

—No, tonta —responde Talía intentando hablar entre risas—, que está bien para irse al lago de aquí poco.

—Madre mía —tercia Laura—. Menos mal que hay una psicóloga entre nosotras, porque sino pareceríamos cuatro locas en la sala de un manicomio.

—¡Y no lo somos, ¿eh, cariño?! —afirma Talía con ironía—.

Vamos, que el chiringuito que has montado aquí es algo de lo más corriente. Como el que abre un bar con terraza en la plaza del pueblo, salvo que nosotras hemos abierto una casa con lago para muertos —glosa Talía yendo al baño meándose de risa.

Unos minutos después de la seriedad que reclamaba Laura, esta apareció con unas *pizzas* recién horneadas y una ensalada para Elvira, pidiendo una voluntaria para traer los refrescos.

—Tengo buenas noticias —anuncia Laura sirviendo las raciones.

—¿Más todavía? —comenta Talía consiguiendo que Laura la mire con una mirada de cariñoso reproche.

—Por fin ha contactado un tío conmigo por Meetic, bueno, de contactar no os podéis imaginar la cantidad de babosos que han contactado, pero me refiero a uno que… me da que podría tratarse del que andamos buscando.

—¿En serio? —pregunta Ester.

—Sí, en serio. Después de tanto tiempo, parece que empiezo a recoger frutos. Llevo días hablando con él. De momento, tan solo me ha confesado que es más joven, más fuerte y más guapo que el tío de la foto que aparece en su perfil, y que me anima a que sea yo quien lo compruebe personalmente.

—Ve con mucho cuidado, Laura —recomienda Ester—. Si es él, te aseguro que sabe engatusar muy bien a sus víctimas. Es un profesional.

—Este de momento no lo hace nada mal —comenta Laura—, y por eso me da que andamos sobre la pista correcta. El otro día me dijo que tenía en mente montar una pequeña empresa que iba a ser un negocio redondo, pero que andaba algo justo de dinero y necesitaba pequeños inversores dispuestos a obtener grandes beneficios. Pero… se negó a explicarme de qué se trataba ni de la cantidad que tenía en mente hasta no conocerme personalmente. «Podrías robarme mi brillante idea y hacerte rica tú sola», me dejó ir el tío. Creo que voy a quemar un cartucho… —anuncia pensando en voz alta.

—Explícate —la acucia Talía.

—Voy a comentarle que vivo en Caldes de Malavella y… a ver qué pasa.

—¿No es algo arriesgado? —comenta Elvira.

—Lo es todo lo que estamos haciendo, Elvira. Y, al fin y al cabo,

si queremos coger a este cabrón, tarde o temprano tendré que verme con él cara a cara —respondió Laura, mostrando la seguridad en el semblante que necesitaban ver el resto continuamente.

La noche se alargó abrazando una conversación que recorrió temas dispares, hasta que Talía y Elvira decidieron compartir una película y Ester entendió el gesto sutil que le hizo Laura, confirmando en la habitación lo que había conjeturado antes.

Hacía demasiados días que Laura solo tenía relaciones con una Elvira algo frígida últimamente y necesitaba volver a sentir el placer de enloquecer a una mujer para poder volverse loca. Luego se vistió, apareció de nuevo en el salón y se despidió de Talía y Elvira dándoles dos besos a cada una.

Al llegar a casa, escuchó un ruido en la parte de atrás del jardín. Los perros de un vecino ladraban y se acercó despacio al lugar donde algo o alguien había roto el silencio sin tenerlas todas consigo. No había nadie. Debía ser un gato, como siempre, pensó entrando en casa más tranquila.

A la mañana siguiente, Laura regresó a Lazos con una bandeja de pequeños cruasanes de chocolate y el libro de Betty Friedan, *Mística de la feminidad*, que le había encargado Talía y había podido conseguir en los estantes de una centenaria librería gerundense. Talía entró la primera a la cocina sonriendo al ver el ejemplar sobre la mesa, y Ester y Elvira entraron tras ella atraídas por el olor del hojaldre recién hecho.

—Ahora espero que lo lea —desea Talía hojeando el libro que tenía pensado entregar a 2RMT—. Al menos ya tendrá otra cosa que hacer que ir contando bolitas.

Laura se despidió de seguida para cubrir la guardia que tenía aquel día. Le aseguró a Ester, ante su insistencia, que iría con cuidado en la búsqueda del misterioso reincidente de la red, tomando en serio el consejo de ir con cuidado al enfrentarse a un individuo con grandes dotes de inteligencia y persuasión.

Elvira hacía días que le iba dando vueltas, y más aún tras la charla que había compartido con el desconocido que se había

encontrado en la cafetería del balneario de Caldes al que solía acercarse a tomar algo antes de llegar a la masía. Era un hombre alto, moreno, de fuerte complexión aparente que, al parecer, se alojaba allí desde hacía días, pero con el que hasta entonces no había coincidido. Fue él quien se acercó a ella y ella quien permitió que no marchara de seguida. No era la conversación vacía y mundana que había tenido con él lo que preocupaba a Elvira, sino cómo aquel individuo había conseguido acelerar las sensaciones de orientación sexual que últimamente experimentaba intentando negarlas continuamente.

Talía fue a la sala de control, comprobó que todo estaba en orden y se estiró en uno de los sofás del salón después de preguntarles si no les importaba escuchar a Einaudi, de música de fondo, a quien calificó como su pianista preferido.

Elvira se estiró también apoyando su cabeza sobre el regazo de una Ester que empezó a acariciarle el pelo. El momento idóneo había surgido de pronto para Elvira, propiciado por la ausencia de Laura y el convencimiento de no poder mostrar su fragilidad ante ella para no apoderarse aún más del eslabón débil de la cadena que había asumido sin que nadie se lo dijera ni negara lo contrario.

—Últimamente… empiezo a sentir atracción por los hombres —dejó ir de pronto Elvira, ahorrándose el preámbulo.

—¿Y qué tiene de malo? —afirmó en tono de pregunta Talía con los ojos cerrados.

—Supongo que nada, aunque es algo nuevo para mí. Intento convencerme de que no lo siento, pero la verdad es que sí empiezo a sentirlo.

—Pues serás bisexual, tía, y ya está. Acéptalo y no le des más vueltas —sentenció Ester a modo de juicio rápido acariciándole el pelo.

—No lo sé… más bien diría que soy *queer*.

—¿Rarita? —comenta Ester pellizcándole con cariño la barbilla —. Un poco sí que lo eres, sí.

—No, rarita, no, Ester. *Queer*, o sea, que tal vez no entro en los estereotipos ni de género ni de sexo. Vamos, que hay días que me siento mujer y siento atracción por las mujeres, otros que me siento mujer y siento atracción por los hombres, otros que me siento hombre y siento atracción por los hombres y otros que me siento

hombre y siento atracción por las mujeres —afirma consiguiendo que Talía incline un momento su cuerpo para mirarla arqueando las cejas—. Y otros que me tiraría a todo bicho viviente tenga pene, vagina o ambas cosas como los inter, que tienen la suerte de tenerlo todo.

—Ahora entiendo por qué estudiaste psicología, nena. Tenías trabajo seguro —dice Talía volviendo a estirarse, cerrando los ojos.

—Talía, a ver, ¿tú no crees que el sexo y el género evolucionan a lo largo de la vida? Como psicóloga, pienso que unir los conceptos género y sexo biológico es un constructo social patriarcal muy desfasado. Deberíamos ser libres de decidir cómo nos sentimos cada día sin complejos, sin encasillarnos como heteros, homos o bisex, sino como seres que evolucionan y que, por tanto, en función de las sensaciones que experimentan a cada momento, pueden desear ser de cualquier orientación sexual sin quedar definidos para siempre por ninguno de ellos.

—Vale, me gusta la idea —apunta Ester continuando acariciándole el cabello.

—Elvira, estás como una puta cabra, cariño. Yo me conformaría con poder decir que el feminismo ya es real y no una utopía —tercia Talía.

—El feminismo no será nunca real mientras no sea radical, Talía. Radical para eliminar el patriarcado, radical para romper estereotipos de una sociedad machista, radical para romper techos de cristal, radical para decir basta ya haciendo lo que haga falta, como estamos haciendo. ¿Sabéis qué me contó Laura hace tiempo? Que las huelgas de hambre, los encadenamientos, los incendios e incluso las bombas como medio de lucha fueron iniciados por feministas británicas de los años veinte. Os recomiendo el libro de la filósofa Judith Butler *El género en disputa*. ¡Ese es el feminismo que necesitamos si queremos ver un día hecho realidad el feminismo igualitario a nivel mundial! ¿Dónde está la…?

—Elvira, vaya discursito nos estás dando… —La interrumpe Ester.

—Calla, nena, no le cortes el orgasmo —acucia Talía.

—¿Dónde está la igualdad de derechos? —prosigue Elvira—. ¿En qué países? ¿A qué tipos de mujeres nos estamos refiriendo con el feminismo liberal? ¿A todas ellas y en todas partes? ¿A las que en

pleno siglo XXI aún son vendidas como esclavas, concertadas en matrimonio, violadas, golpeadas u obligadas a vestir como quieren sus esposos? O el feminismo es radical o no es. Y no soy hembrista, que conste. Acabo de confesaros que empiezo a sentir atracción por los hombres. He dicho —concluyó Elvira haciendo sonreír a Ester y a Talía, que fijó su vista en el techo.

—Yo no sé para qué se gastó tanto dinero Laura convirtiendo en búnkeres las habitaciones, si solo era cuestión de haberte puesto a ti sentada en una silla al lado de ellos, cariño —dice Talía incorporándose y abriendo los ojos.

—¿Sabéis qué? Me gustaría follarme a ese tío —confiesa Elvira.

—Hostia, nena, ahora sí que veo que estás mal —apunta Ester—. Después del discursito que nos has dado, ahora vas y sueltas esto.

—Pero es que es la verdad. Debe hacer metro noventa, está fuerte, me llama *amol* y tiene unos labios carnosos que imagino acariciando los míos…

—¿Cuál de ellos, reina? —pregunta Talía.

—… Y no sé, me atrae, qué queréis que os diga.

—Pues que o te vas a dar una ducha fría, tía, o nos traes juguetitos para montarnos una orgía las tres. Eso es lo que quiero que digas —comenta Ester apartando con mimo la cabeza de Elvira de su regazo.

* * *

El Cubano continúa viviendo a cuerpo de rey en un balneario de Caldes de Malavella a costa de Pablo. Los pocos avances que hace los vende como resultados de largas horas de trabajo, que Pablo acepta asumiendo el papel de tonto, antes que enviarlo a la mierda como ha estado tentado de hacer unas cuantas veces, de no ser por tener aún en rojo el saldo de favores entre ambos.

El mensaje sin identificar que recibió, demostrando que el hombre que había matado era capaz de leer el diario después de muerto, lo atribuyó a un truco fotográfico sin importancia, reprochándose con mayor ahínco haber aceptado un trabajo sin tener claro ni la justicia social que compensaba su actuación ni la noble intención de quien lo contrataba. Intenta huir, con poco éxito,

del reproche donatista que siente al haber actuado bajo el paraguas de la justicia social sin la moral que requiere impartir el sacramento.

El segundo mensaje que recibió a los pocos días del primero le daba un plazo de cuarenta y ocho horas para ingresar una suma de treinta mil euros (veinte mil más intereses, especificaba) en la cuenta de un banco suizo. El texto en sí, más allá del ultimátum que exudaban sus líneas, corroboraba el error de haber aceptado el encargo de alguien que no se hallaba en sus casillas. Por un fugaz instante, pensó en pedirle a Pablo el dinero, aunque fuera prestado o a cuenta de, pero prefirió decantarse por lo que solía hacer cada vez que la vida lo situaba frente a un cruce de caminos: abrir la Biblia de bolsillo al azar y leer con atención la lectura sagrada que el destino le había seleccionado.

Últimamente el Cubano coincide en la cafetería del balneario con una joven que acude a tomar una infusión, un café americano o un par de tubos de cerveza fría en función de los clientes que la aguarden aquella tarde. Elvira visita la cafetería con frecuencia esperando encontrar al hombre que la hace sentir más nerviosa e insegura a medida que se le acerca, sintiéndose tan lasciva como lo estuvo con los primeros cupidos de Laura.

La mañana ha transcurrido como de costumbre: analizando cómo evolucionan los huéspedes en sus cubículos estancos, conversando de ello con Talía durante la comida y transformando su cuerpo en hormiguero al abrir la puerta de la cafetería del balneario, como parada habitual antes de abrir la consulta de tarde que comparte con Laura en el centro de Girona.

Elvira va dando vueltas a la cuchara de un café helado, esperando apresar en su mirada al hombre que desea antes de abandonar la cafetería con un «hoy no ha habido suerte». Y si la hay, pues aparece de pronto, la suerte, como pasa a menudo cuando no se la espera.

El Cubano la ve sentada en una de las mesas e intenta disimular el temblor que aún siente por el cuerpo horas después de comprobar el alto voltaje elegido para electrificar el alambrado de Lazos.

—Señorita, qué bueno encontrarla aquí de nuevo. ¿Me permites que te acompañe?

—Por favor —concede señalando la silla de enfrente—. He venido a tomar algo antes de ir al trabajo. Me espera una tarde dura, ya sabes.

—Tardes duras, labios tristes. Eso no es bueno. Hay que tomarse la vida con alegría, María.

—Sí, supongo que tienes razón —reafirma Elvira con el nombre que ha utilizado al presentarse días atrás.

—Oye, ¿te puedo preguntar a qué te dedicas? El otro día también comentaste que te esperaba una tarde complicada.

—Soy psicóloga clínica.

—¡Qué bueno! En Cuba, mi tierra, hay muchos psicólogos, chamanes, curanderos… La gente allí cree mucho en esas cosas, mi *amol*.

—Bueno, menos mal que no nos has juntado también con cabreros o taxistas; bonito detalle por tu parte. Pero que yo sepa, en tu tierra lo que hay mucho son psicoanalistas, más que psicólogos.

—¿Y no es lo mismo, mi *amol*? Los dos intentan que la gente se ría más y se preocupe menos: que si un *bailesito pol* aquí, una copita buena *pol* allá… —dice el Cubano moviendo la cintura, consiguiendo hacerla sonreír.

—Eres un poco sinvergüenza me parece a mí, además de no tener ni idea de psicología.

—No, no soy para nada sinvergüenza, soy un tío muy legal. Mira, fíjate, siempre llevo mi Biblia en el bolsillo —le anuncia extrayéndola de uno de ellos—. Puedo salir desnudo a la calle, pero nunca saldría sin ella. Es mi compañera de trabajo.

—Tú compañera. ¿Y a qué te dedicas si puede saberse?

—Bueno, mi *amol*, mi oficio es… cómo decirlo… un poco difícil de explicar así de pronto. Para que me entiendas, consiste en… ser el Plutón del planeta. ¿Sabes quién es Plutón? —pregunta viendo la cara con la que lo ha mirado Elvira.

—¿Un ser mitológico? —pregunta viendo como todo el encanto generado acaba de congelarse al responderle la pregunta.

—Claro, mi *amol*, un ser mitológico romano que vivía en el Tártaro, un lugar donde los criminales sufrían los peores tormentos. —«Así ya no somos tan diferentes», piensa Elvira—. En su trono,

acompañado por el Can Cerbero, un perro con tres cabezas, esperaba a las almas que transportaba el barquero por los lagos del inframundo para ser juzgados como merecían. —«¿No se estará quedando conmigo? Tres cabezas más un lago…», piensa Elvira volviendo a notar como la lascivia vuelve a hacerse presente en su cuerpo—. Y lo más importante: el casco de piel de animal que me dieron los cíclopes. Así que ya sabes a qué me dedico y, aún más importante es… —comenta el Cubano esperando a que ella le pregunte qué es, negándose a hacerlo—. Y aún más importante es… —repite intensificando su sonrisa, consiguiendo el mismo silencio— … hacerse invisible con él —acaba ilustrando la respuesta sin pregunta—. Así que ya sabes también que, cada vez que vengas aquí y no me veas, no es que no esté, sino que llevo puesto el casco de piel que me hace ser invisible.

—¿Te drogas? —le pregunta Elvira arqueando una ceja—. Porque si lo haces, puedo ayudarte. Como ya sabes, soy psicóloga clínica.

—¡Ay, mi *amol*, noooooo, claro que nooooo!, nunca lo he hecho. Las drogas son el opio del pueblo. El opio que necesita el capitalismo para infantilizar a las personas y conseguir que sigan consumiendo. Por eso en mi tierra nunca ha habido drogas. Allí nadie consume. Fidel se aseguró de ello y así seguirá siendo eternamente.

—Es bueno saberlo.

—Las drogas, la delincuencia, los abusos del capitalismo… toda esa mierda, mi *amol*, deberían ser erradicados del mundo imperialista. Y a eso me dedico yo. A hacerlo posible. A ofrecer justicia a quien la ley se la niega. Es… el oficio más bonito del mundo.

—Interesante. ¿Y estás en nómina o trabajas por tu cuenta? Quiero decir, que si trabaja contigo también Robin Hood o Afrodita o estás dado de autónomo.

—Siempre trabajo solo, mi *amol*. Pero ¿ves?, eso está mejor, ahora ya estás sonriendo, aunque sea a mi costa. Me gusta ver cómo sonríes. Eres una mujer bonita, pero sonriendo eres aún más bella y, que conste, que no te estoy dando cuerda.

—¿Dando cuerda?

—Sí, perdona, es una expresión cubana que significa ligar.

—Entiendo. Así que no estás intentando ligar conmigo.

—Bueno, claro que lo estoy intentando mi *amol*, pero intento disimular para que no te des cuenta.

Elvira llegó a Lazos, le preguntó a Talía qué tal había ido la tarde. Se acercó a la sala de control, anotó un apunte más tras el último que había apuntado por la mañana, constatando que el de la 2RMT parecía devorar el libro que le había entregado Talía y el de la 2SDRCM empezaba a dar síntomas de estar a punto de pedir la cuerda que le había ofrecido una voz en *off* pocos días atrás, advirtiéndole de que de allí solo se salía para ir arriba, escondiéndole que, saliendo de allí, la primera parada era el lago, y las siguientes iban en función de creer o no en algo.

Antes de dejar de ver las cámaras, quiso dar un vistazo a las grabaciones de movimientos del exterior de la finca que habían captado las cámaras del día anterior, y rebobinó la grabación esperando ver lo que normalmente provocaba el movimiento que las activaba: una garza blanquinegra, un parrandero murciélago, un jabalí enfangado o una liebre saltarina de campo.

En una parte de la valla, del extremo opuesto al pórtico que daba la bienvenida a Lazos, apareció algo nuevo hasta el momento: la figura de un hombre intentando trepar por la verja de alambre, desistiendo de su propósito al comprobar que estaba electrificada a partir de cierta altura. Acercó el *zoom* de la cámara después de llamar con un grito a Talía al verlo. Al acercar la imagen congelada, vio un hombre moreno, de altura y fortaleza demasiado parecido al Plutón del Can Cerbero con el que acababa de conversar; se quedó sin habla mirando a la cámara.

Talía le pidió a Elvira que telefoneara de inmediato a Laura. Al salir aquella tarde de la consulta de Girona, donde Elvira trataba pacientes y Laura se dedicaba a escudriñar en redes sociales para intentar dar con el individuo que andaba buscando, Laura le había comunicado a Elvira que se sentía algo cansada y prefería llegar a casa sin pasar por Lazos. Pero, aun así, Talía insistió en que la llamara; conocía lo suficiente a Laura para saber lo mucho que se habría molestado en enterarse al día siguiente de algo considerado urgente.

Laura aparcó minutos más tarde la furgoneta en el garaje de Lazos llevando la peluca rubia con la que siempre acudía y era de lo que primero se desprendía al entrar a la primera planta de la masía. Nunca se olvidaba de ponérsela antes de entrar en Lazos, como no dudaba en reaccionar con firmeza cuando alguna de ellas proponía algo improvisado. Accedió a la sala de control, miró la grabación, observó detenidamente el rostro pixelado que ofrecía el *zoom* ampliado y, aunque notó una vibración diferente en el tono de voz de Elvira, fue incapaz de leer su pensamiento. Repasó con ellas los movimientos que habían llevado a cabo hasta aquel momento con el plan de los últimos hospedados. Todo parecía haber sido ejecutado tal y como había sido diseñado. Entonces, ¿era simple curiosidad lo que había llevado a aquel hombre a intentar saltar la verja de Lazos de luz?, ¿o se trataba de un ladronzuelo con la intención de hacer el agosto en un mes equivocado? Laura pensó que las imágenes que habían captado las cámaras respondían a alguna de aquellas preguntas o similares, y, con una tranquilidad de tilde forzada, les transmitió que no había de qué preocuparse. Pensó en quedarse a dormir aquella noche con ellas, pero prefirió no hacerlo para no tirar por la borda lo que con lenguaje no verbal había restado importancia.

Al atravesar el pórtico de Lazos de regreso a casa, sintió como se le aceleraba el pulso. Miró a ambos lados de una noche obscura. Detuvo la furgoneta en el punto del camino donde las cámaras ya no captaban los movimientos y esperó un rato sentada con las ventanas bajadas, sintiéndose el anzuelo de alguien ávido de entrar en la finca, sin conocer qué propósito tenía.

Elvira se retiró a su habitación. Desde el principio del proyecto, se había sentido el eslabón más débil de la cadena y, por ello, la única responsable de marcar su dureza. Se sintió segura, confiada de ir unos pasos por delante del hombre con el que había compartido unos ratos de cafetería humedeciendo sus deseos.

Las preguntas que de pronto aparecieron en su mente eran muy diferentes de las que cuestionaban su inclinación sexual con Plutón al lado. ¿Sabía aquel hombre que ella vivía allí? ¿Había descubierto que no se llamaba María? ¿Había estado siguiéndola sin que se diera cuenta? Estas preguntas y similares fueron añadiendo capas para ocultar la única de ellas que arraigaba en su pensamiento a

pesar de mirarla de soslayo: ¿Aprovecharía la oportunidad para dejar de ser uno más de los peones de Laura?

Elvira.

* * *

Laura se despertó sobresaltada a media noche. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Culpó al cansancio del día no haber sabido relacionar la evidencia con lo evidente: en el último chat que había mantenido con el que esperaba fuera el hombre que andaba buscando, le había comentado que vivía en Caldes de Malavella.

Pensó en llamar a Elvira y Talía, pero prefirió no hacerlo; eran las cuatro y veintitrés de una negra noche de sobresaltos.

Bruselas
Finales de septiembre del 2017

Pablo ha salido a tomar unas copas por la Grand Place con Bernard y el resto de los miembros del equipo, que recuerdan nostálgicos los veinte años, como acostumbran a hacer al finalizar cada concierto. El tiempo que media entre el final del último bis y la conciliación del sueño ha ido creciendo a medida que han ido cayendo los años. Charlas de todo tipo con alcohol de todos colores entretienen labios y mentes del grupo hasta que el cansancio aparece de pronto, mostrando párpados de losas de hierro.

Parece que fue ayer, piensa a menudo Pablo negándose a esconder las canas que obsesionan su mánager, cuando se despedía del público dirigiendo un coro de voces a capela, se duchaba en un abrir y cerrar de ojos y esperaba a que la joven desmadrada de la primera fila que le tiraba flores siguiera esperándolo dispuesta a llevarse un capullo tan atractivo como poco dispuesto a repetir cita con ella.

A la mañana siguiente, Pablo ve que tiene una llamada perdida, que el ruido del Céltica, local donde ha dado la bienvenida al día, y la tasa de alcohol que llevaba encima la noche anterior habían silenciado. Era el Cubano y Pablo no duda en llamarlo de seguida.

—Cubano, ¿cómo va?

—Te llamé ayer, Pablo, porque esto se está poniendo un poco raro.

—¿Raro?

—Sí. Te cuento: ya dispongo de todo el horario de tu sobrina. Hace lo mismo semana tras semana y día tras día. Por las mañanas, acude a un centro de atención primaria en Santa Coloma de Farners, luego se para a comer en algún restaurante de Santa

Coloma Residencial y prosigue el camino hacia Girona para pasar la tarde en una clínica que comparte con una psicóloga. Cierran la consulta a las siete y media y cada una coge el coche para encontrarse de nuevo en la finca Lazos de luz. Raro es el día que tu sobrina se va directamente a su casa. He recorrido la valla de la finca palmo a palmo para ver cómo podía entrar a ella y es del todo imposible. Está electrificada. Y te aseguro que el voltaje no hace cosquillas. Intenté saltarla y se me pusieron los huevos de punta con la jodida descarga.

—¿Te encuentras bien, Cubano?

—Sí, no te preocupes. Ya vuelvo a tenerlos redondos.

—¿Y dices que va a allí casi todos los días cuando termina la consulta de Girona?

—Sí, hermano. De todos los días que la he seguido, solo ha dejado de ir en un par de ellos.

—¿Hay alguna otra manera de acceder a la finca? —pregunta Pablo viendo como acuden a su mente varias preguntas extrañas.

—No. Aquello es una fortaleza en medio del campo, hermano. No sé qué se cuece ahí, pero no parece que sea muy legal. Tu sobrina siempre lleva puesta una peluca rubia cuando llega a la finca. Es todo muy raro, Pablo.

—¿Y estás seguro de que es ella?

—Segurísimo. Se la he visto poner varias veces tan pronto sale del *parking* de Girona donde aparca la furgoneta.

—Ya.

—Siento darte malas noticias, hermano.

—No, no. Tú haces tu trabajo. Lento, pero lo haces.

—Si quieres, puedo seguir unas semanas más y ver si hay otra forma posible de entrar. Tú mandas, hermano.

—Sí, insiste en ello, Cubano, ya no vendrá de unas semanas más. Mira si hay otra forma de poder acceder a la finca. Y avísame si lo haces. No quiero que le des ningún susto a mi sobrina.

—Tranquilo, que no se lo daré ni a ella ni al resto, hermano.

—¿Al resto? ¿Qué resto?

—Hay otra mujer que vive allí. Se llama María. Es la psicóloga que comparte consulta con tu sobrina y…

—¿Y?

—Y tal vez pueda facilitarme entrar en la finca. He hablado ya

varias veces con ella. Me la estoy camelando, como tú dices, hermano, pero necesito tiempo. De momento, se muestra algo fría, qué lástima que no sea cubana —apunta relajando el tono de voz.

—Sí, qué lástima —repite Pablo con ironía—. Tal vez sea la única forma de poder acceder. Pero ve con cuidado, no quiero que te emociones. No olvides que lo único que quiero saber es por qué mi sobrina no me dijo que había comprado esa casa y qué hay allí. Nada más. No quiero el mínimo sobresalto, ni a ella ni a esa otra. ¿Queda claro?

—Claro, claro, Pablo, tú mandas. Lo que no puedo garantizarte es que si, se me pone a tiro, ya sabes…

—Te haré un nuevo ingreso, Cubano, y espero que no vuelvas a tardar varias semanas en decirme algo —lo interrumpe con voz seria Pablo, evitando terminar la conversación con un pasaje del evangelio.

Durante un instante, Pablo siente la tentación de llamar de nuevo a Elena, pero ya lo ha hecho una vez consumiendo el comodín que ha considerado más apropiado: preguntarle si a Laura le haría ilusión ser la propietaria de una masía catalana, esperando que Elena le confirmara que ya era dueña de una llamada Lazos de luz y fingir él entonces gran sorpresa al saberlo. Intuye que son dos, él y Elena, las personas que desconocen por qué Laura ha comprado una masía sin hacérselo saber a ninguno de ellos; y, lo que más irrita Pablo: qué hay en el interior de esa finca para necesitar protegerla con una valla electrificada.

«Tal vez sea solo el miedo de no estar acostumbrada a vivir en medio del bosque», pensó varias veces intentando adormecer con una respuesta sencilla una mente alterada.

Caldes de Malavella
Octubre del 2017

El día anterior había sido intenso en el salón del Lazos de luz, en las habitaciones de cada una, en los baños de mármol travertino, en los calizos caminos que serpenteaban la finca apartando pinos, alcornoques y robles a ambos lados, incluso en las aguas del lago en que, sin quedar de acuerdo, han vuelto a reunirse todas durante el breve receso que ha propuesto Laura al ver que eran incapaces de ponerse de acuerdo en aceptar la primera candidata a ocupar una celda de Lazos.

Costaba tomar la decisión, más aún siendo el huésped que iba a estrenar la 2TPH, la habitación que Laura había querido nombrar en honor a Hipatia, la maestra en filosofía y ciencias de aquella Alejandría centro cultural del antiguo mundo. Iba a ser la primera mujer que entraría a uno de los cubículos estancos de Lazos y una de ellas, Laura, no lo veía claro, a pesar de que las pruebas presentadas por una de las vecinas del anciano maltratado no dejaban la mínima duda de estar ante una consumada violencia doméstica. En las fotos aparecía un hombre desnudo atado en la cama por piernas y brazos, y en el vídeo de una calidad de aficionado se dibujaban, a través de las cortinas de una ventana, los repetidos tortazos que recibía el anciano de la mujer que lo cuidaba a diario.

Para Laura, el caso que había presentado Elvira, pese a ser tan denunciable como execrable, no cumplía con los requisitos que exigía entrar a uno de los cubículos de la masía: no había violencia sexual aparente ni la ley había demostrado aún su incompetencia sin la previa denuncia de agresiones, que la vecina rogaba que nadie hiciera para no descubrir la vivienda desde la que habían sido

tomadas las pruebas. Elvira, por su parte, con el apoyo de Talía y Ester, defendían la postura contraria: el maltrato físico y psicológico era evidente, reincidente y suficiente para convertir a aquella mujer en candidata. Laura, en realidad compartía el mismo pensamiento que ellas, el mismo rechazo a las fotos y el vídeo que habían visto, pero no pretendía suplir la ley, sino actuar tras esta si no se mostraba eficiente a sus ojos. Y además, aunque ni ella misma le daba un sentido coherente, siempre había tenido la ilusión de estrenar las diez habitaciones de Lazos con el género masculino antes de abrirlo al resto. Incluyendo la 666SLRC, que permanecería desierta, albergando la esperanza de ser ocupada por el señor de las siglas que la nominaba.

El camionero, cuya alma, aún caliente, andaba paseando por la finca, había perdido protagonismo a raíz de la discusión que había provocado la candidata propuesta por Elvira, a pesar de haber tenido el traspaso más guerrillero hasta el momento en Lazos. Negarse a seguir los pasos que acompañaba la soga para hacer el nudo correcto había comportado al camionero agonizar constreñido a la serpiente de hilos entrelazados, llevando a Talía a la desesperación de exigir a Laura poder disponer del código de la puerta para poder entrar en él en un caso así y moler a palos al huésped para evitar que sufriera.

Al caer la tarde, Laura llegó a Lazos después de negarse a abandonar antes de tiempo la consulta para acelerar el camino al lago del camionero tal y como le había rogado Talía a través de dos mensajes desesperados. Laura decidió ceder y se comprometió a trazar un plan para conseguir dar con los huesos de una primera mujer en Lazos, viendo que claudicar era lo más inteligente para seguir teniendo el mando. Talía tenía un carácter fuerte, Ester no se arredraba ni bajo agua y Elvira parecía estar últimamente concentrando toda su energía en hacerse con una personalidad más fuerte, motivo por el cual Laura la notaba algo más fría y distante cuando follaban.

Durante la tarde del sábado, Laura aprovechó que las cuatro podían mirarse a la cara para anunciarles que estaba segura de que el hombre que había pretendido saltar la valla debía ser el mismo que hacía semanas perseguía en las redes de contacto. El hombre al que había hecho saber que vivía en Caldes de Malavella y que, al

parecer, había llegado con tiempo para seguirle sus pasos.

Elvira no descubrió sus cartas, se limitó a conservar su as en la manga, sabiendo que se acercaba el momento que le permitiría dejar libre el último vagón para ser ocupado por Ester o Talía.

Laura intentó no trasladar el temor que veía personificada en el rostro de Talía, convencida de que el hombre que había intentado entrar en la finca era un simple ladronzuelo que esperaba hacer el agosto en un mes equivocado, tal y como Laura le había afirmado el mismo día que lo habían captado las cámaras. Ester aconsejó a Laura que anduviera con cuidado y no subestimara la inteligencia de un donjuán que había estafado, violado y maltratado a una larga decena de víctimas.

Tras la breve sobremesa del domingo, Elvira decidió llevar a Ester a la estación del AVE de Girona, y Talía y Laura se quedaron en la masía recordando años universitarios. De regreso, hizo parada y fonda en la cafetería del balneario con la confianza de ver la seguridad con la que avanzaba una casilla si tenía la dicha de coincidir con el Cubano, ignorando que este la andaba siguiendo desde que había salido de Lazos.

Palma de Mallorca
Octubre del 2017

Miquel se había cobrado favores pendientes para llegar a localizar al Cubano mediante la ubicación activa de su móvil. Las personas que lo han ayudado no han dudado en facilitarle dónde se halla el cliente que se ha pasado un mes con su familia a pensión completa, marchándose sin pagar y sin dejar propina. Esa era la excusa que había utilizado Miquel, junto al áurea de su apellido paterno, para conseguir involucrar medios policiales en la búsqueda del jeta de los hoteles, como lo ha calificado él, utilizando el suceso cierto que ha dado a conocer la prensa balear hacía pocos días.

«Caldes de Malavella es un pueblo termal que embotella el Vichy Catalán y tiene un yacimiento arqueológico llamado el Camp dels ninots», era lo más relevante que descubrió Miquel al consultar el municipio en Google. El mismo municipio donde vivía el sicario que había quitado de en medio a su hermano y, ahora, hacía oídos sordos a los dos ultimátums que le había enviado, exigiéndole abonar la suma indicada.

Disimular que todo seguía igual entre él y su cuñada, tras haberle mostrado sus intenciones, era difícil de representar a un alfa de rígida cintura, poco predispuesto a interpretar papeles diplomáticos que fueran más allá de unas simples «gracias».

Por ello, y hasta que el día señalado llegara, prefería coincidir con la viuda lo mínimo posible, evitando que ella pudiera leer sus pensamientos o intuir que estaba dispuesto a coger las riendas de su destino para darles el fin elegido.

Ser el gemelo del gemelo muerto lo había llevado a incubar la esperanza que esconde la realidad en su lado benévolo.

El segundo sicario que había contactado en la *deep web* ya sabía

quién era el Cubano y el metro noventa de masa bronceada que lo porteaba de un lado a otro sin perder la sonrisa. Lo había seguido desde hacía días, se había percatado de las mujeres que andaba siguiendo este a su vez y solo esperaba un simple *ok* del hombre que iba a transferirle una jugosa cifra dineraria para poner el plan en marcha: alquilar un coche rápido de alta gama con un carnet de identidad falsificado, entrar a la cafetería del balneario, apuntar un par de veces sin errar el disparo, salir de allí cagando leches, abandonar el coche alquilado en el descampado de la entrada del pueblo, coger el suyo propio desprendiéndose de la ropa que vestía, explotar el coche y detener el suyo con las luces de emergencia. Después llamar y avisar a los Mossos d'Esquadra para anunciarles lo que acababa de ver antes de pasar ante él un coche a toda pastilla que la violenta explosión había pasado por alto, con la mala fortuna de no haber podido fijarse ni en la marca, ni en el modelo ni en la matrícula del coche que huía a toda pastilla.

* * *

La viuda llegó a emocionarse abrazada a Miquel, dando posada por un instante a la imagen que mostraba una vida juntos, evaneciéndola de inmediato al confluir de nuevo sus miradas.

—Solo puedo decir que… mucha gracias, Miquel. De verdad, no lo esperaba y te agradezco el detalle tan bonito que has tenido conmigo. Eres una gran persona.

—Te mereces mucho más. Sé que no te está siendo fácil superar la pérdida de mi hermano. Te irá bien desconectar unos días. Marchar de Palma te ayudará a no pensar en ello. Es solo una semana, pero si quieres estar más días, llámame y alargo la reserva todo el tiempo que desees.

—Qué atento eres —comenta la viuda sonriente.

—Tienes un circuito termal reservado cada día. No me preguntes qué es, porque no recuerdo todo lo que me dijeron que harías. Solo espero que no te estresen más de la cuenta —le anuncia entregándole el sobre regalo de un balneario de Caldes de Malavella.

La viuda sujeta el sobre con una mano y con la otra atrae el

cuerpo de Miquel hacia ella, mirándolo con dulzura.

—Miquel, siento mucho, de verdad, no haber aceptado tu propuesta de matrimonio. Te quiero y lo sabes, pero como cuñado. He de ser sincera conmigo y contigo también, y…

—Y no quiero hablar más del tema —la interrumpe él intentando disimular su enojo—. Es tu vida y solo tú decides en ella.

Durante la noche, la viuda volvió a abrigar imágenes que la mostraban convertida en la esposa de Miquel, quedando embarazada de él, mirando orgullosa los hijos que no había podido darle su hermano, envejeciendo con él de la mano, esperando que el tiempo fuera capaz de transformar en amor el repelús que había sentido nada más conocerle.

Se despertó sudando, palpitando, aliviada al ver que solo había sido un sueño o, tal vez, la manera subconsciente de agradecer el inesperado regalo.

La viuda.

* * *

Miquel eligió el día exacto y así se lo hizo saber al sicario. La descripción de la mujer era sencilla: treinta años, media melena, morena, delgada, ojos marrones y… poco más. Lo de muy guapa se lo ahorró para no llevar a ebullición el odio que recorría su sangre. Enviar una foto de su cuñada suponía dejar otra huella y correr un riesgo innecesario, más aún cuando, además de describir su físico, le anunció el nombre de la viuda: María.

Tras escribir el mensaje al sicario, se sentó en el sofá del despacho de la octava planta del edificio donde dirigía la cadena hotelera. Dejó perder su mirada entre los contrafuertes de la basílica de Santa María de Mallorca y las variopintas embarcaciones varadas del puerto de Palma. Ya no había marcha atrás, la mujer de su hermano le haría compañía en unas horas sin esperar que aquel se lo agradeciera. Solo deseaba superar de una vez por todas los celos que lo habían lastrado toda su vida, transformándolo en un monstruo que a él mismo le costaba reconocer a medida que se iba consumiendo.

Empezaba a perder el control de una mente arrastrada a una nueva maldad, donde la profundidad no permitía sentir el placer de salir airoso de un proyecto, por más macabro que fuera. Escuchaba horrorizado las funestas voces que afirmaban poseerlo, anunciándole que acabar con la vida de su cuñada no era el final, sino la bienvenida a un mundo pérfido imposible de contentar sin dejar de hacerlo. Durante unos días pensó en detenerlo todo, pero le faltó redaño para hacerlo. Era tarde, las voces que oía no eran cantos de sirenas de un cuento; eran reales, tan reales como él creyó dominar el destino que lo había convertido en siervo.

San Silvestre de Guzmán
Martes 17 de octubre del 2017

Amanece.

El sol ilumina un cielo azul, azul y unos prados verdes, verdes.

Las campanas juguetean con el vuelo de unas golondrinas que preparan su marcha laceando nubes, como ya hacían en tiempos de tartesios, fenicios y romanos.

En el pueblo alguien canta, alguien sueña, alguien llora.

Pablo ha quedado con Elena en el banco de una pequeña plaza cercana a la iglesia. Pensó en reunir a toda su familia para romper el lacre de la carta en medio de un solemne encuentro, pero prefirió no hacerlo. El mensaje oculto que amaga el sobre esconde también los sentimientos que hará brotar al desnudarse.

Elena llega puntual y Pablo se levanta a darle dos besos, intentando cubrir con ojos de cariño la mirada escondida de un amor platónico, como hace siempre, sabiendo que ella hace lo mismo con él desde hace años.

—Siéntate, por favor —le pide él tras saludarla.

—Pablo, he de confesar que me ha sorprendido que me pidieras quedar aquí, en el banco de esta plaza —le dice Elena tomando asiento.

—Me lo imagino… pero, bueno, quizás ya lo sepas, aquí era donde mi hermano y yo veníamos de pequeños a hablar con papá —le dice escondiendo su mirada—. No queríamos hacerlo en casa para que mi madre no nos preguntara con quién estábamos hablando. Carlos me decía que mirara al cielo y hablara con mi padre y que, si… estaba muy callado durante un rato, escucharía como él también me hablaba en pensamientos. ¿Lo sabías? —le pregunta a Elena, que niega con la cabeza cogiendo la mano de

Pablo—. Por eso he querido quedar aquí, Elena… aunque entiendo que te haya sorprendido —le dice intentando sostener las emociones que siente—. Elena… lo que voy a contarte ahora ha sido… seguramente… lo más difícil que he hecho en mi vida —confiesa acaparando toda la atención de ella—, pero hoy… estoy orgulloso de haberlo hecho. Quizás pensarás que no hice lo correcto y espero que no sea así, pero hoy tengo la tranquilidad de no haber fallado a la palabra que le di a mi hermano —le dice mirando al cielo antes de secar sus ojos con un pañuelo.

»Tal día como hoy de hace treinta años, tuve una visita inesperada. Por aquel entonces, como bien sabes, vivía en Lille. Mi hermano apareció de pronto en mi apartamento. Me extrañó mucho que viniera solo. Incluso me cabreó, porque recuerdo bien, aunque no me hagas decir su nombre, que había ligado con una chica preciosa la noche anterior y… en fin, me sorprendió con ella en casa —confiesa mostrando una media sonrisa que refleja Elena en sus labios, sin querer interrumpir el suspense que han creado sus palabras.

»Me sorprendió su visita, sí… pero no fue nada comparado con lo que me explicó durante aquel día. Fue el mismo día que marchó de casa —le aclara recogiendo su mirada para no herir la de Elena.

»Pasamos todo el día juntos… lo recuerdo como si lo estuviera viviendo ahora mismo. Podría decirte incluso cómo vestía… bueno, tan elegante como siempre, ya sabes lo presumido que era —puntualiza Pablo con un "era" que despierta aún más la atención de Elena—. Me explicó lo que había decidido hacer y… recuerdo que me sorprendió tanto su decisión que hubiera deseado matarlo en aquel momento. Pero… era mi hermano… y siempre será mi hermano —puntualiza emocionado, fregándose los ojos con el pañuelo que sostiene en la mano—. Aquel día me pidió dos favores. Para que pudiera llevar a cabo el primero, me entregó una suma de dinero que no había visto ni en sueños por aquel entonces. Me pidió que comprara el cortijo del viejo Raimundo, ¿recuerdas? —le pregunta mirándola a los ojos y viendo como ella le sonríe asintiendo con la cabeza—. Estaba convencido, como así fue, de que unos años después aquellas tierras valdrían mucho más dinero. Y acertó… mi hermano siempre acertaba. Tú misma me ayudaste a tramitar la venta. —Asiente de nuevo Elena con la cabeza,

mirándolo expectante—. Era suyo el dinero y fue suya la decisión de daros a vosotras el dinero de la venta… que yo camuflé diciéndote, como él me pidió, que me estaba ganando muy bien la vida con la música. Madre mía… si por aquel entonces el día que cenaba no comía. —Elena lo observa temiendo estar en la antesala de un nuevo prólogo de vida.

»El otro favor que me pidió fue que guardara una carta durante treinta años. Treinta años —repite resoplando—. He estado tentado de abrirla millones de veces durante todo este tiempo —le confiesa secándose de nuevo los ojos—. Antes de que la leas también, quiero que sepas algo que… va a sorprenderte… y que te pido que me perdones por no habértelo explicado antes. Pero… no podía hacerlo —le dice mirándola con ojos que rezuman congoja—. Carlos nunca vivió en Madrid, Elena. Cuando marchó del pueblo, se fue a vivir a África. —"Con María", piensa para sus adentros—. Y en África… —Respira profundamente, intentando no venirse abajo— murió, seguramente, durante una revuelta que hubo en el antiguo Zaire en el año mil novecientos noventa y dos. —"Algún día te explicaré que fui a buscarlo", piensa dejando espacio al silencio. Elena lo mira confundida, sintiendo la frialdad extraña que recorre todo su cuerpo.

»Las cartas que me escribió desde África las tengo guardadas y las podrás leer cuando quieras, Elena. Pero la que me dio para que la guardara durante treinta años —repite volviéndose a sentir orgulloso de haber cumplido con su palabra— la escribió para ti y… quiero que la leas tú… a solas —le pide mostrándole una carta que saca del bolsillo de su chaqueta.

Pablo se levanta y le da un beso en la frente antes de decirle «te quiero».

—Pero, Pablo, ¿por qué marchas? —le dice ella con lágrimas en los ojos al ver como inicia sus pasos, sintiendo cómo el suspense se transforma en un pánico al que teme hacer frente ella sola.

—Elena, cariño, marcho porque mi hermano quiso que fuera así… y yo así lo respeto.

Elena ve como se aleja Pablo. Mira el sobre blanco que el tiempo ha tornado gualdo. Pasa la yema de sus dedos por la firma de Carlos. Llora. Nota como el lacre evanece el odio que guardó sus recuerdos. Siente el pánico por todo su cuerpo. Respira hondo

varias veces, con el corazón acelerado, mientras un pensamiento le pregunta por qué llora si aún no sabe qué mensaje contiene dentro. «Carlos marchó a África», piensa dando entrada a centenares de preguntas que asaltan su pensamiento. Vuelve a respirar hondo antes de sentir el crujido del lacre al quebrarse, partiendo en dos la firma de Carlos. Desdobla las hojas con sumo cuidado, sintiendo cómo se libera el secreto que retuvo el tiempo.

Mira al cielo. Y empieza a leer la carta para sus adentros.

* * *

Elena se derrumbó en llantos sentada en el banco, sintiendo como el odio se evanecía, dejando al perdón su morada, y la ignorancia huía llevándose con ella la verdad de una falsedad encubierta.

Miró al cielo sonriendo con lágrimas en los ojos, sintiendo como un sol que empezaba a arrodillarse ante la luna iluminaba las sombras de niebla.

Y al regresar, llamó a su hija intentando que su voz no exudara la emoción de unas lágrimas que la arañaban por dentro para rogarle que regresara de inmediato a casa, al pueblo, negándose a decirle qué era eso tan urgente que no podía anunciarle por teléfono, a pesar de que su hija le anunció que su mejor amiga se debatía entre la vida y la muerte.

Caldes de Malavella
16 de octubre del 2017

Elvira entra a la cafetería barriendo los presentes con la mirada, como hace por costumbre, mostrando una de sus virtudes de psicóloga: un hombre mayor comparte un juego de damas con la mujer sudamericana que aparentemente lo cuida a diario, dos mujeres de siete décadas bien llevadas o seis renqueantes conversan sin levantar la voz en la mesa que comparten, un hombre de mediana edad se apoya en la barra junto a una copa color madera, vestido con una gorra deportiva que no encaja con los mocasines que lleva; un hombre mayor lee el diario dejando la funda de las gafas junto al café que apenas humea, y el camarero mata las horas sacando brillo a las relucientes copas que mira al trasluz antes de colocar de nuevo en el sitio que corresponde a cada una de ellas.

Elvira pide un café largo con hielo y se acerca a la recepción para coger un diario, cuando de pronto ve entrar al Cubano por la puerta.

Ha llegado el momento que tanto espera: una conversación que alargará subiéndola de tono, hasta que se desmelene pidiéndole tener relaciones en la habitación que lo hospeda. Primero subirá él, y ella, disimuladamente, lo hará un par de minutos más tarde.

Entrará en la habitación 208, se desnudará lentamente, empezará a mostrarle lo que es capaz de hacer con sus manos y labios antes de mostrar un monte de Venus que espera humedecer con unos labios carnosos cubanos, llevándola de un orgasmo a otro y vuelta y revuelta. Y cuando ya se dé por servida, decidirá golpearlo con el artilugio que lleva en el bolso, dejándolo fuera de sí antes de utilizar la dosis de anestesia que ha conseguido quitarle a Laura sin que se dé cuenta. Y luego la llamará para anunciarle,

con miel en los labios, que el hombre de la red que persigue desde hace tanto tiempo está dormido junto a ella.

Laura aparecerá con una silla de ruedas, lo sentarán, le pondrán la bata que Elvira portea en su bolso y lo sacarán de allí para introducirlo en la furgoneta que lo llevará a la habitación 2RMN (en honor a Ana María, la gran pionera en la lucha por los derechos de las mujeres durante la dictadura) y de allí al lago, tarde o temprano, para acabar de purgar sus pecados.

El Cubano le pide al camarero una cerveza fría. Ha llegado el momento que tanto espera: agotará todos sus recursos labiales para conseguir embelesar a María lo suficiente para que acepte salir de allí con dirección a la masía donde vive, donde desea hacerle el amor y donde desea descubrir qué diantres se cuece allí dentro para decidir electrificar la valla que la rodea. Después esperará unos días más, tomando algún que otro masaje y baño en el *spa* del balneario antes de comunicar a Pablo el fruto de sus indagaciones.

—¿Qué tal el día? —le pregunta el Cubano a Elvira traspasando la distancia que han mantenido sus cuerpos hasta ahora.

—Bien, bien. Un buen día —responde ella copiando la sensualidad de la voz masculina.

—Dicen que lo que bien empieza, mejor acaba.

—¿Eso dicen?

—Claro. Y en nuestras manos está hacerlo realidad si tú quieres.

—¿No vas un poquito rápido?

—No mi *amol*, no tan rápido como yo quisiera. Aunque llegado el momento, no tengo prisa alguna, soy de los que les gusta recrearse en lo que hacen.

—¿Recrearte en qué?

—En las cosas que sé hacer, mi *amol*. Y algunas las hago que… tendrías que verlas para saber que no te engaño —responde mirándola de arriba abajo, acercándose más a ella.

—Ya, seguro.

—Perdonad que os interrumpa, ¿eres María? —pregunta de súbito el hombre que estaba apoyado en la barra al acercarse a ellos.

Elvira duda en responder afirmativamente. «¿Cómo sabe ese

hombre el nombre falso que ha utilizado para presentarse ante el Cubano?».

El instante, se hace imagen de un bosquejo y el bosquejo tesela de un lienzo.

El hombre de la gorra la mira sin pestañear, esperando que afirme o niegue su pregunta. El Cubano mira a María y no entiende por qué no afirma, preguntándose quién será el hombre que ha interrumpido el inicio de su flirteo.

—Sí, soy María —decide finalmente responder Elvira con un hilo de voz mirando al Cubano.

Dos disparos seguidos a bocajarro ensordecen de pronto el balneario.

La sangre no tarda en aparecer sobre los rostros y el suelo, que empieza a sujetar las rojizas gotas que caen a plomo desde la mesa. El hombre de la gorra desaparece del escenario, dejando el protagonismo a la imagen de la escena. El hombre del diario se ha echado las manos a la cabeza, el camarero aún está escondido tras la barra, como la recepcionista. La mujer que cuida el anciano empieza a gritar «¡ayuda!» fuera de sí, mientras las dos mujeres que conversaban se han levantado, intentando socorrer a los cuerpos que agonizan; son enfermeras jubiladas.

El hombre de la gorra abandona el balneario conduciendo a toda prisa. Llega hasta el descampado donde ha dejado aparcado su coche. Se desprende de la peluca, del postizo bigote y de la americana, pantalones y gorra que vestía. Rocía de gasolina el coche y le prende fuego con la ropa que ha usado, dentro. Accede a su coche, lo detiene a escasos metros del coche que está quemándose y llama a la policía para avisarles de que hay un coche ardiendo a punto de explotar en el inicio del pueblo de Caldes de Malavella. Se espera a que llegue una pareja de *mossos* para alertarlos de que antes de ver el coche en llamas se ha cruzado con un coche que conducía a toda pastilla, sin atender a la marca ni al modelo ni a la matrícula de lo que ha descrito como un coche pequeño de color negro.

Las enfermeras taponan los agujeros que han ocasionado las balas con las gasas que le trae una recepcionista temblando de

miedo. «*Se me'n va* (Se me va)», anuncia una de ellas mirando de soslayo a la otra. «*No la deixis, Teresa* (No la dejes, Teresa)», la anima su compañera gritando «¡que alguien llame una ambulancia!» sin dejar el masaje cardiaco con el que intenta mantener al Cubano en vida.

—Miquel, tengo miedo, alguien ha entrado al balneario y ha matado a dos personas en la cafetería —comunica María a su cuñado con el pulso acelerado, dejándolo sin habla.

Ahora Miquel ya sabe que el riesgo de flirtear con el mal consiste en convertirse en su esclavo.

En el bolso de Elvira, entre objetos dispares como una bata de seda azul marino cuidadosamente plegada o una barra de hierro de corta largura, hay una agenda con un nombre poco común y un número de teléfono.

Talía atendió la llamada que recibió desde la comisaría de los Mossos d'Esquadra.

Las pulsaciones emergían de su corazón cuando le comunicaron lo que le había sucedido a Elvira. Notó como se mareaba cuando llamó a Laura para explicarle lo que acababan de anunciarle. Cayó al suelo desmayada.

Laura llegó de inmediato al hospital Trueta al que habían llevado en ambulancia a Elvira. Accedió a la planta de urgencias con su identificación de médica, esperó en la sala de espera a que sus colegas cirujanos hicieran un milagro intentando extraer la bala que le había atravesado el cerebro y recorrió el pasillo mil veces arriba, mil veces abajo. Telefoneó a Ester llorando, saltándose el protocolo de los tres wasaps encriptados. Le agradeció que cogiera el primer vuelo con destino a Barcelona. Se sentía culpable de todo. Por primera vez en su vida, no era capaz de refugiarse en el talismán «las diferentes caras de la vida, tesoro».

Laura aún piensa en su padre más a menudo de lo que reconoce cuando la conversación lleva hasta él, ya sea de forma directa o indirectamente por derroteros más dispuestos a dilatarse que a contraerse. Sus amistades ya saben cuál es la causa de una misandria que antes escondía y ahora reconoce abiertamente, cuando no la proclama a gritos captando la atención de los

presentes. Para ella no existe un perdón capaz de borrar rescoldos de infancia. El abandono paterno la hizo sentirse un quídam despreciable del que intenta resurgir, una y otra vez, arrastrada por aires de venganza.

* * *

A medianoche aparecen los dos cirujanos que aún mantienen a Elvira con vida.

—Sí, soy su pareja. Soy médica —responde Laura cuando piden por un familiar de Elvira.

—La bala le ha atravesado el lóbulo frontal y parietal —le anuncia la cirujana penetrándola con la mirada—. La estamos manteniendo artificialmente con vida, pero aunque consigamos salvarle la vida, no podrá volver a hablar ni a moverse. Las áreas del lenguaje y motora han quedado completamente afectadas. Debes tomar una decisión cuanto antes.

San Silvestre de Guzmán
Miércoles, 18 de octubre del 2017

La noche no existe cuando la mirada alarga el día, los pensamientos no descansan y el arrepentimiento sella los labios del habla.

San Silvestre sigue ahí, apacible, mundano, ufano de ser tierra de pastos que desnudan el hoy para vestir un mañana que hilará segundos de paz con la certeza de saber que entre sus lindes se detuvo a reposar el tiempo. Un tiempo que adormece los días entre partidas de dominó, repiques de campana y corrillos de lenguas aladas que deambulan por el pueblo como luces de bengala.

Laura ha conducido toda la noche. No ha sabido decir que no. No puede responder con un no al anuncio de poder descubrir lo más importante de su vida, como le ha anunciado Elena.

Elvira está ahí con ella, latiendo en su pensamiento, esperando que sus labios decidan si prefieren eternizar un cuerpo muerto o desgarrarlo con un grito seco que anuncie su descanso eterno.

Las lágrimas que humedecen el alma abrasan la piel al mostrarse sobre ella.

Laura llora por dentro.

Laura llora por fuera.

Intenta limpiar los ojos antes de picar a la puerta de la casa donde nació y empezó todo.

La madre abre la puerta. La mira. Se abraza a ella en silencio, invitándola a pasar y a sentarse con gesto emocionado.

El tiempo espera tras la puerta que separa momentos del presente y del pasado. Elena se debate entre la mente que analiza y el corazón que conmueve, entregándose a la intuición que la arrastre hacia uno de los puntos dispares. Mira a su hija intentando

mostrar su habitual semblante. La pregunta «tú dirás, mamá, qué era eso tan importante que querías decirme» permanece en el aire esperando cualquier respuesta mientras sea cierta o falsa. Solo los labios que conocen la verdad pueden compartirla sincerándose. *Sincerarse*, uno de esos verbos capaces de iniciar una historia y terminarla con la misma desinencia.

Laura mira el sobre gualdo que su madre ha dejado sobre el sofá. Reconoce, a pesar del tiempo, la firma paterna en el lacre partido que muestra su anverso. Se pregunta si la rotura afirma la profanación de un secreto o constata el acto de haber sido custodiado durante largo tiempo, como es el caso. Elena conoce y teme. Conoce el mal que causará a su hija obligarla a salir de la trinchera de la ignorancia con la guardia baja. Y teme hacerlo tanto como dejar que siga sumando a su vida días de ira, mentira y rabia. Solo son letras ordenadas para dar sentido, al fin y al cabo, e intenta consolarse buscando el arropo del propio engaño. Simples palabras capaces de convertir verdades de mármol en siluetas de agua.

Laura estira el brazo para coger la carta que su madre le entrega con el brazo encogido y el alma en blanco. Su cuerpo está allí, en San Silvestre de Guzmán; su mente se halla lejos, muy lejos, en esa Girona donde Elvira se debate entre la vida y la muerte.

Silencio.

Instante.

Un par de exhalaciones largas avivan la parálisis del acto.

Nada.

Nadie.

Laura extrae con delicadeza las hojas plegadas del interior del sobre gualdo, como si quisiera evitar una explosión de letras de hacer lo contrario.

Mira a su madre al reconocer la grafía paterna.

Silencio.

Instante.

Nada.

Nadie.

Y empieza a leer para sus adentros:

Querida Elena:

Recuerdo como si fuera ayer la canción que sonaba cuando tuve entre mis brazos por primera vez a la única mujer que he amado en mi vida. Aquella noche me dijiste que esa canción era una de tus preferidas. Fue la primera canción que bailamos juntos, abrazados. Yo no me sabía la letra, pero te escuchaba a ti, enamorado, susurrármela al oído. ¿La recuerdas, mi amor?

Hace pocas semanas supe que mi vida se lanzaba con firmeza al vacío. Que nada podía hacer ya para evitar ser, ahora yo, el protagonista del mismo destino que un día se llevó a mi padre. Parece que no tuvo suficiente con sesgar la vida de mi padre, que ahora regresa para llevarse también la mía.

Fueron muchas las veces que vi llorar a mi madre, sola, triste, arrepentida de no haber acompañado a mi padre, no solo con su alma, sino también con su cuerpo. A veces, cuando recuerdo mi infancia, me cuesta ver imágenes de mi madre sonriendo.

Hace unos meses decidí ir al médico. No quise decirte nada, mi amor; para no preocuparte, pero hacía tiempo que me sentía cansado. Yo mismo b achaqué al trabajo, aunque desgraciadamente mis intuiciones iban erradas. El cáncer que me diagnosticaron ya estaba muy extendido. «Apenas unos meses de vida», me dijo con sinceridad mi buen amigo Luis.

No puedo escribirte, mi amor, todo b que ha pasado por mi cabeza desde entonces. Demasiados sentimientos y deseos encontrados se agolparon unos con otros, a veces consiguiendo desesperarme si te soy sincero, pero nunca fueron capaces de conseguir que me arrepintiera de la decisión que tomé.

Sé y confío en que así sea, que durante muchos años me habrás odiado por tomar esta decisión, pero tengo la esperanza de que puedas perdonarme por ello, hoy, ahora, cuando estés leyendo esta carta y yo te siga mirando enamorado como siempre lo estuve de ti desde el cielo. Elena, perdóname por no haber querido compartir mis últimos meses de vida contigo. Laura, mi amor, mi querida hija, perdóname tú también, si puedes, por abandonarte cuando más falta te hacía. Os amo a los dos y siempre os amaré allí donde esté. Mi alma no podrá borrar nunca el amor tan grande que siento por vosotras.

El destino ha sido cruel conmigo, pero no le he permitido que pudiera anclarte a un recuerdo. No me b habría perdonado

nunca.

Elena, no te culpes si has rehecho tu vida, mi amor, eso es lo que más deseo que ocurra mientras escribo esta carta. Ni tú tampoco, mi hija, si hay otro hombre a quien ahora llamas papá.

Elena, quiero que sepas que siempre fuiste una mujer maravillosa, la mujer que todo hombre sueña tener, y yo tuve la suerte de compartir contigo los mejores años de mi vida. Gracias por haberme regalado tantos años de felicidad y por haberme hecho padre de la hija más bonita del mundo.

Laura, mi princesa, me vienen al pensamiento tantas vivencias que hemos compartido juntos que apenas tengo fuerzas para seguir escribiendo. Te quiero con todas mis fuerzas, hija, y te doy las gracias por haberme hecho el padre más feliz de la Tierra. Siento no haber podido dedicarte más tiempo, cariño, pero la vida hay que aceptarla como viene, mirándola de frente y siempre con una sonrisa en los labios; no lo olvides nunca, mi niña. Como tampoco me gustaría que olvidaras lo que te dije apenas unas horas después de saber lo que tenía, que siempre, siempre, durante toda tu vida, tu papá estaría contigo a tu lado, mi amor. Cuida de tu madre toda la vida, cariño, y lucha con fuerza por las cosas que de verdad valen la pena en la vida, mi amor. La vida es demasiado bonita y demasiado corta para no vivirla intensamente o perderla en pormenores que no merecen la pena.

Pablo, mi querido hermano, sé qué tú mejor que nadie podrás entender lo que he decidido. Sé que todo te irá muy bien en la vida y lo sé porque he crecido contigo. Te quiero, hermano, de la misma forma que nuestros padres nos enseñaron a querernos. En breve me reuniré con ellos, hermano, y me reconforta pensar en ello, no voy a engañarte. No te olvides nunca de lo que nos decía papá: «Si quieres saber si eres feliz, mira a los ojos de las personas que están a tu lado. Te quiero, hermano, y deseo que la vida te dé todo lo que te mereces».

Familia, conocí hace unas semanas a un misionero que me presentó el padre José y decidí qué iba a hacer con mi vida una vez marchara de casa. En pocos días me iré con María, una hermana misionera, en la que un día camuflé la verdad de mi marcha. Todavía no sé a qué parte de África iré a vivir, pero eso

es lo de menos, lo importante es que quiero dedicar la poca vida que me queda a ayudar en lo que pueda a los más necesitados.

No os olvidéis nunca de que la vida es bella, de que cada sol es una esperanza y cada luna un sueño. No me busquéis nunca entre lamentos, ni amagado entre sollozos, porque allí no me encontraréis. Buscadme entre vuestras risas y entre vuestros sueños, y me hallaréis a vuestro lado, siempre.

He estado unos minutos intentando escribir algo para despedirme, pero no voy a hacerlo, creo demasiado en Dios y muy poco en las despedidas. Por eso os digo un hasta siempre. Hasta siempre, Elena, mi amor; Laura, mi hija; Pablo, mi hermano.

Siempre vuestro.

Carlos.

Laura termina de leer la carta y, sin querer, cierra los ojos. Su madre se acerca a ella intentando abrazar el cuerpo que ella aparta con delicadeza al notar cercana su presencia.

Ahora ya lo sabe, ella, su madre: la vida de Laura acaba de derrumbarse con la suavidad que el mar conquista castillos de arena. Laura siente vergüenza más propia que ajena. Acaban de anunciar por megafonía que su vida es la patraña de una pantomima y ella la protagonista de una falsa comedia. Mira alrededor intentando encontrar al portador de un perdón capaz de llevarla al punto cero de su segunda vida, aquella que inició al sentirse abandonada por su padre, desconociendo las causas que lo llevaron a hacerlo durante los años de sombras de niebla. Dobla las hojas conservando la simetría antes de introducirlas de nuevo en el sobre. Querría mirar a su madre, pero teme verse en su reflejo. Se incorpora con parsimonia, como si no quisiera despertar un tiempo que de pronto ve incapaz de progresar sobre sus dos vidas. Coge su bolso y enfila hacia la puerta sin oír que Elena le ruega que vuelva a tomar asiento. Abre la puerta intentando que el sol no ciegue aún más sus pensamientos. Unos primeros pasos la alejan de la casa antes de acelerarlos, obedeciendo a un instinto que eclosiona en su mente. Elena corre tras ella durante los primeros metros, llevando el nombre *Laura* en la comisura de sus labios.

Cada letra deviene un puñal, cada palabra una luz de verdad

enterrada en el tiempo, en ese devenir incesante capaz de curar heridas y transformar mentiras en verdades a base de irlas repitiendo. Laura corre perdida hacia el coche que la ha traído a su natal San Silvestre, el pueblo que le enseñó que hasta la infancia más feliz pertenece al destino más incierto.

Son pasadas las once de una mañana que luce con el sol de ayer, sin que el propio hoy se haya dado cuenta, como nadie en el pueblo percibe aún el disipar de las sombras de niebla que han envuelto a Carlos durante tanto tiempo. Carlos, el joven sansilvestrero que supo construirse un sendero sobre el lodazal de barro que le regaló la vida de bien pequeño. El mismo hombre que un día estiró el hilo de su vida al conocer lo cerca que estaba el fin de la madeja. El mismo hombre que, dejándose llevar de un amor sincero, tomó la decisión más difícil de su vida, y la escribió y la guardó en un sobre lacrado y la entregó a su hermano para que la custodiara durante treinta años antes de entregársela a Elena, su mujer, y a Laura, su hija.

Carlos.

Elena grita sin parar el nombre Laura entre jadeos, palpitaciones y las motas de polvo que levanta el viento enloquecidas al arrancar el coche. Sabe que es ella quien obligó a su hija a repintar de gris su infantil lienzo de colores. Ella quien pensó que, haciéndolo, silenciaria el pensamiento que durante muchos años le preguntó por quién de ellas dos decidía hacerlo.

Elena.

Laura lleva el coche hasta las revoluciones donde el motor responde con rabia. El instante diluye pinceladas de una vida pantomima en una mancha negra. «Papá, papá, empújame más fuerte, por favor, que no daré la vuelta al columpio, papá…», aparece de la nada en su mente un trazo infantil sin mácula, haciendo aflorar la primera lágrima. La mentira incomoda la memoria, el pecado llama al perdón, pero la farsa en que acaba de convertirse su vida le pide a voces que acabe con ella. Un «¡noooooooooooo!» exhala desesperado la ansiedad de una mente que enloquece entre lágrimas. Segunda. Tercera. Cuarta marcha. La imagen de Elvira debatiéndose entre la vida y la muerte, gracias a ella, aparece en una instantánea fugaz sobre su mente. Ciento treinta kilómetros por hora señala la aguja del velocímetro al

atravesar la señal de tráfico que aconseja ir a ochenta. «Papá, quiero que me lleves a hombros», resuena una voz infantil proveniente de una vivencia enterrada. «¡Noooooooooooooo!», uno más, más fuerte, más largo, más rápido que los anteriores. «Papá siempre te querrá mucho, cariño», acaba de decirle su padre después de leerle el cuento con el que simula haberse quedado dormida. Y lo hace, siempre, lo de fingir el sueño, porque sabe que su padre le susurra que la quiere mucho antes de darle un beso. Y él, su padre, se lo dice siempre, antes de apagar la luz de la mesita de noche, porque sabe que bajo el liviano temblor de párpados habita una niña despierta que ansia oír su confesión de nuevo.

Ciento cincuenta kilómetros por hora señala el velocímetro del auto que la lleva al destino elegido. La muerte se le antoja el único medio de poder volver a mirarse a la cara con la barbilla en alto. Un «¡noooooooooooooooooo!» largo y ciego es el último grito que desgarra el aire y su último aliento. «Papá, empuja más fuerte, más fuerte, más fuerte, llévame a hombros, papá, llévame a hombros, papá, llévame a hombros».

Ciento sesenta kilómetros por hora y, a lo lejos, en un horizonte cercano, una curva cerrada y la señal que prohíbe pasar por ella a más de cuarenta kilómetros por hora. «Papá siempre te querrá mucho cariño, siempre, siempre, siempre…», resuena en su mente antes de coger el volante y cerrar con fuerza los ojos.

La vida se va como vino, sin preguntar si debía hacerlo, como ella la pintó de colores y repintó de grises obedeciendo. La vida se va mientras cierra los ojos y aprieta el pedal del acelerador, acercando el acantilado que esconde la pronunciada curva. «Elvira no te vayas, por favor, no te vayas», desgarra entre gritos de silencio. «Papá, perdóname, perdóname, perdóname».

Un «no» desnudo estalla en su mente, mostrándole una redención inminente, sumiéndola en la calma del que cede el timón de su vida al destino que lo sostuvo siempre. Aprieta el acelerador con todas sus fuerzas al entrar en la curva cerrada, ocultando la mirada que va a mostrarle el traspaso de una vida convertida en farsa.

Y el móvil suena mostrando «Tío Pablo» en la pantalla.

* * *

Ahora ya sabe por qué la justicia viste una venda en los ojos.
Las diferentes caras de la vida, tesoro.
Laura.

Epílogo

Lo peor de la ignorancia no es que aleje la verdad sino que dote a su víctima con la libertad de crear una nueva. Y hacerlo cuesta tan poco como dejarse llevar por el brillo de unas huellas de falsos pasos. ¿Y ocurre? Sí, ocurre. La vida está llena de caminos que muestran sendas que no llevan a ninguna parte.

Laura decidió revivir su infancia para armonizarla con el presente que fue creando. Hacerlo le permitió escuchar acordes de vida en una misma escala. Le permitió crear una historia en la laguna de la ignorancia para vivirla intensamente. Y mientras la verdad de ese cuento se conformó siendo antónimo de la mentira, todo tuvo sentido para ella. El problema vino cuando aquella se acercó a esta al ver que desaparecía.

* * *

La máquina de coser del aula de confección o el ventilador de la celda, cuando el calor apretaba, no parecían ser conscientes de estar presos, trabajando a destajo. Tampoco el grifo que le permitía asearse, tan pronto Ester se levantaba, o la silla asignada por costumbre del comedor, eran conscientes de haber perdido su libertad al entrar en aquella prisión de mujeres. Era fácil mimetizarse con ellos y llegar a pensar que ella tampoco estaba allí encerrada. Más aún cuando la fortuna le había asignado una celda desde la que podía ver la vida de la Ciudad Condal circulando día tras día: estudiantes dialogando con mochilas a la espalda, cual metáforas de la siguiente vida; jubilados paseando sus mascotas, como si con la edad hubieran detenido el tiempo; vehículos que hilaban el denso tránsito del día, intentando descubrir prestos el último metro de asfalto. Era fácil cerrar los ojos mirando la vida

que supuraba la calle e imaginarse que la prisión de Wad-Ras no era más que un convento de mujeres donde llevar a cabo un retiro espiritual de largos años. Una de esas experiencias que conseguían poner orden en la vida a cambio de consumirla. Lo que peor llevaba no era la infantilización que suponía pedir permiso para casi todo, sino descubrir que el mismo placer que, como penalista, le había provocado invitar a pasar allí a algunas mujeres una larga temporada, desaparecía al ser ella la afortunada.

Ester visitaba a diario a Laura en pensamientos para estar un rato con ella en la UCI, donde hacía semanas que permanecía en coma. Hacerlo mentalmente le permitía estar con ella tanto tiempo como le viniera en gana. Hablaba con ella, se interesaba por saber cuándo tenía pensado despertar de su largo sueño, le preguntaba aquello que en su día no se atrevió para no mostrar la debilidad que el resto ocultaba, o le cuestionaba lo que el miedo a ganarse el apodo de aguafiestas le prohibió llevar a cabo, cuando Laura compartía su proyecto con las venas dilatadas.

Después de visitar a Laura, despidiéndose de ella, a veces con un beso, a veces enojada, aprovechaba el viaje mental para pasar a saludar a Elvira. Le gustaba verla sentada en su silla de ruedas en medio del jardín de aquel centro. Se acercaba a ella sigilosamente mostrando la mejor de sus sonrisas antes de darle dos besos. Le acariciaba el pelo y las mejillas tras sentarse junto a ella. Recordaba el largo discurso que les regaló un día estando en el salón de Lazos a ella y Talía mientras le arremetía la manta bajo las nalgas para que no pudiera entrar la brisa que despedía el sol de la tarde. La miraba con ternura, alegrándose de ver que su rostro, a pesar de todo, continuaba siendo bello por mucho que continuamente mostrara hilos de baba. Por suerte, Elvira no se enteraba de nada, pensaba Ester, contemplando la cara de felicidad que mostró el rostro de Elvira cuando su cerebro decidió detenerse por impacto de bala.

Ester apenas hablaba con Talía cuando coincidía con ella en el patio del Centre Penitenciari de Dones de Barcelona (Centro Penitenciario de Mujeres de Barcelona conocido como Wad-Ras). Durante los primeros días intentó darle ánimos, pero desistió de

seguida al comprobar que sus palabras sellaban más sus labios. Con frecuencia, Ester la veía llorar y, entonces, para no incomodarla, se iba al punto más distante que el patio le ofrecía para alejarse de sus lágrimas.

Y era un lunes, o un martes, o un miércoles… una hora huérfana de día, mes y año, cuando una funcionaría de prisiones avisó a Ester de que tenía una llamada.

Ella cogió el teléfono esperando que en esta ocasión su madre variara el discurso con el que a menudo le recordaba que había arruinado la vida de una brillante abogada, que en una familia de honorables letrados era como arruinar la de toda la familia.

Ester cogió el teléfono y dijo un sí con desgana antes de dejarlo caer al suelo al escuchar:

—Hola, Ester, soy Laura.

Agradecimientos

Toda creación artística tiene la capacidad de abrirse camino por sí sola, independizándose en ocasiones de su propio creador. Ese es el viaje que deseo que recorra *Lazos de luz*, como en su momento también se lo desee y sigo haciéndolo a la novela *Sombras de niebla*, cada vez más vuestra, queridos lectores.

Pero mi deseo no puede ensombrecer el apoyo de las personas que han estado a mi lado durante la creación de esta nueva criatura; sería algo imperdonable para mí y para los primeros pasos de *Lazos de luz*.

Así pues, deseo dejar constancia de lo mucho que estoy agradecido a mi familia; a los lectores, por dar sentido al tiempo que con tanto placer consumo escribiendo, y a todas y cada una de las personas que, con más ilusión que medios, trabajan para erradicar de nuestra sociedad toda violencia de género.

A todas y a todos, gracias.

JAVIER CORREA (Badalona, 1971) se licenció en Derecho en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, colegiándose en el Ilustre Colegio de Abogados de Girona. Posteriormente cursó estudios de postgrado en las áreas de Economía y Empresa en la Universidad Internacional de la Rioja y en el IESE de Barcelona. Su carrera profesional se inicia en el sector comercial, ejerciendo, con los años, cargos directivos en diferentes empresas. Tras el fallecimiento de su padre, decide abandonar su trayectoria profesional para iniciar una nueva etapa laboral. Actualmente compagina la docencia con el oficio de escritor.

Sombras de niebla, su primera novela, editada en abril del 2019, fue una de las tres obras finalistas entre las más de dos mil candidatas que optaron al sexto premio literario Círculo Rojo, en la categoría de ficción contemporánea.

Lazos de luz, la segunda parte de *Sombras de niebla*, está dedicada a las personas que trabajan para erradicar la violencia de género de la sociedad.